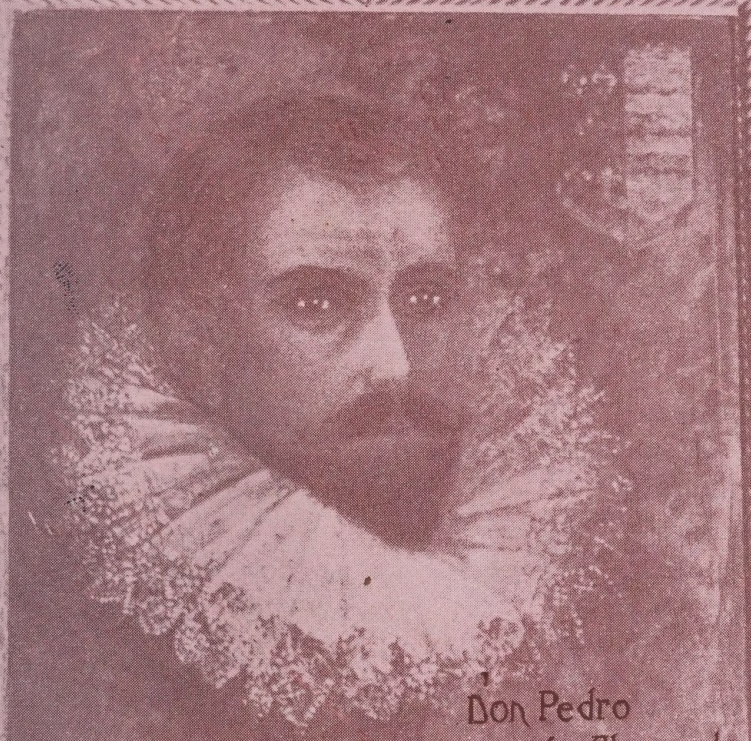
917.281
D543ℓ



Don Pedro
de Alvarado

La Romántica
Ciudad Colonial

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

LA ROMANTICA CIUDAD COLONIAL

LA ROMANTICA CIUDAD COLONIAL

GUIA PARA CONOCER LOS MONUMENTOS HISTORICOS DE LA ANTIGUA GUATEMALA POR

VICTOR MIGUEL DIAZ

DE LA "SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA"

OBRA PUBLICADA POR LA MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL DEL AÑO DE 1927

GUATEMALA, C. A.
TIPOGRAFIA SANCHEZ & DE GUISE
8ª Avenida Sur Nº 24.

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/laromanticaciuda00diaz

LA ROMANTICA CIUDAD COLONIAL

OBRA DEDICADA POR SU AUTOR A LA HONORABLE MUNICIPALIDAD DE GUATEMALA

917.281
D573c

PRÓLOGO

Es la Antigua Guatemala nuestro tesoro familiar. La joya que enseñamos a nuestros visitantes. La gran atracción que nos hace esperar los ambicionados turistas sin hacernos reos del delito de presunción. ¡Qué cielo el de la bendita ciudad! ¡Qué aire! Si parécenos caminar en ella dentro de un diamante unas veces, y otras dentro de un topacio! Algo maravilloso, único. Y luego, el prestigio de sus ruinas, el de su historia, el de su leyenda. Y el valor excepcional de su clima, que la hace el sanatorio indicado para todos los enfermos y convalecientes de Centro-América; mérito que comparte con Quezaltenango, la otra mágica y maravillosa ciudad guatemalteca.

Pues bien, para esta ciudad don Víctor Miguel Díaz, El Viejo Repórter, ha tenido cariños de enamorado. ¿Qué mucho que los guatemaltecos estemos agradecidos a quien así nos mima al hablarnos de nuestra "romántica ciudad colonial?"

La obra es una guía para conocer los monumentos históricos de la Antigua Guatemala. Contiene en sus páginas los acontecimientos que se sucedieron en ella desde la fundación de Ciudad Vieja, en 1527, hasta los tristes días del terremoto de Santa Marta, en 1773.

Se conocen, por el libro, templos, palacios y casas en ruinas de personajes notables, almas y cuerpos de gobernantes y prelados insignes que figuraron en la metrópoli durante más de tres siglos.

Cada sitio provoca el detalle representantivo, el rasgo rápido y vivo, el apunte histórico. Costumbres de las sociedades pasadas, ermitas, capillas, conventos y seminario, casa de estudios de indios, de doncellas pobres, de hospitales, figuras excelsas de frailes ilustres, de matronas virtuosas, de conquistadores audaces y bravos, de oidores, de encomenderos, de escribanos y de todo lo que constituyó la vida peninsular y criolla en Guatemala, todo cobra en "La Ciudad Colonial" la vida perdurable del arte. Se destacan entre las figuras de primer orden, Alvarado, el magnánimo obispo Marroquín, la poetisa Juana de Maldonado, el gran Rafael María Landívar y el abnegado arzobispo Cortés y Larraz.....

Por último, se narra en el libro, a grandes rasgos, las residencias de castellanos fundadores de pueblos, de municipios y de fincas, y se describen poblaciones de indios y haciendas principales.

Acreditados cronistas antiguos y documentos del archivo colonial, han sido las fuentes de este valioso trabajo, lleno de verdad histórica y escrito en estilo correcto y agradable.

R. Arévalo Martínez.

1927.

Latin American

PUNTO DE ACTA DE UNA SESION MUNICIPAL

En la sesión celebrada por la Municipalidad de Guatemala, el jueves 19 de mayo de 1927, se dió cuenta con el asunto contenido en el punto de acta que literalmente dice:

"IV.—Don Víctor Miguel Díaz, en atenta comunicación, hizo el obsequio a la Municipalidad de su obra "Guía Artística de la Antigua Guatemala", haciendo a la vez la sugestión de que la Municipalidad la imprima para hacerla circular con ocasión de los festejos del Cuarto Centenario de la fundación de la ciudad de Guatemala en Almolonga. (Ciudad Vieja).

La Presidencia, en nombre del Concejo, expresó al señor Díaz sus agradecimientos, disponiéndose nombrar al señor Concejal don Eduardo Mayora, comisionado de la Revista Municipal y Prensa, para que haga un estudio de la obra, e informe en su oportunidad. Así mismo, quedó facultado el despacho para que, en caso de ser favorable el informe del señor Mayora, se proceda desde luego a la impresión de dicho documento."

DICTAMEN DEL SEÑOR CONCEJAL DON EDUARDO MAYORA

Guatemala, 13 de julio de 1927.

Señor Alcalde 1.º Municipal.

Presente.

Tengo el honor de someter a la consideración del Honorable Concejo Municipal, el dictamen acerca de la obra del señor don Víctor Miguel Díaz, titulada "La Romántica Ciudad Colonial". Consta el manuscrito que he leído detenidamente, de noventa y seis páginas, escritas con lenguaje claro y correcto, y es, como muy atinadamente dice el autor, una guía para conocer los monumentos históricos de la Antigua Guatemala, la ciudad realenga que hace dos siglos compartía con Lima y México la preeminencia entre las ciudades de la América hispana.

El pensamiento dominante de la obra es salvar del olvido injusto preciosos detalles de la época colonial, y a ese respecto es una positiva y valiosa colección sacada de documentos veraces, que rectifica más de

un error, y nos da noticia exacta y amena de aquellos pretéritos días en que, varones recios, frailes insignes, gobernantes notables, obispos ilustres, artistas ameritados, capitanes, oidores y vecinos pusieron las bases de la gran ciudad colonial.

El esfuerzo de aquellas sociedades, obedeciendo el espíritu de la época, se concretó en fábricas suntuosas de templos y monasterios; todos ellos están descritos con un acopio de datos que ponen de manifiesto la erudición del autor y el cariño que por estos interesantes estudios tiene. Si sólo éste fuera el mérito de la obra, sería bastante para que la Municipalidad la patrocinara, pero además contiene ligeros apuntes biográficos de destacadas personalidades de aquel tiempo, como el Adelantado don Pedro de Alvarado, Marroquín el obispo ilustre, el gran poeta y latinista Rafael María Landívar, la poetisa Juana de Maldonado, Quirio Cataño, Bernal Díaz del Castillo, etc., etc.

A esto se agrega leyendas y anécdotas de grato sabor antiguo, una rápida descripción de los pueblecitos vecinos, el curioso recuento de las residencias de primeros españoles notables por uno u otro motivo y muchos sucesos añejos y poco divulgados.

Todos estos recuerdos de la histórica y bella ciudad, que por tres siglos fuera metrópoli de los cinco Estados que antaño compusieran la Capitanía General de Guatemala, y que sigue siendo para los espíritus ávidos de belleza y devotos de la tradición, un refugio y un encanto, son muy dignos de ser conocidos. Más de un viajero enamorado de la ciudad de las ruinas y las leyendas, llevará el libro como un motivo perenne de evocación.

Merecen también que se consignen sus nombres, los gobernadores que como el Corregidor Palomo y Montúfar, que restauró algunos monumentos.

Más de interesante aspecto de la obra omitimos en este dictamen, en obsequio de la brevedad, y concretando nuestra opinión pedimos al Concejo adopte la siguiente resolución:

1.º—Reiterar al señor don Víctor Miguel Díaz las gracias por su obsequio, y editar la obra en el número de ejemplares que el Honorable Concejo disponga.

2.º—Que se den al autor CIEN ejemplares de la misma.

3.º—Encargar al propio señor Díaz la corrección de pruebas y todos los detalles de impresión.

4.º—Que se impriman VEINTICINCO ejemplares en papel especial para los miembros del Concejo.

Aprovecho la oportunidad para testimoniar al señor Alcalde mi respeto.

Guatemala, 13 de julio de 1927.

(f) EDUARDO MAYORA.

NOTA: Anexo una lista de fotograbados.

MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL

— 1927 —

Alcalde 1.º—Dr. Angel Arturo Rivera
Alcalde 2.º—don Federico Rodríguez Benito
Alcalde 3.º—don Juan M. Funes
Síndico 1.º—Lic. Federico Carbonell
Síndico 2.º—Lic. Vitalino Martínez D.
Regidor 1.º—don Ramón Godoy
Regidor 2.º—don Julio Palomo h.
Regidor 3.º—Lic. Pedro Arenales
Regidor 4.º—don Alvaro I. Vásquez
Regidor 5.º—Dr. Rafael Cotera
Regidor 6.º—Ing. Ernesto Marroquín
Regidor 7.º—don Manuel Tejada Llerena
Regidor 8.º—don Gertrudis Chinchilla
Regidor 9.º—don Jacinto Córdova González
Regidor 10.º—don Eduardo Mayora
Regidor 11.º—don José A. Miranda
Regidor 12.º—don Mariano Antillón P.
Regidor 13.º—don Alfredo A. Godoy
Regidor 14.º—don Pedro Donis.

LA ROMÁNTICA CIUDAD COLONIAL

IXIMCHÉ

Venciendo toda clase de dificultades con heróico afán, luchando con los primitivos pobladores de estas tierras, llegaron los castellanos de regreso de Cuscatlán, a la nación de los cachiqueles, lugares de benigno clima y cubiertos de espléndidas sementeras. Se creyó entonces oportuno establecer una ciudad que sirviera de asiento a las autoridades españolas, escogiéndose el lugar llamado Iximché; el 25 de julio de 1524 quedaba fundada la ciudad con el título de villa. Fueron nombrados alcaldes, regidores, alguacil y escribano de cabildo. El 29 de dicho mes la villa recibió el nombre de Ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala. (Libro de actas del Ayuntamiento, folios del 1 al 4).

Dice un cronista antiguo que a la población de Iximché le dieron los indios mexicanos, auxiliares de Alvarado, el nombre de Tecpán Quauhtemalan. Aseguran varios lingüistas de los primeros tiempos de la colonia que Iximché significa Planta de maíz.

ALMOLONGA

El ejército conquistador pasó de Iximché a Xepau, de este sitio a Olintepeque y por último a Almolonga, al lugar llamado hoy San Miguelito.

No pareciéndoles a los conquistadores seguir residiendo en Iximché, don Jorge de Alvarado, hermano del conquistador don Pedro, y teniente de gobernador y capitán general, asentó y pobló la ciudad al pié del Volcán de Agua, y á cierta distancia de las moles de Fuego y de Acatenango, en el paraje llamado Bulbuxyá, (Agua que brota) fértil valle de Almolonga, nombre que significa según Remesal, Manantial de agua, y actualmente Ciudad Vieja. Esta fundación se verificó el 22 de noviembre de 1527, día de Santa Cecilia. (Documentación del Archivo Municipal).

Lo anterior fué el principio de la dominación española en el extenso territorio de Guatemala.

Algunos historiadores afirman que el Volcán de Agua, que en tzendal es Guate - z - mal - há, provino el de la ciudad y del de todo el país. Dicen varios cronistas que el Volcán era llamado por los indios Hunahpú, nombre de uno de sus semidioses. La palabra Hunahpú, es un inventivo: debe escribirse Junajup, que quiere decir Señor Cervatanero.

ETIMOLOGIA DE LA PALABRA GUATEMALA

El origen de la palabra Guatemala no se ha podido fijar con exactitud y hay acerca de él, variedad de opiniones, entre ellas las que siguen:

El cronista Francisco de Fuentes y Guzmán, en su "Recordación Florida", afirma que viene de la voz Coc-tecmalam, que quiere decir "Palo de leche", porque a inmediaciones de Iximché, había muchos árboles de "Yerba-mala".

Otro autor dice: Coctemalí, esto es monte y madero que destila licor, por los muchos pinos de sus montes que manan resina y otros árboles que destilan licor.

El historiador Francisco de Paula García Peláez, opina de esta manera: Guhate - z- mal - ha, "Cerro que arroja agua."

El Br. Domingo Juárros, siguiendo a otros autores se empeña en afirmar que proviene de la voz Quauhtemali (dialecto mexicano) que significa "Palo podrido", por haber visto en determinado sitio los indios mexicanos que venían con Alvarado, un árbol viejo y carcomido, y que esto originó dicho nombre; tal afirmación no debe tomarse en cuenta. Designar un paraje con un nombre vulgar, por lo que dijeran indios ignorantes, no pasa de ser una simpleza.

Francisco López Gomara basándose en la anterior opinión, dice: Cuauhtemallan, que comunmente se llama Guatimala, quiere decir "Arbol podrido", porque "Cuauh" es árbol y "temalli", podre.....

Torcuato Tárrago, en una publicación madrileña del año de 1872, sobre la América Central, refiriéndose a Guatemala se le antojó decir lo que sigue: "El conquistador Alvarado al tomar posesión a nombre de España, de las tierras centro-americanas, dió el nombre de Guatemala, a un inmenso territorio que los naturales llaman Guauhitemala, que significa "Lugar arbolado."

El cronista y arqueólogo fray Francisco Ximénez deriva Guatemala de la palabra Guahutimal, o lo que es lo mismo "Fuente de betún amarillo."

El Abate Brasseur de Bourboug, que ha incurrido en tantas falsedades, repite que Tecpan Guathemallan quiere decir "Palacio del árbol podrido".

No han faltado escritores que derivan de las palabras U - hate - z - ma - ha, que en dialecto tzendal significa "Cerro que arroja agua".

Otro autor tuvo la ocurrencia de afirmar que el nombre que dieron los tlaxcaltecas a la ciudad de Iximché, extendido luego a todo el reino, fué el de Quauhtlimalan, o sea "Aguila cautiva".

El conquistador don Pedro de Alvarado en una carta-relación que envió a Hernán Cortés, procedente de la ciudad de Santiago, el 28 de julio de 1524, escribe claramente Guatemala.

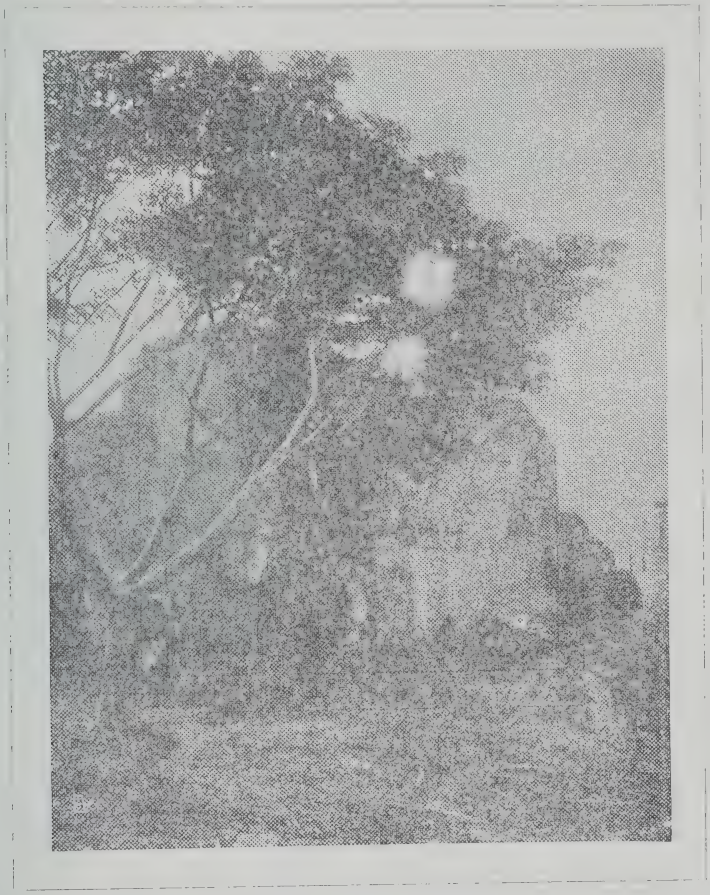
Varios autores creen que se deriva la palabra Guatemala de Jiutemal (Xotemal) famoso rey de los cachiqueles.

Del nombre de Guatemala se conocen diez y nueve etimologías.

LA CATASTROFE

Transcurridos catorce años de la fundación de la ciudad de Almolonga, el 11 de septiembre de 1541, a la una de la mañana fué destruída por formidable corriente de agua y lodo que bajó impetuosa del Volcán.

El padre Remesal en la "Historia de la Provincia de San Vicente", libro cuarto, capítulo quinto, dice que el Volcán reventó en aquella



Ruinas del Oratorio donde murió Doña Beatriz de la Cueva con sus doncellas.

ocasión y lo que salió de su seno fué un torrente de agua y piedra que arruinó la ciudad y agrega que en esa vez perdió dicha mole la coronilla, quedando el cono que hoy se ve.

Repiten la anterior opinión las noticias del libro llamado "Cronicón", de autor ignorado, y las muy interesantes de la obra "Crónicas de un franciscano". Estas teorías no han sido aceptadas.

Diversas opiniones de hombres de ciencia hay sobre el origen de aquella tremenda catástrofe, inclinándose algunos historiadores a creer que la ciudad la arruinó la inundación que produjeran más de tres días de copiosas lluvias, reblandeciendo el terreno de las faldas del Volcán, hasta producir un derrumbamiento; encajonadas las aguas de la prolongada, ancha y profunda ranura que baja desde la cumbre hasta la base, desquiciaron el talud, lo derrumbaron, arrastraron la carga de rocas, árboles y lodo aumentándolas en el tránsito y cayeron sobre la ciudad, produciendo la catástrofe. (Rafael Uribe y Uribe).

VIRGEN DEL SOCORRO,

Imagen española que presidió la fundación de las capitales de Guatemala en Almolonga (Ciudad Vieja), en Panchoy (Antigua Guatemala), y en el Valle de la Ermita.

Cuenta la tradición que el rey cautivo Cahi Imox, predijo antes de morir la destrucción de Almolonga, fundada por Alvarado, lugar al que los castellanos llamaban con frecuencia la Ciudad del Adelantado. (Tradiciones indígenas por don Felipe Silva Leal).

LA CIUDAD DE LOS CAPITANES GENERALES

Después de muchos debates y vicisitudes se resolvió edificar la ciudad en el valle sobre el que se extendían los terrenos "Pancán", cuyo significado dice un autor que es "En lo amarillo", por la abundancia de las matas de flores llamadas "de muerto" y "Panchoy", que

Plano de la ciudad de Guatemala—Panchoy—y sus valles.
(Recordación Florida).

quiere decir "En la laguna", a causa según cuenta la tradición, de haber existido en esos sitios una laguna en tiempos remotos.

El lugar para la fundación de la nueva ciudad no pudo ser mejor escogido: contaba en las cercanías numerosos pueblecitos, habitados por indios, abundancia de agua y excelente situación al abrigo de los vientos.

Desde esta época la infortunada raza indígena de las poblaciones cercanas a la nueva ciudad comenzó a disminuir en número, y en fuerzas, porque pesaron sobre ella duros trabajos, viviendo en oprobiosa servidumbre, laborando en la construcción de edificios, en el comercio, en las industrias y en la agricultura para enriquecer a familias de conquistadores: perdió su religión, sus costumbres y humillada y esclava vió deslizarse su vida, triste y miserable, en las mismas tierras que habían pertenecido a sus antepasados.

La ciudad la fundaron por consejo del ingeniero don Juan Bautista Antonelli, el 22 de noviembre de 1542; hicieron el trazo con la cooperación del profesor de leyes y "teniente para ahorcar", don Francisco de la Cueva, declarándola oficialmente fundada, el 16 de marzo de 1543, el licenciado don Alonso de Maldonado. Era este funcionario natural de Salamanca. Desempeñó el cargo de oidor en la segunda Audiencia de México, a propuesta de la Chancillería de Valladolid, y tomó posesión en abril de 1530. El 27 de octubre de 1535 se le nombró visitador de Guatemala y juez de residencia de don Pedro de Alvarado, desempeñando aquella gobernación durante el segundo viaje a España del conquistador, que regresó al territorio de su conquista en 1539. En 1541, por la muerte de Alvarado, que fué a socorrer a Oñate en el peñol de Nochislán, logrando desbaratar a los indios rebeldes. En 1542 se le nombró gobernador de Guatemala y después, el 20 de noviembre, primer presidente de la Audiencia de los Confines, establecida en Comayagua y trasladada luego a la ciudad de Gracias a Dios, que sirvió hasta 1548, que por haber casado con doña Catalina Montejo, hija y heredera del adelantado de Yucatán, don Francisco, a la muerte de éste pasó a gobernar aquel reino, donde murió en 1560. ("Recordación Florida" II tomo. Páginas 365 y 366).

Debe tomarse en cuenta que la Audiencia de la Capitanía General de Guatemala, se le llamó de los Confines. Fué erigida por real cédula de 20 de noviembre de 1542, en la que se dice: "Mandamos que se ponga una Audiencia Real en los confines de Guatemala y Nicaragua, en que haya cuatro Oidores Letrados y uno de ellos sea Presidente V. Y por real provisión de 13 de septiembre de 43 se manda a dicha real Chancillería, residir en la Villa de Valladolid de Comayagua; pero advirtiendo el nuevo Presidente que este lugar estaba muy distante de Guatemala, y mucho más de Chiapa y Soconusco, lo que hacía en extremo difíciles los recursos a los vecinos de estas provincias, acordó que se fixase en la ciudad de Gracias a Dios, y en ella se celebró la primera Audiencia el 16 de mayo de 44. Por reales cédulas de 25 de octubre de 1548 y primero de junio de 49, concedió su Magestad se trasladase dicho tribunal a otra ciudad, lo que se executó estableciéndolo en la ciudad de Guatemala, y fué aprobada esta traslación por cédula de 7 de julio de 50. El de 65 se transfirió por real disposición a la ciudad de Panamá; pero fué restituida por reales cédulas el 28 de julio de 68 y 25 de

enero de 69 a Guatemala, donde entraron con el real sello el señor Presidente y Oidores el 5 de enero de 70 y se abrió la Audiencia el 3 de marzo de dicho año, todo lo qual aprobó su Magestad a 6 de agosto de 71'' (Juarros).

Para trasladar la capital de Almolonga al sitio designado, divulgóse la disposición por pregones públicos, mandándose que pasasen al valle de Panchoy todos los vecinos a tomar terreno con intervención de las autoridades, señalándose los sitios que debían reponérseles de los que antes poseyeran en la ciudad inundada.

Escudo de la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala.

ESCUDO

El monarca español, en cédula de 28 de julio de 1532, expedida en Medina del Campo, concedió por armas un escudo con tres montes, el del centro arrojando fuego y en la parte superior la imagen de Santiago, a caballo, armado y blandiendo la espada, sobre campo de Gules y por orla ocho conchas de oro en campo de azur. (Juarros. Libro I. Pág. 146).

TITULO

Su Majestad dió por real cédula, firmada en el Escorial, el 10 de marzo de 1566, el título de Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala. (Libro I de Cédula del Cabildo, fol. 3.)

A este respecto dice "La Gazeta de Goathemala" del mes de Julio de 1730 lo que sigue:

"Fundaron la Ciudad con el título de Santiago de los Cavalleros de Goathemala ennoblecida después con el escudo de Armas, que el Sr. Emperador Carlos U. le concedió en Medina del Campo a 28 de julio del año de 1532, escrito en pergamino con sello pendiente, y el Sr. don Phelipe II el título de muy noble, y Leal en el Escorial a 10 de Marzo del año de 1566 escrito assi mesmo en pergamino con sello pendiente, y la Santidad de Paulo III le concedió el título de Ciudad por authoridad Apostólica, por su Bulla expedida a 15 de Henero del año de 1534. Privilegio especialissimo concedido en las Indias solo a Goathemala ser Ciudad por authoridad Apostolica. Tambien concedieron a esta Ciudad los Señores Emperadores Carlos U. y Don Phelipe II otros muchos Privilegios, que Confirmaron, y aplicaron después sus Gloriosos descendientes Don Phelipe Tercero, y Cuarto."

PRERROGATIVAS

La corona, por cédula de 12 de septiembre de 1600 otorgó al Ayuntamiento la preeminencia de tener maceros en los solemnes actos públicos, así como otras gracias.

Desde los días de la fundación de la capital eran los dos alcaldes, ordinarios corregidores del valle, turnándose cada seis meses, con el conocimiento de las causas civiles y criminales en los muchos pueblos de los diversos valles.

EL PATRON DE LA CIUDAD

LAS FIESTAS DE SANTA CECILIA

Se veneraba en la ciudad, como a su titular al apóstol Santiago, por haberla fundada en ese día (25 de julio), bajo su advocación; celebrábanse, además, regias fiestas en honor a Santa Cecilia, (22 de noviembre) sacándose por las calles una gran procesión. Era el suntuoso paseo de Santa Cecilia, en el que figuraba el Pendón Real, todo en recuerdo, dice el cronista Vásquez, "de haber sido conquistada esta provincia, el 22 de noviembre de 1526, después de la formidable sublevación de los indios, siendo sujetados por las armas castellanas, llamándola desde entonces Santa Cecilia, patrona de la ciudad."

Hay memoria de que frente a la casa de los gobernadores, más tarde Palacio de los Capitanes Generales el cortejo presentaba imponente espectáculo; desfilaban al sur de la plaza real los altos empleados lujosamente vestidos, llevando a la vanguardia una compañía de lanceros, y luego algunos pajes con banderas y estandartes, numeroso grupo de

caballeros ricamente trajeados, con espadas desnudas, montados en briosos corceles, gentiles hombres y heraldos con bordadas dalmáticas. Seguía el carro alegórico de la música: sobre un templete destacábase la figura del Genio, representado por un niño; aparecían sobre el carro, en artística posición, variedad de instrumentos de música; después caminaban las compañías de arcabuceros y alabarderos.

Colocaban la estatua de Santa Cecilia sobre un carro alegórico tirado por bueyes adornados con cintas de colores y con los cuernos dorados. En otras ocasiones el carro iba tirado por caballos lujosamente enjaezados que eran conducidos del diestro por individuos con trajes de mercaderes. Caminaban cerca del carro varios jinetes llevando estandartes con el escudo de armas de España bordado de oro.

Otras veces figuraba Santa Cecilia sobre una "anda" de grandes dimensiones que era conducida en hombros de personajes distinguidos. Santa Cecilia destacábase sobre una jaula redonda, de gran tamaño, con las varillas plateadas; y en el interior de la jaula multitud de palomas blancas de Castilla. Cerca de la imagen colocaban una arpa con flores. Iban en pos de la imagen los músicos y luego los miembros del Noble Ayuntamiento: estos personajes vestían traje negro, compuesto de calzones cortos, ropilla, capita y media de seda, golilla de platillo y sombrero chambergo con rica pluma blanca.

En el centro de los ediles marchaba el Alférez Real o el alcalde mayor, conduciendo el Pendón. Al llegar la comitiva a la plaza real, oíase el tronar de incontables cohetes y los vibrantes repiques de campana cayendo sobre el Pendón, frescas flores arrojadas por manos femeninas, mientras que el enorme pueblo se aglomeraba por todas direcciones, ávido de presenciar el cortejo.

El paseo de Santa Cecilia comenzó a decaer, dice Juarros, desde 1657, año en que murió el Presidente Conde de Santiago, que tomaba parte en la procesión, yendo en brioso corcel, no obstante sus 78 años.

RUINA DE LA CAPITAL

Fue la ciudad fundada en Panchoy, la metrópoli del reino de Guatemala; arruinada con el terremoto de Santa Marta, el 29 de julio de 1773, la trasladaron al Valle de la Virgen, en virtud de real cédula de 21 de julio de 1775, en que el monarca español dispuso se llamara la Nueva Guatemala de la Asunción y en virtud del mandato, se estableció el Ayuntamiento en el nuevo sitio el 2 de enero de 1776.

La antigua ciudad colonial sufrió en diferentes ocasiones grandes calamidades ocasionadas por los terremotos, frecuentes en América, siendo el más desastroso el del aciago año de 1773, época en que llegó a tener, según el padre Cadena, 70,000 habitantes, sin incluir los de los pueblecitos circunvecinos. Dice Fuentes y Guzmán que la ciudad contaba más de 6,000 casas.

Después de la ruina tuvo primero los elementos de villa, el año de 1799 y luego los de ciudad en 1813.

Dicen los apuntamientos de don Sebastián Aceña que en 1847 habían muchos solares sin habitación a causa de que antes de la ruina

de 1773, estaban gravadas las casas con capitales a beneficio de fundaciones piadosas y los poseedores no querían presentar las escrituras antiguas ni edificar por temor de que se les cobrase capital y réditos y tenerlos que pagar.

LA CIUDAD HISTORICA

Está situada a los 14 g., 26'' latitud Norte y 90 g., 44' 30'' longitud Oeste del meridiano de Greenwich, a una altura de 1533 metros, o sea 5030 pies sobre el nivel del mar en un valle delicioso, rodeado de volcanes y serranías que conservan una espléndida y eterna primavera. Su clima es inmejorable; y por sus ruinas, su vegetación, sus aguas y sus bellos e incomparables panoramas, está conceptuado como uno de los lugares más sanos y agradables de la República.

Rodean la antigua capital pueblos y aldeas con tierras de fertilidad lozana, que constituyen centros agrícolas de importancia, con multitud de habitantes en su mayoría indígenas.

La Antigua Guatemala es cabecera del departamento de Sacatepéquez, uno de los más poblados del país.

La colonia dejó impresas sus huellas en la ciudad: su plano es perfecto, tiene calles no muy anchas pero planas y tiradas a cordel, de casas de un piso, muchas de ellas de moderna arquitectura, amplias, con jardines y agua en abundancia; vista desde una de las colinas circunvecinas, da al turista el efecto de un tablero de ajedrez; todas las personas que por primera vez la visitan quedan agradablemente impresionadas al llegar a su recinto: agrégase a esto el espíritu franco, amable y caballeroso de sus moradores y las virtudes, belleza y gracia de sus mujeres.

El turista avanza en su automóvil por la pendiente de Las Cañas, contempla a los lados rocas y precipicios y al llegar a terreno plano divisa caseríos y fincas, pasa por San Juan Gascón, cerca de El Molino y de la finca La Pólvora.

El viajero continúa viendo caprichosos cuadros que entretienen y deleitan el espíritu.

EL PENSATIVO

Entre peñascos y malezas murmuran las tranquilas aguas del río Pensativo cerca de la pendiente de Las Cañas. En perenne carrera el cristalino líquido se ha llevado los ecos de los ayes de un pueblo dolorido.

Nace el riachuelo en el municipio de Santa María Magdalena, en tierras de majestuosas montañas; crecen las aguas en algunas ocasiones, en la época de las lluvias, a causa de los riachuelos que recibe de los terrenos quebrados hasta precipitarse de lo alto de las colinas, y baja luego a la ciudad, arrastrando cantidades de arena: lo que ha sido causa de muchas inundaciones que sufrieron y aún sufren algunos barrios.

El río atraviesa la población de Este a Oeste, pasa a inmediaciones del Cerro de la Cruz y de la alameda del Calvario: sigue su

Plaza Mayor de la Romántica Ciudad Colonial, después del terremoto de Santa Marta.—(Vista hecha a pluma.)

curso hasta Ciudad Vieja, para unirse con el río del Portal o Magdalena y formar la cascada de "El Salto", continúa y recibe el nombre de Guacalate hasta Escuintla, avanzando las aguas por un cauce no escaso de piedras, que hacen saltar el líquido espumoso que corre con enorme precipitación hasta el Pacífico.

En la entrada a la Antigua Guatemala, camino del Arco o de Las Cañas, hallábase un magnífico puente de cal y canto, de la época de la colonia: fué destruido hace pocos años por la torpe mano del hombre. Hubo trece puentes de un arco y cinco dentro de la ciudad: unos los destruyó el tiempo y otros se hallan aterrados.

SANTA INES DEL MONTE POLICIANO

Como los principales edificios construidos en la época de la colonia, eran iglesias, algo tenemos que decir de ellos, porque son construcciones que hoy convertidas en ruinas, dan idea de la magnificencia que tuviera la ciudad en sus días de grandeza.

Los monumentos revelan el adelanto que había alcanzado la arquitectura en el siglo XVI, durante el cual fueron construidos.

Siguiendo el plan que nos hemos trazado comenzaremos la descripción de la ciudad por la Capilla de Santa Inés del Monte Policiano, de la que únicamente quedan unos cuantos muros.

Erguíase el pequeño templo sobre suave colina, a poca distancia del camino carretero, del Arco, frente a la entrada de la quinta "La Chácara", famosa hace dos siglos por los desafíos a espada que allí hubo entre caballeros que se disputaban el cariño de las damas. La capilla estaba en el centro de numerosas viviendas, ostentando muros blancos y techo rojo, dominándolo todo el erguido campanario. Puede decirse que la ciudad llegaba hasta ese pintoresco retiro, ofreciendo las cercanías con su hermosa vegetación, sitio lleno de encanto y de recogimiento a las almas piadosas.

LA FUENTE DE LAS DELICIAS

Es muy antigua: la construyeron a principios del año de 1626, en la época del gobernante don Diego de Acuña. (Crónicas de un franciscano." Página 114). Está situada en la calle de entrada del Arco, a inmediaciones de la portería del ex-convento de la Concepción. A poca distancia de estos sitios hubo repetidos escándalos en épocas lejanas, promovidos por jóvenes de la nobleza que vagaban de noche por los alrededores del convento.

UN FAMOSO MONASTERIO

Siguiendo la misma vía del lugar en el que está la Fuente de las Delicias, 4.ª Calle Poniente, a poca distancia, lado sur, se hallan las ruinas del templo y monasterio de Nuestra Señora de la Concepción. El convento a que nos referimos fué el primero establecido en la capital el año de 1578. Se interesó en su fundación el obispo fray

Gómez Fernández de Córdova y el Muy Noble Ayuntamiento de la ciudad, viniendo de México cuatro religiosas, entre ellas la superiora Sor Juana de San Francisco. En 1729 contaba el monasterio con muchísimas profesas y novicias; se le conceptuaba como de los más hermosos y extensos de la ciudad.

De la iglesia no quedan más que los muros y cerca el claustro en ruinas; grandes y sólidos muros y arcos agrietados; la luz en determinados sitios es poco abundante; el recinto solitario infunde secreta melancolía. Parece que por los corredores vagara la sombra de Sor Angélica, la mujer de belleza ideal, cuya profesión se realizó con extraordinario esplendor el 15 de febrero de 1579.

Interior del Monasterio de la Concepción.

En departamento especial vivía la novicia Juana de Maldonado, inspirada poetisa mística, protectora del monasterio y de mujeres jóvenes pobres. Un amor mal correspondido la llevó al seno de una celda, con sentimiento de su familia y de los galantes mancebos que de ella estaban prendados. (Arochena).

Después de 1773 establecieron viviendas en parte del convento y edificaron casas cerca de la iglesia; además dos calles desaparecieron en la parte sur.

Sobre la fachada del monasterio está la siguiente inscripción: "Esta portada se acabó en 23 de febrero de 1694".

Aparecen, además, hechos de estuco, una Virgen de Concepción; a los lados un Sol y una Luna; un escudo de España y un Santiago a caballo.

La ornamentación del interior del templo era severa y elegante; el altar, obra monumental, de fina madera, tenía labraduras de oro y nácar, adornos de moda en aquel entonces. En el centro aparecía la Concebida, con las manos juntas, mirada resplandeciente, el cuerpo arropado con manto, de pié, en el centro de una luna creciente; rodeaba toda la imagen de María, grandes rayos dorados. Esa obra de escultura, según el padre Mariano Izaguirre, era obra del escultor Juan de Aguirre, español que llegó a Guatemala, procedente de Lima, Perú, donde sus enemigos lo calumniaron ante el Tribunal del Santo Oficio; fué un artista que, hastiado del mundo, tomó el hábito en el convento de San Francisco. Del mismo escultor era un San Jerónimo que se hallaba en el templo, estatua conceptuada como una maravilla del desnudo.

La iglesia de Nuestra Señora de Concepción fué concluida en la época del obispo doctor don Agustín Ugarte y Saravia.

PLAZA DE ARMAS

Será este el punto de partida para hacer la descripción de la ciudad.

Es la plaza amplia y hermosa: la llamaban nuestros antepasados Plaza Real. Tuvo en el centro una fuente redonda, de piedra, mandada diseñar y construir en 1614, por el Presidente don Antonio Peraza Ayala Castilla y Rojas, Conde de la Gomera. (García Peláez).

De oriente a poniente tiene la plaza 138 varas y de norte a sur 134.

Desde la fundación de la ciudad la misma plaza sirvió de mercado de víveres, dándole raro aspecto los numerosos parasoles, bajo cuya sombra colocaban sus ventas las mujeres del pueblo.

Después de la ruina, en 1779, el Ayuntamiento de la ciudad hizo construir a los lados de la plaza los llamados "cajones", destinados a tiendas de ropa y de jarcia que desaparecieron hace algunos años.

Servía la Plaza Real, en tiempos de la colonia, de anfiteatro para lidias de toros, corridas de cañas y diversos ejercicios caballerescos. Solían levantar en ella, frente al Palacio del Noble Ayuntamiento, la horca en la que sufrían muerte afrentosa bandoleros y criminales. En los primeros tiempos de la fundación de la ciudad, después de la muerte del magnánimo obispo Marroquín, se mandaba ahorcar con frecuencia a infelices indios y eran azotados otros, al cometer graves faltas o algún crimen.

PALACIO EPISCOPAL

Ocupaba grande espacio, con portones de entrada hacia la plaza y en la 4.ª Calle Oriente; ostentaba un balcón enorme, desde la esquina hasta cerca de la Catedral.

La puerta situada bajo el balcón y cerca de la basílica tenía adornos de bronce y en la parte alta, incrustada en la pared, una mitra grande labrada sobre piedra. Era el edificio uno de los más bellos de la ciudad.

En esa obra puso todo interés el obispo Marroquín, gastando de su peculio fuertes cantidades de dinero: el Palacio tenía dos pisos con grandes arquerías, muestra perfecta del arte medioeval, y multitud de departamentos, amplios y llenos de luz.

El obispo fray Andrés de las Navas y Quevedo, lo hizo ensanchar, hacia la 4.ª Calle Oriente, dotándolo de fuentes, aposentos para la servidumbre y de caballerizas.

El sucesor de fray Andrés, el obispo fray Mauro de Larreategui y Colón, lo concluyó, haciéndolo pintar por dentro, con labores de rojo color; además figuraron desde ese tiempo, en los aposentos principales, cuadros pintados por artistas criollos, empleando en todas esas mejoras la suma de veinte mil pesos de su peculio.

La Catedral de la Antigua Guatemala (San José.)

LA CATEDRAL

Era de grandioso conjunto, llena de severidad y de mística unción. Nos referimos a la que hizo reconstruir el Ilmo. Dr. don Juan de Santo Matías Sáenz Mañasca y Murillo. La primitiva basílica, comenzada su fabricación en 1543, amenazaba ruina, por lo que fué necesario demolerla transcurrido un siglo y levantar la nueva, monumental, y llena de belleza. Dicho prelado puso la primera piedra del templo el jueves 30 de octubre de 1669, con asistencia de su Cabildo y del Presidente don Sebastián Rosica de Caldas, y de otras autoridades principales.

Dirigió la obra el capitán español don Martín de Andújar. Mientras tanto pasaron la Catedral, provisionalmente, a la iglesia de San Pedro, día en que se estrenó este templo.

Después de once años de trabajo, el 6 de noviembre de 1680, se realizó el estreno de la grandiosa basílica, cuando la capital se hallaba en su apogeo y era el obispo el Ilmo. Dr. don Juan de Ortega y Montañez.

En tiempos del obispo fray Andrés de las Navas, se hizo la traslación de las cenizas de los obispos y prebendados que estaban depositadas en el templo de San Pedro, colocándolas en la bóveda subterránea llamada de los obispos, obra era ésta que construyeron con fondos que donó el Dr. don Juan de Ortega y Montañez, obispo de Michoacán.

Hicieron la traslación de los restos, con gran solemnidad, el 10 de julio de 1684. Pequeñas cajas de madera contenían las cenizas de los obispos Dr. Bartolomé González Soltero, Dr. Juan Garcilazo de la Vega, Dr. Juan Sáenz Mañosca y los prebendados, doctor Ambrosio Díaz del Castillo, Chantre, electo Deán; don Juan Xolón, Deán; licenciado Jerónimo Betanzos, Deán; doctor Antonio Alvarez de la Vega, Arcediano; licenciado Antonio Domínguez de Arellano, maestre escuela; bachiller Alonso Enrique de Banges, tesorero.

La basílica se dividía en cinco naves, con sesenta y ocho bóvedas. Las diez y ocho capillas, inclusive la Real, presentaban severo aspecto. La luz se filtraba por setenta y tres ventanas. Entrábase al templo por siete puertas. Tenía soberbia sacristía mayor, sala capitular decorada con retratos de prelados ilustres. Bajo la cúpula, trabajo atrevido alzábase majestuoso y bello el altar mayor, decorado con arte y riqueza, presentando artísticas estatuas de marfil.

En la Capilla Real, llamada también mayor, doña Leonor de Alvarado Xicotencalt, hija del Adelantado mandó construir dos sarcófagos del lado del Evangelio, para depósito de las cenizas de su padre don Pedro de Alvarado, y para las de su madrastra doña Beatriz de la Cueva. Los restos del primero los hizo traer a su costa doña Leonor, procedentes del pueblo de Chirivito, México; y los segundos de la Catedral de Ciudad Vieja, de donde fueron conducidos con toda pompa a la Nueva Catedral.

En otro sitio de la misma Capilla, recibieron sepultura las cenizas de don Martín de Alvarado Villacreces Cueva y Guzmán, descendiente del Adelantado. (Crónicas de un franciscano).

La bóveda subterránea que más tarde tuvo la misma Capilla, guardaba, según verídicos autores, los restos del licenciado don Francisco de la Cueva, profesor de letras y "teniente para ahorcar", y los de su esposa doña Leonor.

En la nave central, a unas cuantas varas de distancia del altar mayor se hallaba otra bóveda reducida, llamada de los Alvarado. Reposaban allí, en osarios las cenizas de varios parientes de Alvarado, las de dos o tres sacerdotes que murieron en olor de santidad, entre ellos Alonso Sánchez, el ermitaño de Chipilapa, y los de varios parientes del obispo Marroquín. (Fray Domingo Diéguez).

Las Crónicas de un franciscano tienen el dato siguiente que copiamos: "Se sabe por noticias verídicas que un gran muro de la primitiva Catedral derrumbóse al hacerse los trabajos de demolición, hundiéndose el sarcófago donde estaban los restos del invicto capitán

don Pedro de Alvarado, deplorándose por esta causa la pérdida de sus restos.

Es indudable que desaparecieron para siempre las cenizas del conquistador, y con ellas las de tantos personajes ilustres que en dicha basílica fueron sepultados. Descuido imperdonable fué este del cual se culpa, y con razón, a las autoridades civiles y eclesiásticas de aquella época.

Cerca unos de otros, dormían el eterno sueño, en la nueva Catedral, los obispos fray Andrés de las Navas, fray Juan Cabezas Altamirano, el humilde y generoso fray Juan Zapata y Sandoval, y fray Mauro de Larreategui y Colón; este último prelado empleó cincuenta mil pesos en hacerle mejoras a la basílica.

Debajo del altar mayor en bóveda subterránea reposaba el cuerpo del primer obispo de Guatemala licenciado Francisco Marroquín, insigne varón que tuvo rasgos de beneficencia y de caridad que recuerdan el heroísmo de los primitivos prelados del cristianismo. Allí se halla un cristo de estuco. Se baja por medio de unas cuantas gradas.

En el pavimento de la Capilla del Santo Escapulario, en la nave norte, a media basílica, se hallaban las tumbas de hombres notables entre ellas la del Presidente Dr. don Alonso Criado de Castilla.

En el pavimento de la Capilla del Sagrario estaba el sepulcro del obispo señor don Bernardino Villalpando, prelado que al tener noticia de que el tétrico Felipe II desaprobaba algunas de sus disposiciones, exclamó airado en público: "De Dios y no del rey he recibido mi iglesia y a él estoy pronto a dar cuenta de ella".

Distinguíase la capilla del Cristo de los Reyes.

La Capilla del Sagrario la mandó edificar espléndidamente el obispo doctor Ugarte y Saravia.

Es indudable que la mejor capilla de la Catedral llegó a ser la de la Virgen del Socorro, la primera imagen que trajeron a estas tierras los conquistadores.

El 22 de octubre de 1620, la capilla era modesta. El Pbro. Gregorio Retana concibió la idea de construir una nueva y suntuosa dedicada a la misma imagen, siendo levantada contigua a la Sala Capitular, hacia el Norte, estrenándola en mayo de 1743; tuvo ocho ventanas y magnífico retablo. El Pbro. Gaspar M. Juarros se propuso mejorarla, lo que no realizó a causa del terremoto de 1773.

En 1640 el Presidente don Alvaro de Quiñónez y Osorio, Caballero del hábito de Santiago, marqués de Lorenzana, señor del Valle de Arriazo y Calladella, gentil hombre de la boca de su majestad, Presidente y Gobernador y Capitán General, en este reino de Guatemala, hizo erigir su sepulcro, en amplia bóveda, en el piso de la Capilla del Socorro. Dicho gobernante tuvo por tumba el océano, naufragando con su familia en el mar del Sur.

Severa al par que elegante fué la Capilla de Jesús del Perdón; esculpió esta imagen el artista Quirio Cataño: es un crucifijo de tamaño natural que todavía existe en lo que actualmente se llama iglesia de San José (Catedral), reconstrucción hecha después de la ruina, en los lugares que ocuparon las capillas del Sagrario y de Guadalupe.

En la Capilla de San Pedro colocaron una estatua del Presidente Alvarez Rosica de Caldas.

El Cabildo Eclesiástico como una muestra de gratitud por la valiosa ayuda que prestara en la obra de reconstrucción de la basílica, hizo erigir la estatua, con expresiva inscripción grabada en el pedestal.

Tenía soberbia sacristía, casa del sacristán mayor, sala capitular decorada con retratos de prelados ilustres.

La fachada de la gran basílica ostentaba dos soberbias torres, con juego completo de campanas, siendo la más grande y sonora la llamada de San Matías; tenía al frente, hacia la plaza real, tres puertas de ingreso; en hornacinas destacábanse estatuas de santos, obras de estuco. El piso del atrio estaba cubierto de piedra maciza de las canteras de Carmona.

Guardaba la basílica en su seno muchas bellezas, siendo dignas de mención el retablo del altar principal, obra primorosa de ignorado escultor, los cuadros de pintura del renombrado artista criollo Ramírez, a quien llamaban El Anacoreta; las estatuas de marfil del altar mayor, la imagen de San Pedro, de Alonso de la Paz, el gran órgano, las arañas de plata, la bellísima custodia de oro y pedrería, el guión y los faroles con varas de plata; y alcanzaron fama las esculturas de San José, de Alonso de la Paz y el Cristo de los Reyes, de tamaño natural, y otras muchas curiosidades.

Joyas valiosas del arte escultórico, admiración de nacionales y extranjeros son las estatuas de San Sebastián (obra acabada del desnudo) y la de San Francisco de Paula, debidas al buril de Juan de Chávez. (García Peláez.)

Después del terremoto de Santa Marta el pueblo antigüeño hizo construir lo que hoy llaman San José; iglesia de dos naves, de norte a sur, con salidas a la plaza y al frente de la Universidad, en los sitios que antes ocuparan, como ya dijimos, las capillas del Sagrario y de Guadalupe, situadas frente al famoso Colegio Tridentino.

Desde luego se comprende que la fachada que hoy tiene la Catedral, no es la de la antigua, arruinada en 1773, como muchos creen: le restauraron la parte alta desde la cornisa hasta el remate, donde está colocada una pequeña campana; la fachada primitiva además de haber ostentado dos torres a los lados presentaba un bellísimo adorno en el centro, rodeando el escudo pontifical.

Las tres puertas del frente son las mismas de la Catedral arruinada. Toda la parte oriental de la antigua basílica es campo de desolación y de tristeza. Esas ruinas son hoy un fantasma gigantesco de calicanto que guarda en su interior arcos y cúpulas rotas, lugares sombríos, rodeados de soledad dolorosa, capiteles destrozados y en ciertas bóvedas subterráneas, tumbas vacías, con nombres borrados, cruces mutiladas sobre las que se posaron un día las flores del recuerdo.....

La luz del sol se filtra por los aposentos solitarios, llevando por todas partes su triste claridad.

Se conserva parte de dos púlpitos mutilados, y en lo alto de la base de la agrietada cúpula, están los restos de los evangelistas moldeados en mezcla con primoroso arte. En cada uno de los triángulos

Escudo de la Catedral de Guatemala.

curvilíneos que forma el anillo de la cúpula con los arcos torales, se destacaban las estatuas de los doctores de la Iglesia, como San Agustín, San Buenaventura, etc., etc. Y entre la humedad y las cosas viejas, parece que vaga junto con el perfume del incienso las sombras veneradas de prelados ilustres de otros siglos.....

Como complemento a las anteriores líneas damos estos datos: la erección de la Catedral la hizo el obispo Marroquín por un breve que expidió en México, después de su consagración el 20 de octubre de 1537, dándose principio a la organización del Cabildo Eclesiástico.

En Memorial del mes de junio de 1560 el Ayuntamiento de Guatemala, propuso al rey que las provincias que estaban sujetas a la jurisdicción de la Audiencia, reconociesen como metrópoli a la Iglesia de Guatemala, a la que llamaba la más antigua y la más honrada después de la de México. Pedía el Ayuntamiento, de manera indirecta un Arzobispado.

La silla apostólica de Guatemala, fué elevada a Metropolitana por bula de 16 de diciembre de 1743, expedida por Benedicto XIV, por súplicas de Felipe V, y de su primer arzobispo fray Pedro Pardo de Figueroa.

PALACIO DE LOS CAPITANES GENERALES

Estaba conceptuado como uno de los más bellos ornamentos de la capital, no sólo por sus dimensiones y la soberbia construcción, sino por las muchas dependencias destinadas a oficinas públicas.

Ocupa todo el lado sur de la llamada plaza de armas: su frente, de doble arcada de piedra maciza, le da aspecto majestuoso y bello.

En la portada del centro está labrado sobre piedra, el escudo real de Castilla, con el nombre de Carlos III, monarca que reinaba al ser terminada la construcción.

A un lado y a regular distancia aparece el escudo actual de la República, obra de mediados del siglo pasado.

En la parte oriental, sobre piedra labrada destácase un gran medallón con una leyenda que se refiere a la época en que fue construido el Palacio.

En los tiempos de la colonia se hallaban en el Palacio los tribunales reales, del Acuerdo, de Justicia, Audiencia, Oficio de Provincia, la Real Capilla, el despacho del Real Sello, las escribanías de Cámara, la Sala de Armas, el salón de saraos, la Casa Real de Moneda, el Cuerpo de Dragones, las Oficinas del Correo Mayor, el departamento del Oidor, la Contaduría, las amplias habitaciones del Presidente, la sala privada de este funcionario, los cuartos de la servidumbre, las caballerizas, el jardín y el patio llamado de la Fuente.

En 1604, en el edificio de los gobernadores del reino (más tarde Palacio de los Capitanes) ya existía la Cárcel de Corte, de las mejores que hubo en las Indias, porque se hallaba en uno de los departamentos de las Casas Reales, como en México. En otros tres aposentos vivían el presidente y oidores. "Y es ansi que ido que fue el doctor Sandé, presidente que fue de la Audiencia, quedaron gobernando los oidores, y por acomodarse todos en las dichas casas, y no pagar alquiler, qui-

taron los aposentos de la dicha cárcel y la dejaron hecha un calabozo, que para hombres que han de ajusticiar es muy malo''. (Memorial del Cabildo, dirigido al rey.)

La Sala de Audiencia tenía en sus muros magníficos cuadros pintados al óleo, de reyes y reinas, de pontífices, de obispos y arzobispos, de presidentes y de oidores y de personajes notables.

Antes de ser construido el Palacio de los Capitanes, en la parte alta que daba esquina opuesta a la Catedral, fué la primera residencia del obispo Marroquín hasta el año de 1563 que la cedió a su majestad.

Debemos orientar a los lectores acerca de la historia de este edificio. Primero se le llamó con el nombre de Casas Reales, construidas en la segunda mitad del siglo décimo sexto. Eran construcciones de-

Monumento de la época de Carlos III.

ficientes, quebrantadas por los temblores. Su construcción formal se ordenó por el monarca en cédula de 13 de julio de 1763, invirtiéndose en la obra 65.000 pesos plata, presupuestado por el ingeniero militar Juan Diez de Navarro.

Habían comenzado a hacerles varias reparaciones en el interior, por eso no es de extrañarse que la obra completa del Palacio estuviese concluida en 1764. Así lo dice una lápida ovalada que se halla en la parte oriental del frontispicio del Palacio y en la que con caracteres casi borrados se lee el nombre del capitán general don Alonso Fernández de Heredia, el del ingeniero Díez de Navarro y el año de 1764.

El Palacio sufrió mucho con el terremoto de Santa Marta, quedando convertido en ruinas casi todo el interior. No obstante el deplorable estado a que fué reducida aquella espléndida mansión, lo

que aún está de pie, desafiando al tiempo y a las manos despiadadas de los hombres, da idea de lo que era en su interior el famoso Palacio de los Capitanes Generales.

La fachada de este bello edificio y algunas de sus habitaciones interiores, han sido restauradas en diversas épocas, siendo las principales en tiempos en que era corregidor de Sacatepéquez don Juan Ignacio Irigoyen, en 1858. Concluyó la fachada en la parte oriental, el coronel don José Pacheco, durante la administración del general Manuel Lisandro Barillas.

Coronel Ignacio Irigoyen. Mariscal José Víctor Zavala.

Corregidores del Departamento de Sacatepéquez.

En la actualidad en el Palacio se hallan instaladas las principales oficinas públicas, e hicieron pintar con cal el exterior, y destruyeron las repisas de los balcones, y lo que es peor todavía, se empeñaron en la destrucción de la hermosa portada de piedra, de lo que fuera entrada a la cochera del Palacio.

Los fragmentos de piedra labrada de la puerta a que nos referimos se los llevaron una noche, talvez para aparecer un día en alguna casa particular.

EL PORTAL DE MERCADERES

Se llamaba con este nombre al Portal al occidente de la plaza. El vulgo le decía Portal de las panaderas. Hallábase instalada en este lugar, hasta 1773, una botica, varias tiendas de ropa, ventas de baratijas y de velas de cera.

En 1805 fué construido un altillo que a fines del siglo pasado todavía era propiedad de doña Josefa Menéndez de Laguardia: esa construcción la demolieron para edificar el Teatro Iris, propiedad de don Ernesto Díaz.

Las calles cercanas a la Plaza, del lado del Portal de Mercaderes, eran en tiempo de la colonia y después de nuestra independencia muy animadas. Junto a las tiendas de ropa, estaban las de jarcia y con trastos de barro que siempre han sido de fama aún en nuestros días, las azucarerías y ventas de panela, circunstancia que facilitaba las pequeñas transacciones comerciales; en la Calle de Santa Catarina, hasta inmediaciones del arco se hallaban las tiendas de mercería, quincallería y alfarería.

Fuera de la parte central de la ciudad recorrían por todas direcciones vendedores ambulantes, con ropa de lana, pieles, objetos de talabartería, machetes y cuchillos, no escaseando los vendedores de guitarras.

PORTAL DE LA MUNICIPALIDAD

Se halla un portal a inmediaciones del Palacio de los ediles, llamado, en otros tiempos el Real Cabildo. También en dicho Portal no escaseaban las ventas de ropa y de medicinas.

Hay noticias de un departamento situado en ese lugar, donde estaban colocadas en los muros interiores, imágenes de santos y sentados en pequeños taburetes niños que aprendían la doctrina cristiana que cantaban en coros destemplados versos religiosos.

Contiguo al Real Cabildo, en el mismo Portal, establecieron la primera imprenta que hubo en Guatemala, mejora que se debió al obispo fray Payo de Rivera.

Luego seguía la casa llamada del Pregonero y dos preciosas casas que echó a tierra el terremoto de Santa Marta.

EL REAL CABILDO

Simpático monumento del pasado cuya construcción la comenzaron pocos años después de haber sido fundada la ciudad, con la idea de edificar grandes departamentos en toda la manzana, destinados a la centralización de las oficinas o dependencias del Muy Noble Ayuntamiento. Ha desafiado el Palacio todos los rigores del pasado, manteniéndose erguido como en sus primeros tiempos. Está situado al Norte de la plaza; tiene doble arcada de piedra de sillería, con dos órdenes de arquitectura, todo de bóveda, sin haberse empleado madera que la de las puertas; adentro hay un departamento de cárcel capaz de dar cabida a ochenta reos. En 1773 poco sufrió con los

terremotos; algunas municipalidades de 1779 a 1821 le hicieron reparaciones. Años más tarde en 1851 el corregidor Palomo y Montúfar, le mandó arreglar las habitaciones interiores.

El gobernante don Alvaro de Quiñónez y Osorio tuvo la idea de ensancharlo en toda la extensión, frente a la plaza mayor, como el Palacio Real, proyecto que no pudo realizar por falta de fondos.

En el Palacio a que nos venimos refiriendo, se hallan las oficinas que dependen de la Municipalidad.

El salón principal extiéndese en el segundo piso, de norte a sur: decoran los muros, entre otros cuadros, el retrato del Pbro. don Ma-

Palacio del Noble Ayuntamiento.

riano Navarrete, magnánimo sacerdote que donó nueve casas de su propiedad para escuelas. La Municipalidad dispuso colocar su retrato en el salón de sesiones como una muestra de gratitud a su memoria.

En otro lugar se halla el retrato del insigne arzobispo de Guatemala, doctor don Pedro Cortés y Larraz, que alcanzó notoriedad por sus valientes disputas con las autoridades civiles después de los terremotos de 1773. Al pié del retrato, obra esmerada de pintura, aparece esta significativa inscripción:

"Se hizo digno de ocupar este puesto por sus virtudes y nobles esfuerzos para conservar como metrópoli esta ciudad después de su ruina A. S. D. M. Este retrato ha sido colocado para perpetuar su nombre, la gratitud del pueblo antigüeño y que se conserve en este salón de sesiones."

En otro sitio se halla el retrato de medio cuerpo, del corregidor don José María Palomo y Montúfar. Ostenta la base del cuadro esta leyenda:

"El Ayuntamiento del presente año en memoria del benemérito señor corregidor José María Palomo y Montúfar, acordó que su retrato sea colocado en el salón de sesiones como un testimonio de gratitud a su benéfica influencia, hoy, 25 de julio de 1858. Sus obras: la reedificación del templo de Nuestra Señora de las Mercedes, el Palacio del Ayuntamiento, el Arco de Santa Catalina, el estanque de Santa Clara, la alameda del Calvario y otras en caminos, calles y plazas públicas."

Ocupa departamento reducido el archivo, del que han ido desapareciendo desde hace años multitud de legajos extraídos por los encargados de dicha dependencia; arrinconado y hecho pedazos estuvo hasta 1912 el retrato pintado al óleo del Ilmo. doctor don Juan Gómez de Parada, prelado que mucho se interesó por establecer en la capital la Casa de Moneda.

En el mismo aposento, se halla un retrato de fray Bartolomé de las Casas, varios mapas de la ciudad, dibujados por José María Arandi, unos cuantos testimonios en favor de corregidores, los mapas del origen de las aguas que surten la población y otros muchos documentos de inestimable valor histórico.

De 1821 a 1900, del archivo en referencia se han perdido muchos lejagos de los cuales poseemos una lista completa que de manera casual, llegó a nuestras manos en 1908.

IGLESIA Y CONVENTO DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Hecha la descripción de lo que se llamó Plaza Real y de los edificios que la rodean, continuando el plan que nos hemos trazado, seguiremos por la 4.ª Calle Oriente hasta las ruinas de la iglesia y convento de la Compañía de Jesús.

Los jesuitas al venir al país estableciéronse en modesto edificio.

Fué el 18 de julio del año de 1626 la fecha del estreno formal del templo de la Compañía. En la ceremonia religiosa de ese día ocupó la cátedra sagrada el famoso orador franciscano hijo del Presidente Conde de la Gomera.

En 1690 fundaron los jesuitas la Escuela Primaria de Letras. Para la edificación del templo hizo un donativo de treinta mil pesos el filántropo don Antonio de Justiniano.

La fachada de la iglesia, hoy en ruinas, da al oriente; en la parte alta, a los lados de una monumental ventana, destacabánse estatuas de estuco y en el resto de los muros raros dibujos con los colores rojo y verde.

El interior del templo presenta vista sorprendente, observándose no obstante su estado ruinoso, el carácter arquitectural de gran novedad que tuvo.

La disposición y proporciones de los muros, torres, arcos y cúpula, así como la de columnas, todo era bien proporcionado, y lleno de severidad y gallardía. El espectador más indiferente no puede

dejar de admirar la armoniosa perspectiva de aquella espléndida construcción.

Sesenta estatuas y cuarenta cuadros de pintura adornaban el interior de la iglesia: todas esas obras eran debidas al ingenio de los artistas de la época.

El convento, la casa de ejercicio y las demás dependencias llamaban la atención por su amplitud y solidez.

En las bóvedas subterráneas de este templo recibieron sepultura, además de algunos jesuitas y personas notables, el cuerpo del Presidente don Antonio Pedro de Echevers y Suvisa, de la Orden de Calatrava, Gentil Hombre de la Cámara de Su Majestad y Señor de la Llave Dorada.

Compañía de Jesús.—(Jesuítas).

Fundaron los religiosos el Colegio de San Francisco de Borja, en 1690 y en 1767 finalizaron los trabajos de albañilería de la Casa de Estudios, cerca del templo.

Cuando los jesuitas fueron expulsados de los dominios de España el año de 1767, la iglesia y el Colegio la encomendaron al Deán de la Catedral, hasta el año de 1773.

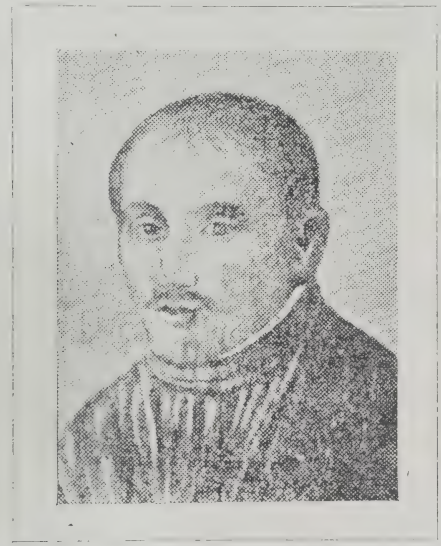
En la Compañía de Jesús figuró el padre Manuel Lobo; el literato y filosófo Francisco Javier Solchoga y el padre José Antonio Zepeda, maestro ilustrado del Colegio de San Lucas.

Figura culminante entre los jesuitas fué Rafael María Landívar.

Con sus hermanos los jesuitas salió expulsado del reino a fines del siglo XVIII. Después de haber viajado por Europa fijó su residencia en Bolonia.

Fué autor de la obra "Rusticatio Mexicana", admirable producción literaria que a juicio de eminentes críticos la escribió en un latín tan clásico como el de Virgilio. Nació en la Antigua Guatemala, el 27 de octubre de 1731. (Archivo Colonial). Sus padres, don Pedro de Landívar y Caballero y doña Juana Javiera Bustamante, originarios de Navarra, personas adineradas, procuraron dar a su hijo brillante educación e instrucción. (Copia de la fé de bautismo del padre Landívar poseía el Lic. Manuel Valladares.)

Tíos paternos del poeta fueron: fray Miguel Landívar, predicador mayor de la orden de San Francisco; fray Félix de Landívar de la Orden de Capuchinos; fray Raymundo Caballero, obispo de Puerto Rico, hermano de doña María Caballero, abuela paterna del poeta. (Archivo Colonial.)



Rafael María Landívar. (Jesuíta) célebre poeta latino de Guatemala.

La revista ilustrada "Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala," "El Imparcial" y el "Diario de Centro América", publicaron en 1925 documentación curiosa e interesantísima de la vida de Landívar, de la casa en que nació en la Antigua Guatemala, lo mismo que su testamento, después de paciente estudio, durante un año, de legajos que se hallan en el Archivo Colonial. Dicho trabajo fué hecho por el autor de esta obrita.

La casa donde vió la primera luz del día nuestro poeta, era antes de 1773 de las más hermosas de la antigua capital; estaba situada en la Avenida de Santa Lucía (la alameda) y calle de La Pólvora (o de San Lázaro), con portón al final de la cuarta calle poniente.

En Teopotzotlán (México) a donde fué a estudiar, tomó el hábito de jesuita, el año de 1750. A su regreso a Guatemala, desempeñó el cargo de rector del Colegio de Borja, pasando a Italia como expulso;

residió en Bolonia, y allí pagó su tributo a la tierra; el 27 de septiembre de 1793, siendo sepultado en el templo de Santa María Muratelli. (Batres Jáuregui.)

Volviendo a las ruinas de la iglesia de la Compañía de Jesús, tenemos que agregar que el año de 1865, tenía establecido en el ex-convento, don José María Samayoa (p), una fábrica de tejidos con valiosa maquinaria traída del exterior.

El mismo ruinoso edificio ha servido posteriormente de Mercado.

AVENIDAS Y CALLES

Las calles de la ciudad en tiempos de la colonia las llamaban casi todas con nombres de santos.

La plaza mayor divide la parte norte y sur de la ciudad, contando ésta con siete avenidas y nueve calles. Comienza la primera calle frente a la iglesia de la Merced y la novena cerca del templo de la Escuela de Cristo, prolongándose hasta enlazarse con el camino que conduce a Ciudad Vieja. Los barrios de San Sebastián y de la Escuela de Cristo quedan fuera del circuito de la ciudad, marcado por dichas avenidas y calles.

La primera avenida sur termina frente a la portada de la capilla de la Tercera Orden (San Francisco). Llamaban a esta vía, en la época de la colonia con el nombre de "Calle de la Nobleza".

La séptima avenida arranca frente a San Sebastián.

Las dos avenidas más prolongadas son la cuarta y la quinta, a los lados de la plaza de armas.

Vamos a continuar la descripción de la ciudad comenzando por la parte norte.

JOCOTENANGO

Fundaron este pueblo los indios de Almolonga, (Ciudad Vieja) después de la inundación que en septiembre de 1541 arruinó la capital. Es un lugar pintoresco; la iglesia, muy antigua, ha sufrido perjuicios graves con los terremotos en diferentes épocas. El vecindario jocoteco se decidió un día a realizar la construcción de un templo nuevo y comenzaron los trabajos a cargo de albañiles criollos; desgraciadamente sobrevino el terremoto de Santa Marta y la obra tuvo que ser suspendida.

Al transcurrir del tiempo el pueblo hizo restaurar la iglesia que tuvo altares dorados de algún mérito y varias esculturas antiguas. No hace muchos años que de ese templo desapareció un altar dorado, obra primorosa del año de 1600.

A un lado de la misma iglesia se destaca la llamada Capilla de la Virgen, con bonita portada y al frente un antiquísimo cementerio con tumbas derruidas, recuerdos de lejanas épocas.

Cada año, a mediados de agosto, se celebra en Jocotenango una fiesta y con ella una feria de animales.

Jocotenango, en dialecto mexicano quiere decir "Lugar de los Jocotes" y Valle de la Fruta; los habitantes en ese lugar, el año de 1620 eran numerosísimos y acomodados; casi todos los hombres dedicábanse al ramo de albañilería, trabajos en los que eran muy hábiles.

Fué Jocotenango famoso por las Minas de Rajón, propiedad de Alvarado, y en las que laboraban indios esclavos.

SAN FELIPE DE JESUS

Siguiendo hacia el oriente, de Jocotenango, está la vía que conduce a San Felipe de Jesús, pueblecito rodeado de colinas que fundaron indios que huyeron el año de 1670 de la aldea de San Juan Perdido, al pie del Acatenango, por haber aparecido varias epidemias y una espantosa plaga de murciélagos.

Los indios se llevaron una imagen de Jesús Sepultado que colocaron en rústica vivienda y luego en modesta iglesia construida en 1760 que más tarde devoró un incendio. La señora Justa Noriega hizo propaganda en favor de la imagen de Jesús y en 1821 quedaba establecida la llamada feria del "primer viernes", que desde entonces ha venido tomando poderoso ensanche.

La iglesia y pueblo fueron objeto de mejoras iniciadas por el Dr. y Pbro. don Manuel Leal, estrenándose el templo el 28 de agosto de 1870. Mandó levantar portales de calicanto, al rededor de la plaza, el corregidor don Manuel Díaz Campa.

El alma piadosa de las muchedumbres levantó la nueva iglesia de estilo gótico, comenzada en 10 de agosto de 1914. El conjunto de la iglesia semeja la Catedral de Barcelona.

Es allí donde millares de gentes llegan de distintas poblaciones en compacta romería.

El pueblo tiene escaso vecindario.

LA CALLE ANCHA DE LOS HERREROS

Ni la "Calle de la Nobleza", ni la de la Sangre de Cristo o de los Peregrinos, (sexta calle oriente con dirección a la ermita de la Cruz del Milagro, cerrada desde 1779), ni otras, llegaron a ser tan famosas como la llamada Calle Ancha de los Herreros desde los primeros tiempos de la fundación de la ciudad. En el año 1589, en la época del Presidente Lic. don Pedro Mayén de la Rueda, en esa hermosa vía estaban instalados talleres de herrería, carrocería, carpintería, cohetería, y los bodegones, como llamaban a las ventas de licor. Era esa una arteria muy transitada y de enorme movimiento comercial.

Abundaban en la misma calle las casas grandes, bajas, con ventanas anchas y rejas de madera labrada y amplios zaguanes. Una de esas viviendas dió albergue a la cuna del Pbro. Jacinto de Medina y Cueto, descendiente del conquistador Pedro de Cueto.

La Calle Ancha de los Herreros fué durante la época de la colonia teatro de poemas, de aventuras galantes y de dramas de dolor.

LA CRUZ DE PIEDRA

En la Calle Ancha alzábase desde lejanos tiempos la Capilla conocida primero, con el nombre de "La Caridad", según Manuel Montúfar, y después con el de Cruz de Piedra. Tenía la capilla dos puertas de entrada, una al Occidente y otra al Norte. En ese histórico

El Hermano Pedro solicitando limosnas en las calles para alimentos de los enfermos de su hospital.

lugar reuníanse los ayuntamientos de la capital y de Jocotenango, así como el Correo Mayor, con objeto de abrir la petaca de la correspondencia que venía de España, acto que revestía solemnidad.

En 1895 ciertas autoridades mandaron demoler la Capilla, con el pretexto de que interrumpía el paso: no se tuvo en cuenta por igno-

rancia lo que significa esa construcción. Arranca desde entonces, de manera acentuada, la serie de atrocidades que se vienen cometiendo en la ciudad con los monumentos antiguos.

La Cruz de Piedra, demolida del basamento donde permaneció durante tantos años, la abandonaron en plena vía, hasta que fué mandada trasladar a una de las naves del templo de la Merced.

Con la destrucción de esa Capilla histórica, contravinieron la sabia disposición del presidente general Justo Rufino Barrios, sobre la conservación de las ruinas y comenzó en la ciudad la torpe e incalificable tendencia de destruir obras valiosas de la época de la colonia, labor de ignorantes repetida hasta el año de 1922.

SAN SEBASTIAN

Afligido el vecindario de la capital con los repetidos sismos del año de 1565, el Ayuntamiento y muchas personas principales acordaron tomar por santo tutelar a San Sebastián, haciendo construir una ermita en la colina llamada de San Felipe.

Años más tarde a las autoridades civiles y militares no les pareció lo apartado del lugar y dispusieron construir nueva ermita, en un sitio más céntrico, en terreno amplio y plano, el 29 de enero de 1580. Estrenaron la nueva ermita en 1582, erigiéndola al correr del tiempo en parroquia, el obispo fray Gómez Fernández de Córdova. En 1689 un terremoto arruinó el templo, procediéndose luego a su reedificación; lo estrenaron en 18 de enero de 1692.

Los sismos de 1874 le causaron graves perjuicios y hoy solamente se conservan los muros laterales por haberse hundido el techo.

De esta iglesia salía en la época de la colonia una procesión: llevaban en hombros la imagen de San Sebastián militares luciendo vistoso uniforme; asistían, además, los miembros del Muy Noble Ayuntamiento, precedidos por un grupo de "trompeteros".

El 20 de enero en la noche el pueblo se daba cita en la plazuela de la iglesia a efecto de presenciar los fuegos de artificio, espectáculo hermosísimo en el que se gastaban grandes cantidades de dinero.

ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES DEL MANCHEN

La catástrofe del 29 de julio de 1773, hizo rodar por tierra esta ermita que destacábase al norte de la iglesia de San Sebastián, en el barrio de las andaluzas. De ella no quedan sino unos cuantos muros ennegrecidos por el tiempo.

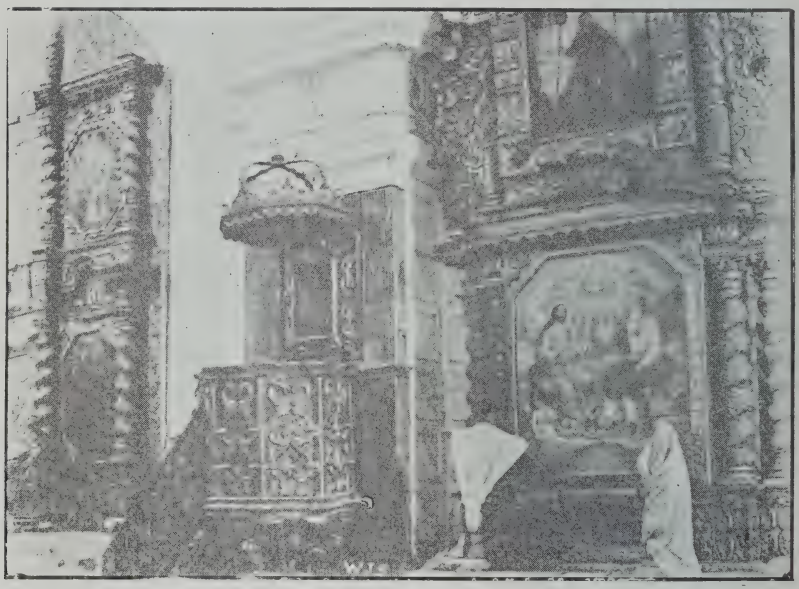
Ostentaba fachada sencilla; subíase al campanario por una ancha gradería de mezcla construida en la parte exterior de la ermita, obra rara, única en su género en las ciudades del reino.

La fachada de la misma ermita tenía ornamentaciones hechas de estuco, trabajo revelador del adelanto del arte de la albañilería de aquella lejana época, por más que ésto sea negado por historiadores modernos que no se tomaron el trabajo de conocer y estudiar deteni-

damente los monumentos de que se enorgullecían con justicia nuestros antepasados.

Sobre severo y esbelto altar de columnas góticas doradas, destacábase una Virgen, admirable escultura de ignorado artista, que coronó el 23 de mayo de 1738, fray Antonio López de Guadalupe, obispo de Comayagua, celebrándose con ese motivo suntuosas fiestas.

Cerca de las ruinas a que nos hemos referido, hay una mina de tiza; también hubo hace 40 años, en la base del Cerro del Manchén, un corral con crianza de venados, propiedad de la familia de don Miguel Moreno. Manchén en dialecto indígena quiere decir Palo Viejo.



Altar y púlpito de madera tallada con dorado a fuego.

NUESTRA SEÑORA DE CANDELARIA

Al pié de la misma colina, continuación de la del Manchén hacia el oriente, final de la 1.ª Avenida Norte, cerca de lo que hoy llaman "Alameda de Santa Rosa", erguíase la poética ermita de Nuestra Señora de Candelaria. Desde los tiempos del obispo Marroquín la administración de la ermita estaba a cargo de los dominicos y uno de éstos la servía como párroco.

Al secularizarse las Doctrinas de los Regulares, el año de 1754, constituyeron cabecera de curato la Vicaría de Candelaria.

La iglesia, con una cruz de piedra en el centro de la plazuela, daba un conjunto poético. En el interior, pendientes de las paredes, habían cuadros de pintura desiguales en tamaño y de escaso mérito.

Fray Domingo Reyes mejoró notablemente la iglesia; por desgracia los sismos de 1717 la convirtieron en escombros y gracias al

M. R. P. predicador general y cronista de la orden de predicadores fray Francisco Ximénez, al hacerse cargo del curato, el 4 de julio de 1718 procuró restaurarla. Le mandó hacer labores de estuco en la fachada, e hizo levantar la casa parroquial con piezas destinadas a oficinas, sacristía, corredores, fuente y jardín. En 1721 el insigne cronista partió a España, dejando en el archivo de la parroquia numerosos manuscritos, entre ellos la historia de las imágenes principales de las iglesias de la ciudad.

Al norte del templo, a una distancia como de cien varas hallábase el primitivo Hospital de Indios que fundó fray Matías de Paz.

Ruinas del templo de la Candelaria.

En las casas frente a la plazuela de Candelaria hubo en 1590 muchas tiendas de comestibles (Gage.)

También se le llamaba el barrio de los carpinteros.

Todo es hoy desolación: la iglesia está destrozada; la plazuela llena de monte; a cierta distancia las cabras se yerguen para clavar sus dientes en los arbustos, las ovejas caminan entre las zarzas; sobre los follajes se posan las palomas y se arrullan las tórtolas; junto a las viejas y secas alcantarillas ennegrecidas por el sol y las lluvias saltan las lagartijas, cubren el suelo las flores amarillentas y los rosales enredadores esparciendo suave perfume parece que dan hálitos de vida a los espíritus invisibles.

Desde el año de 1563 figuró en uno de los altares la famosa imagen de Jesús con la cruz a cuestas, llamada de la Candelaria, obra de

Juan de Aguirre, artista que vistió el hábito de franciscano a la edad de 35 años.

Esta imagen la trajeron a la Nueva Guatemala y se halla expuesta en primorosa capilla del templo de Nuestra Señora de Candelaria.

LA ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES DEL CERRO

La ermita de este nombre hallábase sobre suave declive de un cerro, sirviéndole de marco la alta mole de "El Rejón". A esta iglesia asistían a prácticas religiosas los vecinos del pueblecito llamado Santa Inés Hortelanos, perteneciente a la feligresía de Candelaria.

Un indio llamado Silvestre de Paz, mandó esculpir una imagen de la Virgen de Dolores a Manuel de Chávez, el que estimulado por fray José Sánchez, concluyó la obra llevándola a casa particular, donde comenzó a ser venerada, procediéndose al poco tiempo a la construcción de una ermita en la parte alta de una colina; estrenaron la iglesia el domingo después de la Epifanía, el año de 1703. (Agustín Mencos Franco).

OTRA ERMITA DE DOLORES

En terreno plano estaba otra ermita, muy modesta, que hizo construir a cierta distancia de la de Nuestra Señora de los Dolores del Cerro, el padre Juan Silvestre Sánchez, iglesita que cayó completamente con el terremoto de Santa Marta.

TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

Alzase gallardo, monumental y lleno de majestad en la plazuela del mismo nombre.

Para su construcción dió 4.000 pesos don Alonso Fernández de Heredia.

Es uno de los templos más hermosos de la América Central. Se debió a los esfuerzos de fray Juan Cordero. Había sido estrenado trece años antes de la ruina de la ciudad. Esta formidable construcción resistió victoriosamente a los temblores del fatal día 29 de julio de 1773. No así al del 13 de diciembre del mismo año que le causó graves destrozos. El corregidor don José María Palomo y Montúfar tuvo la feliz idea de reconstruirlo hace muchos años, dejándolo en el estado en que se encuentra.

Fué una lástima que a mediados del siglo anterior se haya mandado demoler algunas ruinas del Convento para aprovechar el material en la reconstrucción de la iglesia de San Felipe de Jesús.

Consta de tres naves amplias y claras; sus arcos monumentales sostienen bóvedas notablemente bien construidas; la cúpula es majestuosa y bella; en sus cuatro pechinas figuran los evangelistas, trabajos bien ejecutados.

La fachada con dos torres a los lados, la adornan primorosas labores de estuco.

Portada del Convento de Mercedarios.

En su altar principal figuraba Nuestra Señora de las Mercedes, imagen española traída de México por un peregrino antes de 1600. La consagró el Ilmo. Angel María, arzobispo de Mira, al visitar Guatemala. Dicha imagen se venera hoy en el templo de la Merced de la capital.

En varios muros del templo reposan los restos de algunas personas notables, entre ellas el presidente don Alonso Fernández de Heredia: en un nicho, a inmediaciones del altar mayor están los de Sotero Carrera, hermano del presidente General Rafael Carrera.

A la iglesia de la Merced perteneció la imagen de Jesús con la cruz a cuestas que se venera en el templo del mismo nombre de esta capital (Nueva Guatemala). Esculpió la obra el artista Evaristo Zúñiga, y no Quirio Cataño como afirma en uno de sus escritos el salvadoreño don Francisco Castañeda, que tomó el dato equivocado de una de las obras del doctor Ramón A. Salazar.

Consagró la imagen en la Antigua Guatemala, el 5 de agosto de 1717 el obispo doctor Juan Bautista Alvarez de Toledo. La trajeron al Valle de la Ermita después del terremoto de Santa Marta.

Jesús Nazareno con la cruz a cuestas que se venera en la iglesia de la Merced de la Antigua Guatemala, perteneció al templo de la Santa Cruz; es obra del escultor Alonso de la Paz y no de un discípulo de Cataño, como equivocadamente asegura también don Francisco Castañeda.

Las personas que deseen obtener datos a este respecto, podrán hallarlos en el archivo de la parroquia del Calvario de esta ciudad, archivo que tiene numerosa e interesantísima documentación antigua.

La iglesia sufrió algunos perjuicios con los temblores de 1917-1918, derrumbándose una de las torres. El pueblo inició y llevó a cabo su restauración. Finalizaron los trabajos a que nos hemos referido, el 29 de mayo de 1919.

Varios años tardó la edificación del convento de los mercedarios, como que fué uno de los más grandes de la ciudad. Claustro y galerías eran obras suntuosas y sólidamente construidas, con grandes arquerías que descansaban sobre enormes columnas de calicanto. Contaba con capillas, refectorio, biblioteca, la sala llamada "De profundis" y una bóveda para guardar en cajas de madera las cenizas de los religiosos.

Las paredes del claustro estaban adornadas con cuadros de pintura de artistas criollos, sobresaliendo los del famoso Valladares.

En el centro del patio principal se destaca todavía una hermosísima fuente ruinosa, de calicanto, de cuya taza caían doce chorros de agua cristalina.

El convento tuvo casa de estudios de filosofía y teología, con notables maestros. Estableció un colegio con el nombre de San Jerónimo, cerca de una ermita dedicada al mismo santo; a causa de no haber solicitado los mercedarios la licencia del rey para fundar la casa de estudios, mandaron decomisar el edificio, destinándolo a la Real Aduana, el año de 1763.

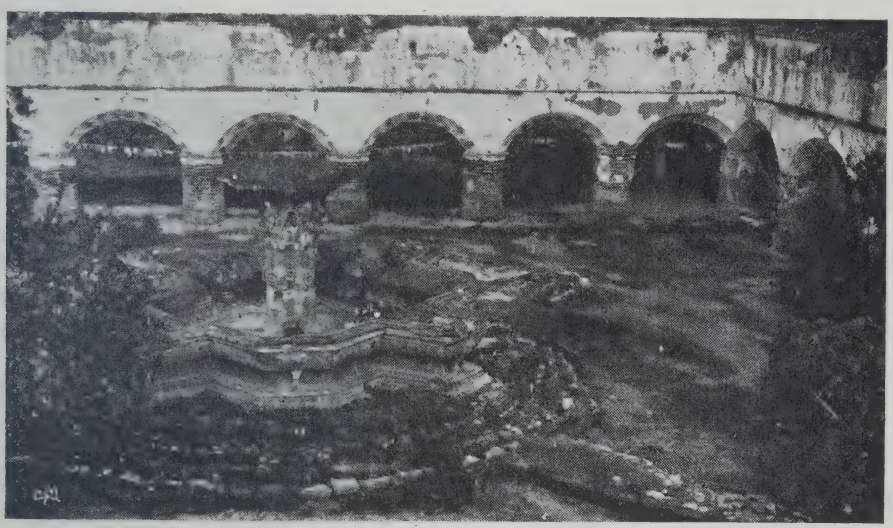
A mediados del siglo pasado comenzaron a extraer material de construcción del interior del convento: de ese lugar salió todo el ripio

para reedificar la iglesia de San Felipe de Jesús, obra que llevó a cabo el Dr. y Pbro. Leal.

La plazuela de la Merced tiene un jardín, asientos de cal y canto, una fuente de piedra, un busto de fray Bartolomé de las Casas, sobre elegante base, y una cruz de piedra sobre sólido basamento.

SANTO DOMINGO

Al final de la 2.ª Calle Oriente están las ruinas del templo y convento de Santo Domingo. Por los pocos muros que aún quedan zumba el viento y hace mover la yedra y las enredaderas.



Claustro y fuente de los Mercedarios.

Era una bella iglesia la de los dominicos, con monumental fachada y dos torres a los lados: en una de estas hállabase el primer reloj que hubo en Guatemala, traído del exterior por fray Domingo Azcona, el año de 1553.

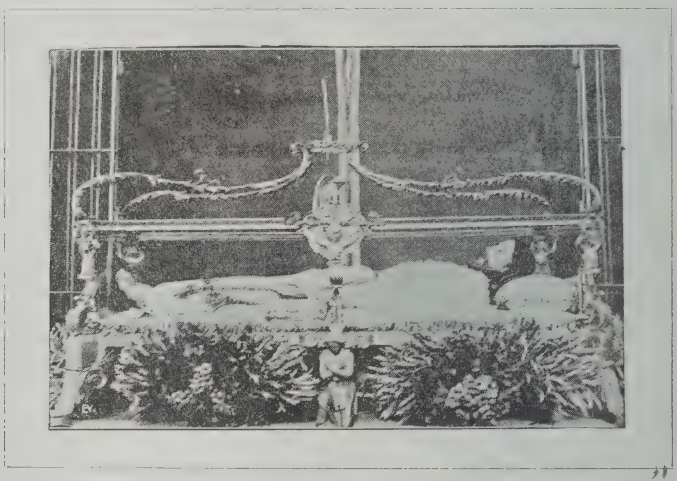
Las bóvedas y arcos estaban ornamentados con salientes relieves, arabescos y bellas cabezas de querubines. Un mundo de luz filtrábase por las ventanas, quedando el ánimo absorto, —dice un autor antiguo— al contemplar tanto objeto valioso como esculturas, cuadros pintados al óleo, candelabros de plata, candiles, altares de madera primorosamente tallados, y el soberbio altar mayor.

Obra de albañilería de mérito eran las bóvedas subterráneas en las que hacían los enterramientos de los dominicos y de funcionarios principales. (Notas de fray Domingo Reyes.)

¿En cuál de las bóvedas descansaría en su lecho de muerte el Ilmo. fray Gómez Fernández de Córdova? ¿Cuál los lugares donde fueron sepultados los presidentes don José Vásquez Prego Montaos y Soto Mayor y Alonso de Arcos y Moreno?

Las tumbas desaparecieron, no así los restos de personajes y dominicos ilustres.

Tres imágenes notables poseía el templo: la Virgen del Rosario, toda de plata; Santo Domingo de Guzmán, escultura de Alonso de la Paz y el Cristo yacente que fué traído de Inglaterra después del cisma de Enrique VIII. Tiene restaurados los brazos y las piernas; la expresión del rostro muestra profundo sentimiento; fué trasladado dicho Cristo a la Nueva Guatemala después del terremoto de Santa Marta y se venera en Santo Domingo de esta capital.



Sorprendente escultura del Señor Sepultado de Santo Domingo.

El convento tuvo mucha extensión, siendo digno de admirarse la claridad que bañaba todos los aposentos, la mayor parte de ellos decorados con cuadros de pintura de artistas criollos. En el segundo patio estaba la biblioteca y la sala de música.

La fuente del claustro era una obra bellísima con arabescos de mezcla sobre los muros, de figura octágona, con una taza de azulejos traídos de Génova, macetones y columnas, con figuras de aves acuáticas, teniendo por remate un globo y una cruz. (Recordación Florida.)

En la portería de los conventos de Santo Domingo y de la Merced figuró desde el año de 1642, un retrato del presidente Marqués de Lorenzana, obra de arte debida al artista criollo Alfonso Alvarez.

Santo Domingo tuvo Casa de Estudios, figurando como catedráticos frailes ilustrados.

Cerca del convento estaba el edificio del Colegio de Santo Tomás de Aquino, centro de enseñanza en el que se conferían grados y donde estudiaron los dominicos Felipe Luis del Corral, Ambrosio Díaz del Castillo, García de Loainza y el Dr. Pereira.

Intentaron fundar a inmediaciones de Santo Domingo, en 1610, el convento de Santa Catalina de Sena, proyecto que no se realizó no se sabe por qué causa.

Poco, muy poco queda de las ruinas del templo y convento de Santo Domingo, edificios que se derrumbaron por completo con los terremotos del año de 1773. Los barrios de Santo Domingo, la Candelaria y otros cercanos los abatió espantosamente la onda furiosa de los sismos.

Un historiador de lejanas épocas dice: "La parte mejor de la ciudad es la que está inmediata al barrio de Santo Domingo, y también lleva el mismo nombre, en razón del convento que había en ella.

Altares del siglo diez y siete.

Aquí están las tiendas con los más ricos y mejores artículos de toda la ciudad, así como los edificios principales, que en su mayoría son nuevos e importantes. Hay aquí todos los días un tianguis o mercado en donde los indios venden constantemente frutas, hortalizas y cacao."

Hace varios años cerca de las ruinas de la iglesia hicieron construir un edificio destinado a colegio nacional.

Al tratarse del convento de dominicos, no se puede omitir el nombre de un varón insigne que trajo de Nicaragua, a Guatemala el año de 1533, el obispo Marroquín: nos referimos al R. P. fray Bartolomé de las Casas, primer vicario del convento de Santo Domingo en Guatemala. Fué indudablemente, el más virtuoso, el más humilde, el más abnegado y el más humano de los hombres que en tiempos de la conquista vinieron a América.

Fray Bartolomé de las Casas, vivió poco tiempo en Almolonga, en el convento, muy reducido, que comenzaban a ensanchar los dominicos.

Fortuna y no poca fué para los indígenas de la Verapaz, haber sido conquistados por el venerable misionero cuyo nombre brillará eternamente en las más hermosas páginas de la historia de América.

SANTA ROSA

Hacia al norte del templo de Santo Domingo y al Oriente de la Alameda de Gálvez, hay una calle con árboles de amatle: en la época floreciente de la capital esta vía tuvo viviendas de familias acomodadas; cerca están las ruinas de la iglesia y beaterio de Santa Rosa de Lima. Los muros que aún quedan, dan idea de la atrevida construcción que tuviera el templo. Hay noticias de que doña María Gómez mandó esculpir una imagen de Santa Rosa, obra de gran mérito artístico y costeó en gran parte las obras de la iglesia y del beaterio: tuvo este último jóvenes de familias acomodadas que tomaron el hábito después de 1580. En el mismo beaterio murió el año de 1591 la hermana Catarina de Jesús, mujer muy virtuosa e inteligente. El vulgo llamaba a esta casa con el nombre de "beaterio de gentes blancas."

LAS BEATAS INDIAS

A inmediaciones del templo de Santa Rosa y del de Santo Domingo se hallan los escombros de la iglesia y beaterio de indias, que estuvo bajo la advocación de la Virgen del Rosario, desde su fundación el año de 1550.

La casa, como su nombre lo indica, estaba destinada a indígenas. Nada de notable nos dicen las crónicas antiguas de este lugar de recogimiento. Por cédula de 9 de septiembre de 1676, dispuso el monarca se conservara y fomentara el beaterio, sin cobrarles tributo a las indias que en él permanecieran. Más tarde se les concedió una pensión anual.

Tenían la costumbre, las indígenas, de asistir todos los años a una procesión que salía de la parroquia de la Candelaria e iban cantando el "miserere". Desde 1770 comenzaron a usar hábito, profesando y guardando clausura. El rey al tener conocimiento de este cambio no le pareció y dispuso que volviese a su estado de casa de enseñanza, admitiéndose indias no menores de siete años, saliendo a los veintidós. Figuró como madre de la casa, la hermana Francisca de Santo Domingo, electa el año de 1586.

SANTA TERESA

En la 4.ª Avenida Norte, entre primera y segunda calles se hallan las ruinas del templo y monasterio de Santa Teresa que fueron de sólida y elegante arquitectura; sus viejos muros han resistido los rigores del tiempo y de los terremotos. Después de la ruina de 1773 cuando las autoridades se empeñaron en desalojar la antigua capital

para fundar la nueva en el Valle de la Ermita, las gentes sencillas referían, atemorizadas, que a altas horas de la noche oíanse cantos místicos en el interior del monasterio: la imaginación popular inventaba absurdas leyendas que se referían al mismo sitio.

Las bóvedas subterráneas de la iglesia tenían tumbas bien construidas, colocaban en los muros atravesados los féretros de las monjas.

La Calle de Santa Teresa era el punto obligado de reunión para presenciar el desfile llamado de "palmas" el domingo de ramos, que salía de la Catedral.

SANTA CATARINA MARTIR

Estas ruinas se hallan en la calle que de la plaza mayor conduce a la plazuela de la Merced.

El convento de las catarinas lo establecieron en 1606 primero en el sitio que más tarde ocupó el templo de San Agustín. El obispo fray Juan Cabezas Altamirano lo mandó trasladar el 10 de mayo de 1613 al lugar donde permaneció hasta 1773.

Fundaron el convento cuatro religiosas de la Concepción, recibiendo el nombramiento de prelada la reverenda madre Elvira de San Francisco, expósita llevada al monasterio de la Concepción a la edad de seis años; se decía entre sus compañeras que era hija de una dama de la nobleza de Guatemala. Se distinguió a la edad de veinte años no sólo por su rara hermosura y talento natural, sino también por su energía de carácter. Su nombramiento de prelada para el monasterio de Santa Catalina fué el objeto de muchos comentarios entre sus enemigas, envidiosas de las prendas personales que tanto la distinguieran.

Cuando llegó a ser insuficiente el local para contener tantas jóvenes hubo necesidad de comprar un sitio en la manzana del frente y para establecer la comunicación se mandó levantar un arco de calicanto, hueco y con gradas; grave, severo y hermoso se alzaba el arco colonial de las catarinas, hasta el año de 1773 que lo destruyeron los terremotos; a mediados del siglo anterior lo mandó reconstruir el progresista corregidor señor Palomo y Montúfar.

El templo de Santa Catarina fué construido a expensas de don Alonso de Cuéllar, estrenándolo el 15 de septiembre de 1647.

Sobre una de las puertas del templo hacia la Avenida, cerca del Arco, se destaca esculpido sobre piedra, un escudo de España.

Poseía la iglesia una imagen de Jesús sepultado (que hoy se halla en esta capital), de la que cuentan una tradición relacionada con el Hermano Pedro.

El monasterio tenía comodidades, albergándose en él monjas novicias y profesas de la mejor sociedad; se hizo famoso por los dimes y diretes de las familias que lo atacaban y defendían, inspiradas por el externado del monasterio de la Concepción, el eterno rival de las catarinas.

Después de la ruina de la ciudad la Calle de Santa Catarina presentaba tristísimo aspecto. Todavía el año de 1833 la citada arteria tenía sitios abandonados y sin casas.

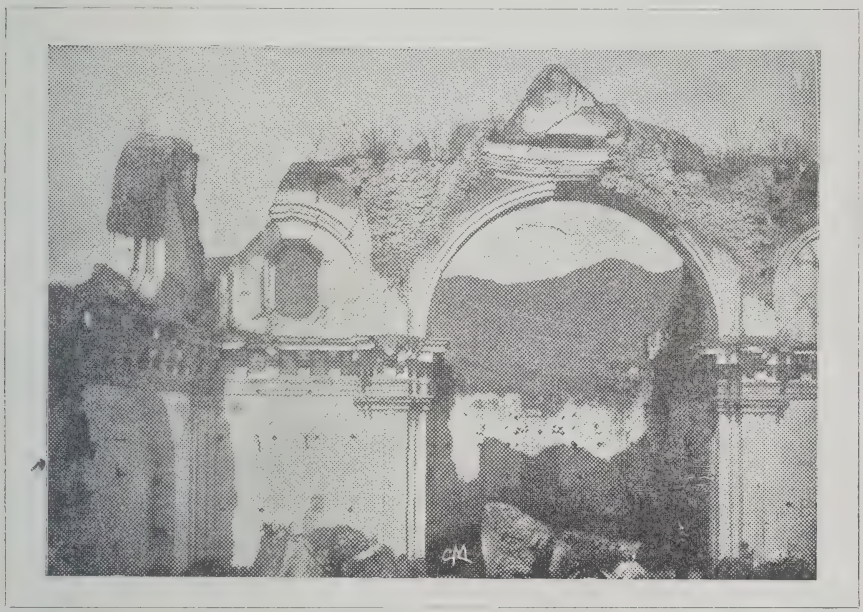
LA RECOLECCION

Crecía la ciudad colonial en población y en edificios. Trabajo constante y febril veíanse en las obras de conventos, capillas y ermitas, notándose esmero en las construcciones, como que muchos de los muros y ruinas se conservan desafiando al tiempo y demuestran el adelanto que había en el ramo de albañilería.

Verdadero retrato del Hermano Pedro de Betancourt.

Hermosas en su género arquitectónico fueron la iglesia y convento de la Recolección; amenos cronistas, admiradores de las bellezas de nuestra patria, nos hablan constantemente con inspirado lenguaje del encanto de esas ruinas, situadas lejos del centro de la ciudad, al final de la primera calle poniente.

Un rancho de paja dió albergue al principio a varios recoletos, el año de 1701. La iniciativa de hombres de energía prestó vida a obra formal del colegio, para el que hizo donativos valiosos de dinero don Juan de Langarica. El 8 de septiembre del mismo año colocó la primera piedra de la iglesia el padre provincial fray Juan González. Vinieron de Querétaro, México, varios recoletos y en Guatemala congregáronse otros, verificándose la elección de oficios, el 16 de septiembre de 1702, hallándose aquí, por este tiempo, el célebre fray Antonio Margil, recayendo en él la elección de guardián.



Ruinas de la Recolección.

Con motivo del proyecto de la fundación del convento de recoletos hubo entre las autoridades distintos pareceres, entre ellos este de un cabildante: "Haciéndose esta fundación de los padres misioneros, vendrán otros a su ejemplo, y quedará en suma esta ciudad hecha una república de eclesiásticos, que ya está sucediendo, por no poder mantenerse, meterse las hijas de los principales, de monjas, y los hijos de frailes y clérigos." (García Peláez, Tomo III, Pág. 24.)

En 1778 cuando las manos devastadoras de los hombres nada escrupulosos, no habían comenzado la obra destructora de los grandes arcos y columnas que no pudo derribar la catástrofe de Santa Marta en los edificios de los recoletos, el ánimo se conmovía al contemplar tanta grandeza, presentándose en la imaginación del viajero, páginas conmovedoras de historia, de primorosas leyendas, de tradiciones llenas de poesía y de encanto.

Hoy todo es tristeza: arcos monumentales como en los que descansaba la esbelta cúpula desaparecieron: la piqueta consumó su obra odiosa y repugnante.

La iglesia poseía objetos de arte valiosos. Hay memoria de la magnífica sillería del coro, de vasos sagrados, regalo de personajes ricos; del magnífico retablo de pintura flamenca y del bello Cristo crucificado que destacábase en el altar mayor. Guardaban la sacristía el retrato de fray Antonio Margil, lienzo que todavía existe y una tabla tosca sobre la cual dormía el célebre misionero.

La biblioteca y el archivo de los recoletos ha sido conceptuada como de lo mejor que hubo en la época de la colonia; la mayor parte de los legajos estaban escritos en castellano.

En la actualidad no existe ninguno de los objetos que constituyeron el patrimonio del convento, solamente han quedado cuadros de escaso mérito que no han excitado la codicia de los hombres.

En los sótanos del templo de los recoletos recibieron sepultura los restos del Presidente don Pedro Salazar Herrera y Mendoza.

Fray de Jesús Urrutia poseía, manuscrita, la "Breve relación de lo que fué en la Antigua Guatemala, el Colegio de Cristo Crucificado de Misioneros."

IGLESIA Y CONVENTO DE CAPUCHINAS

En la esquina de la segunda Avenida Norte, entre primera y segunda calles se halla la iglesia y convento de Capuchinas, ruinas muy visitadas por los extranjeros.

La fundación del monasterio la solicitó fray Juan Bautista Alvarez de Toledo, obispo de Chiapas y luego de Guatemala.

De orden del arzobispo de Toledo el M. I. don Diego de Astorga hicieron venir de Madrid, cinco monjas capuchinas, acompañándolas en el viaje el padre Luis Coello y Gaitán. El vecindario de la ciudad recibió a las monjas con muestras de regocijo, el año de 1725, dándoseles hospedaje en el convento de carmelitas; la primitiva iglesia y claustro de Capuchinas fué estrenada el 19 de marzo de 1726. En el mismo sitio alzábase más tarde la nueva iglesia de piedra y el monasterio que pregonara la generosidad del Ilmo. Dr. Juan Gómez de Parada, por haberlas costeado a sus expensas, quedando terminadas el año de 1736; son notables obras de albañilería; la basílica, hoy en ruinas, tiene la portada hacia el oriente.

Los cuatro lados laterales de la arquería principal del convento descansan sobre gruesos y sólidos pilares; en el segundo piso se hallaban las celdas de las monjas; el resto del edificio contaba con muchas dependencias, extensos patios, huerta, hortaliza y varias fuentes.

En el centro del convento y al norte del primer patio, cerca de la espléndida galería de calicanto que se conserva en buen estado, se alza la "Torre del retiro", construcción rara y atrevida, notable en su género.

Es un anfiteatro: el primer departamento, planta baja, de grande amplitud, tiene muros formidables; la forma circular del aposento es imponente; en el centro se alzaba una columna de grandes dimensiones

que sostiene el segundo piso, con patio sin techo en el centro, y a su alrededor, descansando sobre basamentos fuertes, de calicanto, se hallaban las pequeñas celdas destinadas a las monjas novicias y profesas, que retirábanse a ejercicios espirituales en varias épocas del año: era esa una mansión que iba a ofrecer comodidades a las profesas: cada celda poseía una repisa incrustada en la pared, una cama gruesa de madera y en el local contiguo, muy reducido, un excusado, con ancho desagüe, de calicanto, que bajaba hasta la base de la torre. Estos desagües, obra ingeniosa de albañilería única en su género en las ciudades del reino de Guatemala, contaba con agua abundante.

El piso bajo del que ya hicimos mención, tiene escasa luz. La Torre es una obra complicada, con angostos callejones y gradas para descender a los sótanos destinados a guardar distintos objetos, así como vasijas con aceite y vino.

En el mismo piso bajo estaban adheridos a los muros, trozos de madera con argollas de hierro destinadas a la colocación de lazos, los que servían para tender los llamados "corporales", "purificadores", toallas, manteles y otros muchos lienzos pertenecientes a todas las iglesias de la capital, trabajo que tenían a su cargo las monjas capuchinas. Con objeto de evitar el aire, el polvo y la fuerza del sol, para secar la ropa, se dispuso hacer el tendido, como le llamaban, al círculo bajo.

El acceso a la Torre se hacía por dos escaleras de calicanto construidas en el exterior del anfiteatro, lado occidental. La parte alta de la Torre estaba dotada de agua en abundancia.

Actualmente los sitios del monasterio presentan paisaje triste y árido, si se exceptúa en la época de lluvias: la contemplación del convento impregna el alma de solemne y misteriosa poesía.

No habían terminado varios de los trabajos de restauración del convento cuando sobrevino el terremoto de Santa Marta.

La hermosa y rara obra de la Torre es un bello poema donde brilla la profunda inspiración del arquitecto. La fantasía popular ha inventado absurdas leyendas que a ella se refieren y no han faltado personas serias que le hayan dado el nombre de "Torre del Martirio", afirmando que allí se martirizaba a las beatas.

En los subterráneos de la iglesia se hallaban las tumbas de monjas fundadores del monasterio, entre ellas la de la abadesa Sor María Luisa. En la solitaria nave del templo, los ruidos se extinguen, imperando absoluto silencio.

Sobre esos monumentos de la época colonial ha pasado el tiempo, acumulando el polvo de los años.

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

Son muy admiradas las ruinas de esta iglesia. De su fachada han sido tomadas primorosas vistas por fotógrafos del país y extranjeros.

Las ruinas de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, se yerguen ufanas todavía, ostentando labores de mezcla que entre airosas columnas bordan la fachada. Uno de los pilares no soportó la fuerza

del terremoto de Santa Marta y se vino al suelo, quedando los demás intactos.

La primitiva iglesia del Carmen la hizo construir la cofradía del Santo Escapulario el 12 de abril de 1686, al reducirla a escombros el terremoto del año de 1717, la mandó construir, mejorándola notablemente, el padre Manuel de Morga.

La estrenaron con toda pompa el año de 1728. (Noticias de José de Villerías Avelar.)

El 16 de julio de cada año celebraban grandes fiestas de día y de noche; organizaban juegos de cañas en plena calle, saliendo bandadas de encamisados recogiendo limosnas. No faltaban desde luego los fuegos de artificio con los que se divertía el pueblo.

Del convento casi nada queda: nuevas viviendas construidas en el siglo pasado sustituyeron a las celdas de otros tiempos.

SAN AGUSTIN

La iglesia en ruinas tiene ancha y hermosa fachada con cinco estatuas de estuco; a un lado se eleva una torre.

Tuvo el templo airosa cúpula que había resistido la fuerza de los sismos, derrumbándose al fin en diciembre de 1917.

Alcanzó fama el convento por haber poseído en su seno frailes que se distinguieron como filósofos y teólogos.

Ermita y convento permanecieron primero, en sitio incómodo, trasladándose los frailes en 1615 al lugar donde antes estuvieran las religiosas de Santa Catarina Mártir, (7.ª Avenida y 5.ª Calle Poniente.) Solicitó la fundación del convento fray Francisco de Ibarra. Obtuvo el patronado don Manuel de Estévez, capitalista que dió fuerte cantidad de dinero para la fundación, recibiendo el nombramiento de prior fray Gaspar Suárez y más tarde sirvió este mismo cargo fray Antonio Aldereta, que también donó cantidades de dinero.

Figuraron en el templo de San Agustín los magníficos cuadros pintados al óleo por el artista Montúfar, que representaban a San Agustín, San Pedro y San Juan Bautista, obras de arte que revelaban temperamento fogoso y mano firme y atrevida.

SAN LAZARO

Siguiendo la misma calle, hacia el poniente, hasta el final, se llega al Cementerio de San Lázaro. Quiso hermosear esa vía hace algunos años un concejal encargado de la necrópolis; pero lo angosto de la calle no dió lugar a la formación de una alameda.

La portada del recinto de los muertos es severa; la construyeron de calicanto con marco de piedra labrada y fuerte puerta de hierro; en la parte alta hay una inscripción que dice:

"La vida de los muertos consiste
en la memoria de los vivos."

En la parte interior se lee lo siguiente:

"La majestad se encierra toda del misterio
Al umbral de esta fúnebre morada
Contemplar un instante el Cementerio
Es ver al mundo convertido en nada."

Antes y después de la independencia el Cementerio no tuvo buenos monumentos a causa de que las familias ricas hacían enterrar a sus deudos en las bóvedas de los templos donde había galerías y osarios. A esto se debe que en el Cementerio de San Lázaro, no se vean nombres de personas notables, de pasadas y lejanas épocas.

Cuando el desastre de Santa Marta los frailes de los conventos salvaron todos los restos sepultados en los panteones de las iglesias, trasladándolos a la Nueva Guatemala, excepto los de Pedro de Betancourt depositados en el templo de San Francisco.

El Cementerio de San Lázaro cuenta con una calle central, mausoleos airosos y bien construidos.

En el centro de la calle había una hermosa cruz de piedra sobre gruesa base de mezcla o polígono de ocho lados, con su verja de hierro. Algunas personas particulares costearon la obra del basamento, haciendo construir en él tumbas destinadas a personas bienhechoras de la ciudad; al morir don José María Palomo y Montúfar, a quien tanto debe la antigua capital, el pueblo todo rodeó su féretro, conduciéndolo al Cementerio y depositando sus restos en uno de los nichos del basamento de la cruz.

El año de 1922 varios miembros de la Municipalidad contraviniendo al sabio decreto del Presidente de la República General Justo Rufino Barrios, sobre conservación de ruinas y monumentos, mandaron derribar la cruz y el basamento, todo lo cual hecho pedazos, fué arrojado a uno de los departamentos interiores de la necrópolis.

El Cementerio de San Lázaro no es como los de la mayoría de las poblaciones de Centro América, tristes y sombríos: en el de la antigua metrópoli abundan las flores en todas direcciones, principalmente en la estación lluviosa.

Hace algunos años le fueron agregados al Cementerio varias manzanas de terreno, desde el sitio que en un tiempo llevó el nombre de "Varias creencias", hacia la parte norte. En el nuevo terreno hicieron construir una capilla destinada a los enterramientos de las Hermanas de la Caridad; a poca distancia se alza una cruz de piedra, la misma que durante muchísimos años estuvo en la poética plazuela de Belén y que antes perteneció a la plazuela de Santa Ana.

Entre los mausoleos hay muchos bien construidos con lápidas de mármol notablemente bien esculpidas; otros tienen urnas cinerarias y artísticos adornos, así como inscripciones y leyendas que hizo grabar la gratitud del pueblo.

La necrópolis tiene una pequeña ermita, algo deteriorada por los sismos: en sus muros exteriores hay algunos enterramientos; la fachada es sencilla, ostentando en hornacinas estatuas de santos hechos de mezcla, obras de hace más de un siglo.

El terreno del Cementerio tiene su historia:

En los primeros tiempos de la colonia comenzaron a observarse algunos casos de lepra. El año de 1638 el Marqués de Lorenzana, Presidente de la Audiencia, hizo construir una ermita y un hospital con el nombre de San Lázaro, en el terreno ocupado hoy por el Cementerio. En la casa de caridad vivieron los lazarinos con prohibi-

El Hermano Pedro consolando a los enfermos en su hospital.

ción absoluta de salir a la calle; tuvieron a su cargo dicho establecimiento, los religiosos de San Juan de Dios, desde el 3 de febrero de 1640.

El verdadero apóstol de los leprosos en Guatemala fué fray Carlos Cívico de la Cerda.

El año de 1639 el monarca español obsequió al Hospital cuatro mil ducados; además, año con año le hacían al edificio mejoras de importancia, desgraciadamente lo redujo a escombros el temblor de

tierra del 29 de septiembre de 1717 y aunque más tarde fray Agustín de Soto Mayor quiso reconstruirlo, no pudo, a causa de falta de fondos.

El erudito historiador bogotano Pedro M. Ibáñez dice que hay toda probabilidad de que a varios países de América trajeron la lepra algunos castellanos, así como los negros de Africa que llegaron de varias costas desde fines del siglo XVI también propagaron ese terrible mal. Afirma el mismo autor que el mal de San Lázaro era desconocido de los indios, que durante la época de la conquista y en los primeros tiempos de la colonia no se presentaron casos de lepra en las poblaciones de origen castellano y que la viruela, la sífilis y la lepra, son enfermedades microbianas de extracción del viejo mundo.

Años después del terremoto de Santa Marta, al resurgir la ciudad, era fundado el Cementerio de San Lázaro.

LA CRUZ DEL MILAGRO

En el barrio de Chipilapa, cerca del río Pensativo, se hallan las ruinas de la Cruz del Milagro; la fachada, ennegrecida por el tiempo, presenta primorosas labores de estuco.

Delinearon la ermita el 30 de noviembre de 1731: tuvo amplia plazuela y cuatro calles hoy cerradas completamente: la de "Los Peregrinos" o de la Sangre de Cristo, era la prolongación de la sexta Calle Oriente, cerrada más tarde en la primera avenida; clausuraron la calle que de la Concepción conducía a Belén, pasando por la séptima calle y siguiendo hacia el oriente del templo de San Francisco, vía que mucho frecuentaba Pedro de Betancourt. A la ermita de la Cruz del Milagro perteneció una cruz de la que nos hablan antiguos cronistas.

En distintos puntos de la ciudad, frente a los templos, en varias plazuelas y en las cuatro garitas, hubo hasta 1773 cruces de piedra, sobre basamentos, como la Cruz de San Felipe, Cruz de la Silveria, Cruz del Calvario y otras.

La ermita de la Cruz del Milagro tuvo una capilla, obra de albañilería notable a la que llamaban La Sangre de Cristo.

PONTIFICIA Y REAL UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS EL COLEGIO TRIDENTINO.—EL COLEGIO DE INDIOS

En la 5.ª Calle, al costado de la Catedral está la Universidad, edificio que no obstante los sismos de diferentes épocas, se conserva en buen estado. La manzana entera estaba ocupada con edificios destinados a la enseñanza en la época de la colonia.

Si hemos de ser justos debemos tributar alabanzas a varios religiosos que se esforzaron por la enseñanza. Bien sabido es que varones inteligentes escribieron gramáticas de dialectos indígenas, esmerándose en la creación de Casas de Estudios; escribieron sobre diversos asuntos, costumbres y tradiciones. Aquellos hombres encerrados en sus celdas laboraron libros de historia llenos de novedad e interés.

La manzana a que hemos hecho referencia era el centro donde dieron lecciones insignes maestros durante el transcurso de muchos

años, enseñaron lo que sabían y conforme el espíritu de la época, con la escasísima protección del poder civil.

Muchos ramos de la ciencia estaban atrasados en Europa y por consiguiente en la colonia; no era posible, pues, que los jóvenes adquirieran instrucción extensa como la que comenzó a darse a la juventud desde mediados del siglo anterior.

Después de la Universidad, seguía la Capilla de San José (hoy "Teatro Municipal") el Colegio Tridentino, intitulado de la Asunción de Nuestra Señora, establecido por el obispo fray Gómez Fernández de Córdova, el año de 1596 y luego el Colegio de Indios. Cada uno de estos centros contaba con salas extensas de estudio, patios y fuentes con agua abundante.

Universidad de San Carlos Borromeo.—(Interior.)

El oratorio del Tridentino era famoso por los trabajos de arte que contenía, como cuadros de pintura, obras de escultura y un altar de fina madera con incrustaciones de concha nácar. La portada del Colegio Tridentino todavía existe, cerca de la entrada del Teatro Municipal: (casa de las Matute) es una obra de albañilería de mérito fabricada antes del año 1600.

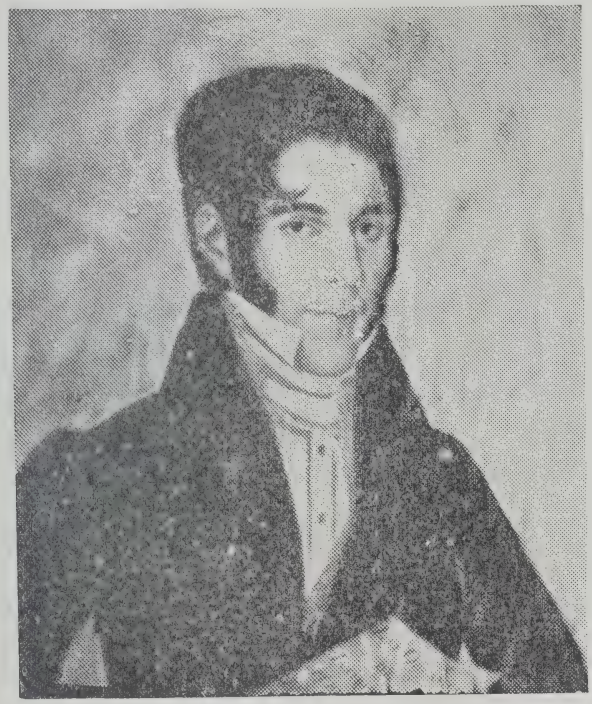
Sobre el pasamano del edificio del Tridentino, hoy casa de Zepeda, aparecen primorosas labores y leones esculpidos de mezcla.

El Colegio de Indios quedaba en la esquina frente a la plazuela de San Pedro. Pocos datos nos dan nuestros cronistas de este centro de enseñanza; no ha de haber dado grandes frutos; si muchísimos mestizos no sabían leer, fácil es colegir el enorme número que había de

indios ignorantes refractarios en aquel entonces a recibir lecciones de los blancos que siempre los trataron como esclavos.

Con algunas reparaciones hechas en distintas épocas al edificio de la Real y Pontificia Universidad de San Carlos, se ha podido conservar hasta nuestros días en el mejor estado.

La mayoría de los turistas que pasan a inmediaciones de la Universidad no dejan de fijarse en la particular ornamentación de los muros que dan a la calle y a la avenida: se destacan, en las paredes



Dr. Mariano Gálvez, eminente ciudadano que hizo restaurar la fachada del edificio de la Universidad.

grandes escudos hechos de mezcla, con mucha perfección, las reales armas de España y el escudo Pontificio, así como ventanas sexagonales de gran tamaño.

La portada de piedra maciza que tiene el edificio de la Universidad no es la de la época colonial que consistía en labores de mezcla fina y en la parte alta un grupo de ángeles, de estuco, sosteniendo en las manos libros y atributos de las ciencias. La moderna es una obra de mérito: presenta en la parte alta el escudo de la Federación de

Centro América. Más abajo, sobre piedra, hay una leyenda grabada con caracteres pequeños dorados que dice:

"Academia de públicas enseñanzas. Existe a merced de la benf. del señor don Mariano Gálvez, excitado por la Municipalidad de 1832."

Es bien conocida la historia de la fundación de la Universidad el año de 1678, por lo que poco diremos de ella.

Las súplicas dirigidas al rey de España por la Municipalidad de Guatemala, se sucedieron desde abril de 1581, con objeto de lograr el establecimiento de la Universidad. Debían transcurrir muchos años para ver realizada la idea.

Los legados del obispo Marroquín y del Correo Mayor don Pedro Crespo Suárez, unidos a los intereses del dinero, llegaron a buena suma, con lo que pudo erigirse la Universidad, en la que desde luego quedaron instituidas las nueve cátedras de teología, cánones, leyes, filosofía, medicina, instituta, teología moral y otras.

Recibió el nombramiento de catedrático de prima de teología y primer rector de la Universidad, el gran teólogo don José de Baños y Sotomayor.

Por cédula de 6 de junio de 1680 mandó el monarca formular los estatutos para el régimen de dicho centro, leyes que escribió el oidor don Francisco de Sarasa y Arce.

El papa Inocencio XI confirmó la erección de la Universidad, el año de 1687, dándole facultad de conferir grados y otros privilegios.

El Virrey mexicano don Marcos de Torres y Rueda prestó gran atención al establecimiento de la Universidad en Guatemala. (Iconografía de Gobernantes, de la Nueva España México, 1921).

Puede calcularse el intenso regocijo que causó a los guatemaltecos la feliz nueva de la real disposición mandando crear la Universidad de San Carlos y era de oírse en los corrillos las frases de alabanza en honor del monarca español. Algunos peninsulares daban opiniones acerca de que los alumnos antes de entrar a dicha institución, debían probar estrictamente su limpieza de sangre. "

Se retardó muchos años la fundación del centro universitario a causa de la rivalidad entre jesuitas y dominicos, religiosos que mostraron particular empeño en que sus casas de estudio siguieran confiriendo grados.

Los jesuitas, dominicos y franciscanos hacían en aquellos tiempos labor activa en la enseñanza y eran sus colegios manantial de luces para las inteligencias: poseían variados conocimientos, dedicación y habilidad para conquistarse el afecto de los indios, a quienes enseñaban el laboreo de la agricultura, la ganadería y algunas artes, inclinándolos al trabajo y a las buenas costumbres. Se sabe de muchos frailes que poseían sistemas especiales de pedagogía muy avanzados para la época; natural era que se esforzaran en dar crédito a sus colegios, atrayéndose a la juventud, sin distinción de clases sociales, exigiendo únicamente de ella, esfuerzo y constancia en el aprendizaje.

Los jesuitas estaban muy lejos de pensar que se acercaba la fundación del centro universitario: por esto propusiéronse iniciar solemnemente en su Casa de Estudios la apertura del curso, el 18 de octubre de 1676, costumbre que se había establecido desde años anteriores; el cronista Ximénez dice que en esa fecha subió a la cátedra, revestido

de capelo y con las borlas de doctor, el notable filósofo Nicolás Roldán, pronunciando elocuente y conmovedora oración.

Los mismos jesuitas designaron la tarde del 21 del mismo mes para una fiesta campestre en el Molino, cerca del campo de Retana, a donde llevaron canastos con viandas, dulces y frutas. Cuando estaban más animados, a la hora de la merienda, recibieron aviso de que el correo había llegado a las doce del día trayendo la noticia de la disposición que mandaba crear la Universidad, lo que les causó profundo desagrado. Circularon al siguiente día en la ciudad algunos versos manuscritos de un dominico: se condolía en las estrofas del estado de ánimo de los jesuitas, ocurrencias que fueron muy celebradas por la chispa picaresca de su autor.

Del antagonismo entre las dos comunidades, al disputarse la supremacía de sus casas de estudio, surgió el estímulo saliendo de los centros de enseñanza de aquella época, hombres eminentes, especialistas en las ciencias y en las letras.

En los salones de la Pontificia Universidad se oyó la palabra arrebatadora y la elocuente de fray Rafael Castillo: la persuasiva de fray Diego Rivas; la reposada de fray Jacinto Gámez y Moreno y la evangélica del Br. Antonio Dávila.

Hubo en la época colonial los colegios siguientes:

El de Santo Tomás de Aquino, que tuvo su origen desde 1620; no subsistió muchos años; el Tridentino o de la Asunción de Nuestra Señora "para personas de calidad", fundado en 1596; el de San Francisco de Borja fundado en 1690 y el de San Lucas, o de la Compañía de Jesús, fundado en 1561, aparte de las Casas de Estudio y de otros conventos.

EL MURALLON DE SANTA LUCIA

Al final de la 7.ª Calle Poniente y de lo que fué alameda de Santa Lucía, camino que conduce a Ciudad Vieja, el turista podrá ver el Murallón de Santa Lucía con una Virgen de Concepción en bajo relieve y en la base esta inscripción: "Concebida sin pecado original. Abrióse esta zanja para desagüe de la ciudad y se fabricó este puente el año de 1663."

En efecto, cerca del Murallón está la magnífica obra del desagüe; las aguas sucias de la ciudad pasan por ese cauce y van a unirse con las del río del Portal.

Hasta el año de 1874, con motivo de los temblores del 3 de septiembre se hallaba a inmediaciones del Murallón un basamento de mezcla que representaba a San Lorenzo, sosteniendo con la mano derecha la parrilla de su martirio: cerca estaba la primera ermita construida en Panchoy, con el nombre de Santa Lucía, mandada levantar por el obispo Marroquín, el año de 1542, con el propósito de que asistieran a prácticas religiosas los que trabajaban en las construcciones de la nueva ciudad, después de la inundación de Almolonga. Esa misma ermita sirvió provisionalmente de Catedral.

La alameda de Santa Lucía, obra restaurada por el señor Díaz Campa, la mandaron mutilar hace varios años. Ciertas autoridades

no pudiendo llevar a cabo obras de progreso, emprendieron la tarea de destruir.

La alameda de Santa Lucía, en los tiempos coloniales tuvo a los lados hermosas casas, como la de don Pedro de Landívar y Caballero, donde nació nuestro famoso poeta Rafael María Landívar.

A inmediaciones de esta casa extendíase el Prado del Cortijo.

EL ESPIRITU SANTO

Se hallan situadas estas ruinas entre Santa Lucía y el Cementerio de San Lázaro.

El barrio del Espíritu Santo llegó a ser muy poblado en 1770.

Hay ruinas que vistas a cierta distancia parecen castillos feudales, como las del Espíritu Santo; la fachada da al sur, la puerta principal la cerraron con adobe, dos estatuas de estuco mutiladas se ven a los lados de la puerta colocadas en repisas: lo bello de esa fachada son cuatro grandes columnas adheridas a las paredes de la misma, que parece como si sirvieran para sostener los campanarios.

Hace años las gentes sencillas decían que por esos sitios había duendes y aparecidos. Cayetano Figueroa (a) "Chiquirín", contribuyó a que esas absurdas noticias se divulgaran, con objeto de esconderse por aquel solitario barrio, a causa de que se le perseguía con orden de entregarlo vivo o muerto.

A Chiquirín se le achacaban muchos crímenes y se le perseguía por las autoridades con tenacidad, pero siempre con mal éxito. Al fin logróse su captura; se inició un proceso curioso y se le sentenció a muerte: el infeliz escuchó impasible la fatal sentencia que lo condenaba a sufrir el último suplicio. Fué puesto en capilla.

Llegó el día señalado para ejecutar la sentencia.

El cuadro lo formaron mil hombres en la Plaza Mayor. Sonó el toque de bando: un oficial a caballo, seguido de la Banda de Música y custodiado por unos cuantos hombres armados leyó la sentencia en las cuatro esquinas de la plaza. La multitud se apiñó por todos lados; en el Palacio de los Capitanes Generales se hallaba reclinado sobre la baranda del segundo piso el General Agustín Cuevas, acompañado del Jefe Político y de otras personas; el Cabildo, los portales y el atrio de la Catedral estaban ocupados por multitud de curiosos que esperaban con expectación creciente ver al reo.

Leída la sentencia, éste fué conducido por una escolta de la cárcel al lugar de la ejecución.

Chiquirín llevaba en las manos un crucifijo; a su derecha iba el sacerdote; este acto fué imponente.

El reo caminaba despacio. De pronto las campanas del templo de la Catedral dieron un toque fúnebre que hirió los oídos de aquel infeliz. Al alzar la vista en su camino pudo ver a corta distancia de él, que conducían dos hombres el ataud que serviría en breve para encerrar su cadáver. La emoción que sufrió Cayetano fué terrible: densamente pálido, mejor dicho, cetrino por lo lívido, desencajado, se le doblaron las piernas e iba a caer desmayado, pero se reanimó.

El reo llegó al sitio donde tenía que ser ajusticiado; en la parte occidental de la fuente de piedra que hace algún tiempo fué demolida.

Antes de sentarlo en el banquillo lo vendaron, sujetándolo a un palo los brazos y la espalda.

A la voz del capitán avanzó la compañía de tiradores, colocándose a seis pasos de distancia del reo; segundos después el mismo capitán rubricando en el aire con su espada daba la señal para apuntar, y al rendirla se escuchó una detonación. Un facultativo observó de cerca a Chiquirín; éste abrió los ojos, moviéndolos vertiginosamente en las órbitas. Se repitieron dos descargas más, porque el reo no moría, el último fué el tiro de gracia.

La terrible escena había conluído.

Terminada la inspección médica del cuerpo, los restos del delincuente los colocaron en sencillo féretro para llevarlos al Cementerio de San Lázaro.

SANTIAGO

En medio de una vegetación rumorosa, al final del Callejón de San Sebastián, aparecen las ruinas de la ermita de Santiago.

Tiene escaso interés. A pocas cuadras de distancia, al occidente, pasa el río del Portal, cuyas aguas crecen a causa de las fuertes lluvias en ciertas épocas de la estación de "invierno".

El salvadoreño señor Castañeda incurre en error al afirmar que en Santiago hubo Hospital, lo que no es cierto. Santiago era una ermita pequeña a donde llegaban a prácticas religiosas labriegos de las inmediaciones de dicha aldea.

SAN ANTONIO ABAD

Panorama poético presentan las solitarias ruinas de la ermita de San Antonio Abad, que surgen entre el verdor de espléndida naturaleza cerca de la finca "La Azotea", propiedad de los señores Orive hermanos. La paz del lugar encanta: la soledad y el silencio apenas es interrumpida por el trino de los pájaros o el canto lejano de los pastores.

SAN LUQUITAS

Pertenecía esta ermita a la aldea del mismo nombre, antes de llegar a San Bartolo, al occidente de la ciudad. La mayoría de los moradores de San Luquitas, en la época de la colonia eran labriegos.

SAN BARTOLO

Tuvo regular vecindario antes de la ruina de la ciudad. Se halla a inmediaciones de al finca "Retana". En la pequeña iglesia de lo que fué aldea en tiempos lejanos, se venera desde el año de 1600 un Jesús de la Caída, imagen que es sacada en procesión el domingo llamado de Lázaro.

LA SANTA CRUZ

Fué esta ermita de las más antiguas. La construyeron al pié del Cerro de la Cruz, cerca del río Pensativo.

El barrio era de indios; varios de éstos que poseían alguna comodidad, se interesaron en hacerla reconstruir, estrenándola el 13 de octubre de 1731, y colocaron en el camarín principal una Virgen, obra notable de escultura que tuvo muchas alhajas de gran valor.

La portada del templo es un trabajo admirable, no obstante estar en ruinas. Poseía la ermita espléndido estilo churrigueresco, tan en boga en aquellos tiempos en ciudades de Colombia, Perú y México, en templos donde floreció el pomposo arte de los cinceladores de piedra, con dibujos toscos, mal diseñados, que exponían un trabajo prosaico, que era el que nuestros obreros podían hacer cuando aquí no se contaba con arquitectos avanzados.

La influencia churrigueresca halló en Guatemala campo extenso para producir esas obras que hoy ridiculizan y menosprecian muchas personas y que es indudable no carecen de mérito, como los trabajos de la Santa Cruz.

Las ruinas están escondidas entre matorrales y casi ningún turista las busca, talvez por ignorar dónde se encuentran.

Todo el pueblo de indígenas costeó el valor de una escultura, admirable: un Jesús con la cruz a cuestas, obra ideal de Alonso de la Paz.

Después de la ruina de 1773, trajeron a la Nueva Guatemala la imagen de Jesús de la Merced, escultura de Evaristo Zúñiga, que había sido consagrada el 5 de agosto de 1717 por el obispo fray Juan Bautista Alvarez de Toledo.

Al ser restaurado el templo de la Merced llevaron la escultura que pertenecía a la Santa Cruz y que es la magnífica obra de arte que en la actualidad veneran en la antigua capital en el templo de los mercedarios.

Viejas crónicas nos cuentan que de la Santa Cruz salía la procesión de los penitentes, el domingo de ramos, regresando al lugar de partida a las doce en punto de la noche. En esa famosa procesión de Jesús, tomaba parte, conduciendo pesado madero Pedro de Betancourt.

El Cerro de la Cruz a cuyo pie estaba la ermita a que nos hemos referido, se cubre en la época de lluvias de espléndida vegetación.

En la parte baja del mismo Cerro, en una pequeña finca que perteneció al salvadoreño don Tomás Díaz, vivió en un rancho, en lejanos tiempos, el padre Alfonso Sánchez, virtuoso sacerdote de raras y austeras costumbres, que se alimentaba con frutas y legumbres, dormía sobre una cruz de madera y únicamente asistía a decir misa al templo de San Francisco. Murió el 4 de diciembre de 1652. Al entierro asistieron todas las autoridades civiles y religiosas, dándosele sepultura en la Catedral, en la bóveda llamada de "los Alvarados" franqueada por el canónimo Esteban Alvarado. (Crónicas de un franciscano.)

NUESTRA SEÑORA DE BELEN

Al sur de la ermita de la Santa Cruz, junto al río Pensativo se hallan las ruinas del templo primitivo de la iglesia y convento de Belén, fundado el año de 1653, por Pedro de Betancourt, que no pudo ver terminada su obra por haberlo sorprendido la muerte.

El Presidente don Fernando Francisco de Escobedo, gran prior de Castilla, en la religión de San Juan, obsequió la cantidad de $ 55,000 destinados a la construcción del templo, obra suntuosa de la que ningún cronista se ha ocupado, no obstante haber sido un templo amplio, bien dispuesto, severo y sin ninguna clase de adornos.

La iglesia de Belén fué poseedora de magnífico órgano, cuatro lámparas de plata y en las dos torres ocho campanas.

La fábrica del convento se distinguía por lo bien dispuesta y la extensión de sus departamentos. La casa tuvo hermoso mirador sostenido por gruesas pilastras, con muro formidable de por medio con el río Pensativo.

La catástrofe de Santa Marta lo convirtió en ruinas.

A mediados del siglo anterior los frailes capuchinos restauraron iglesia y convento; pero sin la magnificencia que tuviera antes de 1773.

El templo guardaba algunas obras de arte costosas y el convento una biblioteca y documentación histórica valiosísima; entre ésta figuraba "el paquete misterioso" que dejó al morir Pedro de Betancourt, con prohibición absoluta de abrirlo, hasta pasado cierto tiempo: ese documento fué enviado hace pocos años al Vaticano, de orden del Arzobispo de Guatemala. Refiere la tradición que el citado documento contiene vaticinios de aquel célebre personaje.

Belén tiene al frente una bonita plazuela que hace medio siglo ostentaba árboles piramidales de ciprés y una esbelta cruz de piedra que perteneció a la plazuela de Nuestra Señora de Santa Ana.

Betancourt, fundó, además, las dos capillas de las ánimas, asistidas por religiosos de Belén. (Fernández.)

BEATERIO DE BELEN

Lo fundaron el año de 1670 a inmediaciones del templo de Belén, con enfermerías para mujeres convalecientes. Las belemitas cuidaron de las enfermas durante muchos años. Figuraba en una de las enfermerías, el retrato de Fray Bartolomé de las Casas.

RUINAS DEL SANTUARIO DE GUADALUPE

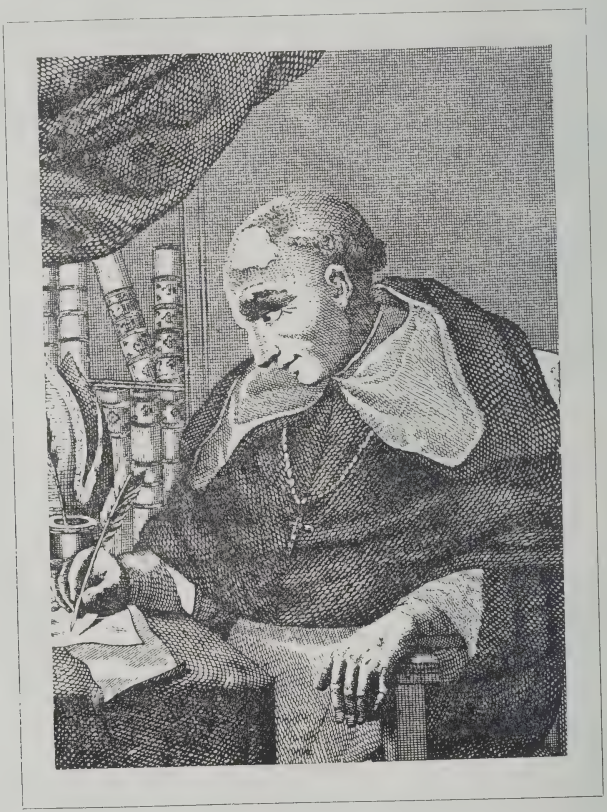
Se encuentra al sur de la plazuela de Belén. Lo reconstruyó el vecindario el año de 1874. Los muros agrietados demuestran que no hubo esmero en dicha reconstrucción. Las imágenes de este templo las trasladaron a la capilla de San Francisco. (Tercera Orden.)

EL HOSPITAL DEL HERMANO PEDRO

Hay un lugar que al visitarlo, trae a la memoria muchos recuerdos. Nos referimos a las ruinas del Hospital que fundó Pedro de Betancourt, que se hallan frente a las del Santuario de Guadalupe, en la esquina del Callejón de la Escuela de Cristo, o de San Miguel.

Hasta hace pocos años había, hacia la plazuela, una portada de piedra con puerta de madera y grueso aldabón de hierro; esa portada la destruyó un temblor del 25 de diciembre de 1917: la dió a conocer, en bonito fotograbado, el Calendario de Sánchez & de Guise, el año de 1917.

En el interior se ven escombros de la casa de caridad de aquel hombre generoso.



Retrato de Fray Bartolomé de las Casas.

Hubo allí casa para peregrinos y una enfermería destinada a convalecientes.

En uno de estos aposentos estaba el nicho fabricado en una pared, en el que dormía el fundador del Hospital.

Los belemitas tenían obligación de conducir al Hospital a los enfermos, llevándolos en hombros y de asistir en la capilla a los condenados a muerte, acompañándolos al último suplicio.

Separado del Hospital, en amplio rancho pajizo, estableció su escuelita de primeras letras Pedro de Betancourt, el hombre raro, cuyas virtudes han excitado la admiración del pueblo, traspasando su fama las fronteras patrias.

La historia de su vida es bien conocida; casi todos los cronistas de la época de la colonia, y escritores modernos se han ocupado, con lujo de detalles de esa personalidad.

Era en el cariño, el padre común de los desvalidos, agrupados en torno suyo, por la fama de sus virtudes, imagen fiel de esos hombres de lejanos tiempos que, como Juan de Dios, hacían el bien y practicaban la virtud por una imposición imperiosa de su espíritu y porque llevaban en la sangre la abnegación de todos sus actos.

Pedro el tercero derramó con bondad, a manos llenas, sus dádivas caritativas dondequiera que había un dolor del alma o del cuerpo, donde se derramaban lágrimas de infortunio, despertando filiales cariños en las familias, en las sociedades, entre los hombres y los niños desamparados, cuyo alivio ocupaba lugar preferente en el alma de sus anhelos.

Pedro de San José Betancourt no sólo realizó la fundación de su Hospital de Convalecientes, sino que lo supo sostener con la protección decidida de personas acomodadas que por turno se encargaron de darle ropas y víveres destinados a los enfermos. Y es innegable que a ese hombre modesto, se debió la fundación del primer centro de enseñanza gratuito que hubo en Guatemala. Realizó así una obra importantísima y digna que enaltece su memoria: vivió para sus enfermos como para sus niños bien amados, en comunidad de goces y penas, con la ingenua bondad de su alma que parecía reflejarse en su semblante apacible.

Todo lo que a sus manos llegaba lo destinó a los menesterosos y a la niñez: jamás se dió por satisfecho por grandes que fuesen los bienes que les procuraba: su caridad nunca se entibió, las dificultades que lo hicieron retroceder en la carrera difícil y gloriosa en la que se empeñara; la maledicencia y la calumnia se estrellaron ante aquel hombre todo humildad y mansedumbre. La historia le designa como el fundador de la enseñanza popular entre nosotros, en aquella época de multiplicadas contradicciones, de intereses opuestos, de codicias y de ambición odiosa en que casi todos estaban envueltos.

Pedro de San José Betancourt encomendó la escuela de primeras letras a Manuel de Polancos. Ayudó a la enseñanza de los niños fray Pablo Sánchez, franciscano autor del "Catecismo Cristiano", obra sencilla y mejor, a juicio de muchos, que la escrita por el dominico fray Benito Vilcañas.

Los chicuelos que asistían a la Escuela tenían una alegre fiesta cada año: la "Noche Buena". Niños, mujeres, hombres y ancianos, asistían a la "Misa del Gallo", en la iglesia de Belén y junto con Pedro de San José Betancourt, tocaban "pitos de agua" y otros instrumentos rústicos, celebrando el aniversario del nacimiento del Mesías. Entonces era de verse al llamado "Siervo de Dios", tocando su pandereta de cascabeles y dando animación y vida a la fiesta. Después de la misa los niños pobres eran obsequiados con largueza.

La feliz idea del "Hermano Pedro" de fundar la primera escuela gratuita en el país agiganta su noble figura a través de los tiempos.

El cariño que sembró en su camino vivirá como el recuerdo de sus virtudes.

El Hospital de Convalecientes prestó grandes servicios a los desvalidos desde su fundación. Los indios que buscaban lenitivo a sus

dolores en dicha casa quejábanse con los hermanos belemitas de las duras faenas a que los sometían los jueces de milpas que recorrían constantemente los pueblos cercanos a la capital: las vejaciones con los naturales llegaron a tal extremo, que al saberlo el monarca expidió una cédula prohibiendo el nombramiento de los tales jueces de milpas; creyóse que la queja había sido inspirada por los belemitas, resultando de ésto mala prevención de la Audiencia para con los religiosos del Hospital.

En la época en que gobernaba el reino el Mariscal don Pedro de Rivera y Villalón, invadió la epidemia de la viruela, haciendo grandes estragos entre la raza indígena. Fray Rodrigo de la Cruz había muerto en México; pero el régimen de la casa hospitalaria era el mismo desde los tiempos de su fundación; no se permitía la entrada a las salas a los convalecientes variolosos, lo que habría sido de fatales consecuencias para los que sufrían otras enfermedades.

La Audiencia tomó a mal la actitud de los belemitas; más tarde algunos sujetos principales que figuraban en la administración pública, empeñáronse en que se diera asilo en la misma casa hospitalaria a varios peninsulares y como recibieran negativas de parte de los belemitas, se creyó que éstos eran decididos protectores de los indios y de los criollos, en lo que no estaban equivocados; los belemitas, inspirándose en los procedimientos de fray Rodrigo de la Cruz, abrazaron la causa de los desvalidos por la que tanto habían trabajado no pocos varones ilustres de Guatemala. (Archivo Municipal.)

IGLESIA Y MONASTERIO DE SANTA CLARA

Las ruinas de esta iglesia algo se pudieron conservar, hasta mediados del siglo pasado, porque mandaron cerrar la entrada con una pared de adobe.

Tiene el templo la fachada principal hacia el sur y daba no a la calle como todas, sino al interior del monasterio, de manera que únicamente las monjas podían entrar por ella, encaminándose éstas por amplia escalera al coro alto.

Los feligreses entraban por la puerta de la 2.ª Avenida Sur.

El Presidente don Pedro Echevers y Suviza, hizo construir la iglesia, casi toda de piedra, frente a la plazuela de San Pedro (hoy Parque La Unión. Fué rica en vasos sagrados y obras de arte. La estrenaron en 11 de agosto de 1734.

La galería del patio del monasterio era hermosa y bien construida; el resto del edificio contaba con toda clase de comodidades. El convento lo construyeron el año 1700 con donativos valiosos que hizo doña María Ventura de Arrivillaga y diez y ocho mil pesos que dió el Ilmo. don Juan Bautista Alvarez de Toledo.

Vinieron de Puebla, México, seis monjas.

Con el terremoto del año de 1717 algo sufrió el monasterio; huyeron las monjas al pueblo de Comalapa, regresando tan pronto como creyeron había pasado el peligro.

Antes de la fundación del monasterio hubo en el mismo sitio un beaterio donde vivían muchas mujeres y pobres.

El 3 de septiembre de 1874 murió debajo de los escombros en Santa Clara, una modesta familia que vivía en departamento ruinoso. Un fuerte temblor de tierra en las primeras horas de la noche causó la desgracia que impresionó hondamente el ánimo del pueblo antigüeño. Dicha familia era conocida con el sobrenombre de "Las pateras."

LOS HOSPITALES

La antigua capital señora un día de Centro América, tuvo varias casas de caridad cuyos edificios, con excepción de uno, restaurado en diversas épocas, que es el actual de San Juan de Dios, los demás desaparecieron. Los religiosos entraron a formar convento el año de 1641.

El primer Hospital lo fundó a su costa el año de 1553 el obispo Marroquín, destinado a españoles y mulatos. Recibió el nombre de "Hospital Real de Santiago." Antes, en Ciudad Vieja, se llamó de Misericordia.

Del que construyeron en la antigua capital (Panchoy) no quedan sino varios muros en la 4.ª Calle Poniente (Calle de Concepción) y 2.ª Avenida.

Fray Matías de Paz, abnegado y virtuoso dominico fundó a mediados del siglo XVI un hospital en la esquina de la plazuela de la Candelaria, casa a la que llamaron de San Alejo y a la que llegaban en busca de auxilio los infelices indios; nada queda del referido edificio: el hospital fué trasladado más tarde a un sitio a inmediaciones de Santo Domingo, hasta ser clausurado poco tiempo después.

El obispo Marroquín se empeñó en unir el Hospital de Santiago y el de San Alejo; ni los españoles ni los indios se avinieron a estar juntos, continuando separados los establecimientos hasta que en 1685 los unió la iniciativa del Presidente don Enrique de Guzmán.

El Hospital de San Pedro con su respectiva iglesia, comenzado en tiempos del Ilmo. fray Payo Enríquez de Rivera, estaba destinado a dar albergue a sacerdotes, diáconos y sub-diáconos; lo estrenaron el 2 de diciembre de 1663. Sirvió de Catedral desde la citada fecha, hasta el 6 de noviembre de 1680, fecha en que estrenaron la nueva.

El Hospital de San Pedro, sostenido por el Cabildo Eclesiástico, se arruinó con el terremoto de Santa Marta.

La sociedad en general daba con frecuencia donativos a los hospitales. La asistencia a los enfermos en varios de aquellos se manifestaba deficiente, respecto a médicos y medicinas.

Las salas estaban dotadas de camas de madera, con una especie de colchón de paja. En el centro de los aposentos, alumbrados de noche por candiles colocaban un cántaro de agua para que saciaran la sed los enfermos: el instrumental consistía en jeringas de madera y de estaño; cada enfermo poseía un lienzo grueso de lana.

La comida era abundante: tortillas, caldo, papas y carne de carnero sin sal.

La farmacia consistía en una estantería de madera con botellas para los jarabes y aceites, purgantes, aguas, semillas, medicinas, raíces, infusiones, ungüentos: estos los elaboraban con sebo: la miel la hacían de caña.

El atraso de los médicos era completo: por una visita cobraban dos reales y tres si asistían a un enfermo después de las diez de la

noche: a causa de lo reducido de los honorarios, los médicos apenas tenían lo suficiente para llenar sus necesidades: su pobreza y su ignorancia corrían parejas.

La plazuela del frente del Hospital se conoció con el nombre de San Pedro (hoy Parque La Unión;) en los primeros tiempos de vida de la capital se dió en ese lugar la primera corrida de toros; en 1680 plantaron en el terreno árboles de "pimiento" y de "señorita" y luego fué construida una fuente redonda de calicanto, con su columna y taza en el centro.

A mediados del siglo pasado el corregidor Palomo Montúfar, hizo construir un hermoso estanque con lavaderos en la parte oriental.

IGLESIA Y HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS

Ha sido ensanchado el Hospital en diversas épocas. La entrada está en la esquina de la 3.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente. Lo conceptúan como uno de los mejores del país.

La iglesia es de construcción primorosa y severa: la estrenaron el 24 de octubre de 1869. La portada se halla hacia el norte y presenta bonito aspecto. De un montón de ruinas después de la catástrofe del año de 1773 y cuando lleno de aliento el vecindario antigüeño veía la obra de reconstrucción de la ciudad, abatido un día por las órdenes terminantes de las autoridades civiles, mandando desocupar las viviendas para trasladar la ciudad al Valle de la Virgen, surgió el Hospital por el esfuerzo de hombres de buena voluntad y abrió sus puertas a los desvalidos atendido por una Hermandad.

Desde entonces no se ha descuidado su ensanche, dotándolo en épocas distintas de nuevas salas y patios, de aposentos para niños, y tuberculosos, de capillas y anfiteatro, de sala de operaciones, de jardines, hortaliza y fuentes.

En el lugar que ocupaba la Capilla del Hospital estuvo la Casa de Mujeres Recogidas, fundada por el Ilmo. fray Juan Bautista Alvarez de Toledo, dando también rentas para su mantenimiento.

SAN FRANCISCO

De todos los edificios de la antigua capital, antes de 1773, pocos tan suntuosos como el templo y convento de San Francisco que ocupaban considerable extensión de terreno.

Abundan todavía los muros y los arcos agrietados, manteniéndose firmes como desafiando al tiempo y a los terremotos.

Yérguese la portada hacia el occidente. Tuvo amplia plazuela y atrio cubierto de piedra maciza.

La fachada, con primorosas labraduras de mezcla presenta diez y seis nichos con imágenes de estuco; en la parte más elevada destacábase una estatua de San Felipe de Jesús crucificado, notable trabajo de piedra y mezcla que se cayó con el temblor del 25 de diciembre de 1917.

En la ventana grande, que daba al coro, aparecía la estatua de San Francisco, esculpida en piedra. En distinto nicho sobre la monumental portada hay otra estatua de la Virgen María.

De las dos grandes torres de la fachada, la del lado sur derrumbóse en 1773 y la otra quedó mutilada.

Sostenían estas torres ocho campanas con inscripciones para recuerdo de siglos venideros: llegábase a la parte alta por atrevida escalera que pasaba por el coro.

Los camarines del altar mayor eran cuatro: todavía se conservan; en el más alto estaba San Miguel, luego el de San Francisco, después el de la Virgen de Concepción, patrona de la Orden de Franciscanos y, por último, en la base, el de la custodia, con rico trono de plata; de una fuente cercana, situada al oriente de los camarines, salían en espirales chorros de agua que daban bellos matices sobre vidrios de colores al recibir los rayos del sol de la mañana.

La cúpula tenía en su interior adornos dorados.

La capilla de Nuestra Señora de Loreto levantada el año de 1600, la mutiló un rayo en 1635; la reconstruyeron poco tiempo después con la limosna que dió para la obra el monarca Felipe IV, según afirma el cronista Vásquez.

Poseía el templo, entre sus valiosos objetos, un relicario con un fragmento que aseguran es de la verdadera cruz en la que murió el Nazareno; una cabeza y un brazo de un Cristo de Trujillo, Honduras, traídos hace muchísimos años; un Ecce Homo, estatua de corcho procedente de Yucatán; una Virgen de Loreto traída de España por Juan Rodríguez Cabrillo; la bella escultura de la Virgen de los Pobres, la Virgen del Coro, obra escultórica de Juan de Aguirre, magníficos retablos dorados, alhajas de oro y plata y el trono con piedras preciosas de la monumental Capilla de San Antonio de Padua, obra de la que se enorgullecían los franciscanos. La sacristía y el claustro encerraban los grandes cuadros del artista Villalpando.

Sorprende el considerable número de obras que creó la fantasía de este notable pintor; muy joven viajó por España y allá hizo amistad con varios artistas, recibiendo de ellos algunas lecciones. Trazó encantadoras y bellas escenas tomadas del natural que le auguraron promesas de una producción intensa. Y así fué: a su regreso pintó la interesante colección de cuarenta y cinco cuadros con pasajes de la vida de San Francisco de Asís. Las obras de Villalpando presentaban figuras de varonil belleza, con frescura de colores, con espléndida distribución de luz y rebosando suavidad.

Creó el artista sus cuadros en la sala contigua a la Biblioteca del Convento de San Francisco. (Arochena).

Al morir, después de una labor fecunda y meritoria, sepultaron su cuerpo en el Panteón de Franciscanos, trasladándolos después de 1773 a la Nueva Guatemala.

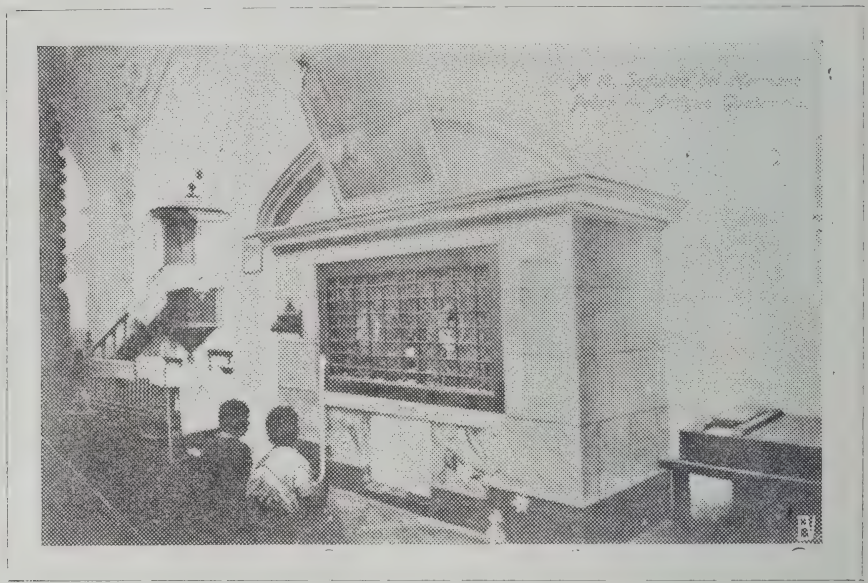
Joya artística fué el camarín de la citada Virgen de los Pobres, mandado construir por el Ilmo. Alvarez de Toledo.

Junto a las ruinas de la iglesia se hallan las del convento que tuvo más de ciento veinte religiosos; ancha y arrogante era la portada, hacia la "Calle de los Pasos". En los muros solitarios interiores mueve el viento la hiedra, descubre la conciencia el ideal y la de tiempos que fueron; de toda la grandeza pasada solamente quedan arquerías agrietadas, gruesas y ennegrecidas columnas, capiteles mutilados, bóvedas destrozadas, sótanos y paredones húmedos, salones tristes y sombríos;

todo semeja los restos de un gran naufragio, los despojos de una inmensa catástrofe.

La mano del hombre, más destructora que la del tiempo, arrasó implacable con lo que había quedado de más notable de estas ruinas. El presidente Barillas autorizó a uno de sus protegidos para realizar esa obra monstruosa e incalificable.

El que visita el convento en ruinas queda admirado al contemplar tanta grandeza; llama la atención la multitud de departamentos hoy olvidados. Todavía se conservan los vestigios del aposento en que estuviera instalada la imprenta de los frailes, la Sala de Canto y la del Archivo y Biblioteca.



La tumba del Hermano Pedro.

Tuvo el convento Casa de Estudios desde el año de 1575 con cátedras de Teología, Cánones y Filosofía. Se hacían estos estudios en edificio especial con su respectiva Capilla llamada de San Buenaventura, en la misma manzana del convento. (Fray Domingo Reyes).

Al final de la primera Avenida Sur, entre el portón de la plazuela y la Capilla de la Tercera Orden (San Francisco), se destacan otras ruinas: son las de la Capilla de Nuestra Señora Santa Ana, a cuyas inmediaciones hubo una aldea con el mismo nombre, antes de la fundación de la ciudad en Panchoy.

En la Capilla de la Tercera Orden, reconstruida después de 1773, frente a una amplia plazuela rodeada de murallones, se venera en el altar mayor una magnífica imagen de la Virgen de Concepción, en los muros de la misma Capilla hay dos o tres cuadros de pintura y estatuas de mérito deficiente. Es inexacta la noticia de que el Cristo de las

Animas que está en ese recinto, sea hecho de dobladores. Es una escultura de madera fina del año de 1620. (Pbro. Alcántara).

Descansa el sueño eterno en la citada Capilla de la Tercera Orden, el Hermano Pedro de San José Betancourt, fundador de una escuela de niños pobres, de una casa de posada para caminantes, del Hospital de Convalecientes y de la Orden Belemítica.

Aunque Pedro de Betancourt designaba en su testamento el sitio en el que deseaba ser sepultado, los franciscanos, como una deferencia a sus grandes méritos, dieron sepultura a su cuerpo en el Panteón de los Religiosos de San Francisco. En ese lugar reposó desde 1667, año de su muerte, hasta 1686 que lo trasladaron a la famosa Capilla de San Antonio; en 1703 lo pusieron cerca del presbiterio, al lado izquierdo del altar mayor. En 1816 extrajeron sus restos del arruinado templo para colocarlo en tumba provisional, en la capilla de la Tercera Orden, depositándolo por último, el 16 de abril de 1817 en el lugar en que hoy reposan.

En las bóvedas subterráneas de la suntuosa iglesia de San Francisco estaban enterrados muchos frailes notables, como Pedro el Donado, descendiente de los Incas del Perú, muerto el año 1667 a la edad de 120 años; Juan de Aguirre, escultor; Villalpando, pintor; Alonso de la Paz, escultor; debajo el altar mayor en nichos especiales de bóveda pequeña, que todavía existe, estaban los cuerpos de los presidentes Dr. don Pedro de Villalobos, Lic. García de Valverde y otros personajes. En la portería reposaban los restos del Presidente don Diego de Avendaño; cuando exhumaron los restos de este funcionario para colocarlos junto con los de su esposa doña Ana Renteria, encontraron el cuerpo apergaminado.

SAN JOSE (EL VIEJO)

En la quinta Avenida Sur se conservan las ruinas de la ermita de San José, templo que hizo construir el zapatero José López Hurtado, del barrio de "El Tortuguero", antes de 1740.

Como los monarcas en todo se entrometían, uno de ellos la mandó cerrar por no haberse solicitado de la corona la licencia para edificarla. Y gracias—dice un autor antiguo, que la autoridad civil no mandó demolerlo por no haber cumplido con las multiplicadas condiciones impuestas por la rígida y complicada legislación de aquellos tiempos.

Más tarde obtenido el permiso se procedió a realizar la obra de la nueva iglesia terminándola el año de 1761. La estrenaron el 20 de febrero de 1762. Fué colocada en magnífico retablo, la imagen de San José, obra escultórica debida al buril de Alonso de la Paz, y propiedad de doña Marina Corral, esposa de don Bartolomé de Eguizábal. La fachada del templo en ruinas es severa; en el interior nada hay digno de llamar la atención.

En este lugar estuvo provisionalmente el convento de Carmelitas descalzas.

LA ESCUELA DE CRISTO

En la Calle de los Pasos vía que de San Francisco conduce al Calvario, fué construida, con piedra maciza de las canteras de Carmona, la bonita iglesia de la Escuela de Cristo, en el lugar que con anterioridad llamaban San Miguel.

Fundó la Escuela de Cristo, el año de 1664 el padre Bernadino de Obregón y Obando; los temblores de 1717 la arruinaron, mandándola reedificar el Presidente don Francisco Rodríguez de Rivas.

El convento de sólida y elegante fábrica ha de haber sido hermoso en la época de mayor auge de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri.

Convento de la Escuela de Cristo.

Todo era de calicanto, de dos pisos, con arcos y pilastras de severa arquitectura.

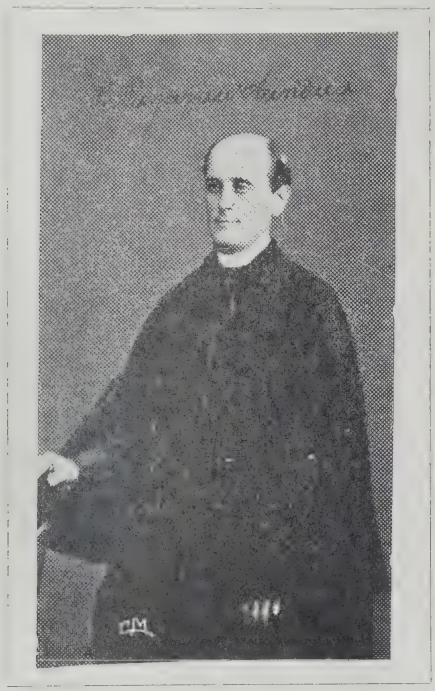
Posee la Escuela de Cristo un Crucifijo de tamaño natural, en uno de los altares de la nave: es esa obra admirable debida al buril de Quirio Cataño y es, a juicio de personas entendidas, de las mejores del famoso escultor.

Las personas que tienen temperamento artístico se extasían ante esa obra en la que Cataño puso todo su genio sentimental; la cabeza del Cristo, está reclinada sobre el pecho; el semblante aparece tranquilo y lleno de majestad; el cuerpo es de belleza ideal; todo está admirablemente bien estudiado, revelando el genio de su autor; la imagen del Nazareno contemplada a regular distancia se aprecia mejor; se ve revestida de paz infinita y deslumbrante de mansedumbre y ternura.

En uno de los muros del templo está pendiente un bello cuadro pintado al óleo; representa la adoración de los reyes en Belén: es un lienzo muy admirado por los turistas. Lo trajeron de Barcelona los capuchinos que vinieron al país a mediados del siglo pasado.

Es una joya artística de gran valor.

En los tiempos de la colonia, de la iglesia de la Escuela de Cristo, salía la procesión del Corpus, desfile suntuoso en el que tomaba parte casi todo el vecindario: un día antes a las diez de la mañana recorrían las calles grandes mascaradas ridiculizando a determinados personajes.



Presbítero Pagazaurtundúa y Aldecoa, cura de la Escuela de Cristo.

NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS

Ruinas llenas de poesía entre espesa arboleda son las que se conservan cerca de la alameda del Calvario, lado oriental. Muros solitarios, fachada del templo con hornacinas y santos de mezcla mutilados aparecen allí como remembranzas de tiempos idos. Era uno de los monumentos más antiguos de la ciudad colonial; surgió el año de 1575; lo reedificó más tarde Baltasar de Estévez. En cédula de 29 de mayo de 1594 se dispuso erigirlo en parroquia; la mejoró notablemente el obispo fray Gómez Fernández de Córdova y por algún tiempo desde 1625 la tuvieron a su cuidado religiosos agustinos, los que hicieron construir

un convento; abundante en leyendas son esas ruinas; gentes sencillas y aún personas serias y de alguna ilustración contaban candorosamente que después del terremoto de Santa Marta, en determinadas noches, del interior de las bóvedas subterráneas se alzaban los espíritus de frailes, envueltos en sus mortajas para recorrer orando las inmediaciones del Pensativo, volviendo luego a su interrumpido sueño para los que son rápidos instantes los siglos.... Así amedrentaban a la pobre gente crédula, con el propósito de que abandonaran la derruida ciudad y viniesen a poblar la Nueva Guatemala, en el Valle de la Ermita.

La ventana ochavada del muro principal del templo tenía, como adorno, la estatua de la Esperanza, según afirma el cronista Ximénez.

A los que vivían en el barrio de los Remedios les llamaban "juteños".

En 1762, a principios de octubre llovió torrencialmente sobre el Volcán de Agua y al bajar la corriente inundó el barrio y varias calles cercanas a la Escuela de Cristo (Ximénez).

LA ERMITA DEL CALVARIO

Al final de la antiquísima alameda del Calvario se alza la ermita de este nombre, sencillo templo de una sola nave.

El alcalde doctor don Juan Luis de Pereira escogió el solar para la erección de la iglesia a solicitud de los terceros de San Francisco, que ya tenían los sitios en los que iban a mandar construir las capillas del "Vía Crucis" en la llamada Calle de los Pasos.

Dieron principio a los trabajos de albañilería de la ermita el 19 de noviembre de 1618, colocándose la cruz de piedra en señal de posesión, frente a la portada, en plena vía, cruz que todavía existe. La obra tardó algunos años a causa de falta de fondos, empeñándose en terminarla el Pbro. Jaime de Portillo y Sosa, chantre de la Catedral. El terremoto del año 1717 destruyó el templo completamente, salvando algunas gentes las obras de arte que permanecieron cerca de tres años en edificios provisionales, hasta que hizo reedificar la ermita el Presidente don Francisco Rodríguez de Rivas, estrenándose el 11 de febrero de 1720.

Tuvo en otro tiempo elegante fachada y frente a ésta, tres arcos unidos de calicanto que sostenían en la parte alta las campanas y entre los citados arcos y la iglesia dos hileras de asientos de calicanto.

Posee el Calvario la notable escultura de la Virgen de Dolores que fué propiedad de la familia de fray Fernando del Pino, que también mucho ayudó a la obra material de la iglesia; el grupo escultórico de la Piedad, obra antigua. La escultura española de Nuestra Señora de los Remedios (Virgen de la O) y otras estatuas las trajeron a la Nueva Guatemala después de 1773. Poseía el Calvario los grandes cuadros de la Pasión del Nazareno, debidos al pincel de los artistas capitán Antonio de Montúfar y Tomás Merlo.

Se interesó en que se hiciesen esas obras de arte fray Fernando del Pino.

Fuentes y Guzmán nos refiere en sus crónicas que a los costados de la ermita estaba el "Patio de los Laureles", con un hermoso jardín; el "Patio de las Celdas", donde vivían los que cuidaban del Calvario y

de las Capillas del Vía Crucis. Entre los terceros figuró Pedro de Betancourt, antes que fundara la Orden hospitalaria de Belén.

El año de 1691, fueron estrenadas las capillas, nuevas del Vía Crucis", en número de doce, en la "Calle de los Pasos", que arranca desde el Murallón de Nuestra Señora de la Luz, hacia el sur. Hizo reedificar las capillas el obispo fray Juan Alvarez de Toledo, que las dotó de magníficos cuadros de pintura que desaparecieron el fatal año de 1773.

La hermosa alameda del Calvario ha sido restaurada varias veces. El año de 1848, habían desaparecido casi todos los árboles. En el centro de una de las calles se destaca una fuente de piedra con una columna y taza en el centro, de la que cae el agua en abundancia. El costo de esa obra fué de 3,000 pesos plata que dió el Cabildo, en tiempos del alcalde don José de Aguilar y Rebolledo, en 1679.

Virgen Dolorosa del Calvario de la Antigua G.

SANTA ISABEL

Al final de un callejón a un lado del Calvario está Santa Isabel. Pertenecía esta ermita, hoy en ruinas, al llamado barrio de los jaboneros, porque habitaban en él, los que dedicábanse a elaborar jabón.

SAN CRISTOBAL EL BAJO

Están las ruinas de este nombre al sur de Santa Isabel: rodeando una colina se llega a San Cristóbal, el bajo. Esta aldea, como otras muchas, tiene vecindario reducido.

SANTA ANA

Siguiendo una vía al pie de una colina, aparece la derruida ermita de Santa Ana, pueblo muy animado en la época lejana de la colonia.

Posee pequeña iglesia, una fuente de agua en el centro de la plazuela, y al norte de ésta se alza un árbol de "señorita", que cuenta la tradición tiene tres siglos.

SAN GASPAR

En la vía que conduce a San Juan de Obispo, a varias cuadras de distancia del Calvario, se hallan las ruinas de San Gaspar. Las aldeas de Santa Isabel, San Cristóbal el bajo, Santa Ana y San Gaspar, tenían antes de 1773 numerosos habitantes y sus alrededores llamaban la atención por lo pintoresco.

Según varios autores rodeaban la ciudad capital setenta y dos pueblos con vecindario de indios y no pocos criollos el año de 1773.

ORATORIOS

Hubo algunos, siendo el principal el llamado de Espinosa. No quedan de él sino reducidísimos muros. Lo hizo construir el año de 1666 el Pbro. don Antonio Espinosa de los Monteros, con un costo de $ 60,000 pesos, producto del negocio de cerería que tuvo este sacerdote ante de ordenarse.

Acerca de este Oratorio dice el cronista Agustín Mencos Franco, lo siguiente:

"En 1666 con permiso del Ilmo. obispo de Guatemala, fray Payo Enríquez de Rivera, erigió en la ciudad un Oratorio el Pbro. Antonio Espinosa de los Monteros en honor a la Virgen del Patrocinio. El Papa Alejandro VII confirmó esa creación. Luego Clemente X concedió al Oratorio prerrogativas y el obispo Juan Ortega y Montañez, declaró al oratorio iglesia pública y permiso para colocar en ella varias campanas. Tuvo buenas entradas de dinero y por patrones al obispo de Guatemala, al Cabildo Eclesiástico, el 26 de agosto de 1670".

El oratorio de Espinosa poseía varias obras de arte pintadas por el artista José de Valladares. Después de 1773 no se supo de muchos cuadros que adornaron ciertas ermitas y capillas; desaparecieron del país los mejores cuadros de Valladares quedando únicamente algunos que se hallan en la Catedral de la Nueva Guatemala y en el templo de Nuestra Señora de las Mercedes el famoso que representa el Apoteósis de la Orden de la Merced: aparecen en este lienzo, como de veinte metros cuadrados, gallardas figuras de tamaño natural, entre ellas Cristo en la Cruz, María, San Miguel, San Pedro Nolasco, éste último desatando las cadenas de las manos de los cautivos; el rey don Jaime I de Aragón el Conquistador, San Raymundo y el Apóstol San Pedro y dos ángeles sosteniendo un libro. Esa obra la terminó Valladares en la Antigua Guatemala, el año de 1759: es el más grande que se ha pintado en el país.

CAPILLA DEL PATROCINIO

Desaparecieron desde hace tiempo, las ruinas de la Capilla del Patrocinio, obra de escaso mérito y otras de poca importancia.

UN ANTIGUO COLEGIO

No quedan vestigios del edificio del Colegio de la Presentación de Nuestra Señora, o para nobles huérfanas doncellas, al sur de la ciudad. Tuvo origen ese Colegio en 1635: lo destruyó un incendio. Se fundó a iniciativa de don Francisco de Santiago. (Arochena.)

EDIFICIO DE LA INQUISICION

Frente a la portada de la Compañía de Jesús se hallaba la temible Casa de la Inquisición. Desde hace muchos años ha sido objeto de reparaciones.

Consta en una publicación hecha el año de 1822, la noticia de que hubo en el citado edificio celdas pequeñas, como para encerrar en estrecho recinto a personas que solamente podían permanecer de pie.

En tiempo del gobernante don Toribio de José de Campa (1711) la Inquisición castigó a un prestidigitador a quien se sindicó por hechicero: al infeliz lo bañaron de brea, llenándole el cuerpo con plumas de gallina. A la anciana Matea López, de Pinula, la encerraron once años, después de cortarle el pelo y haberla paseado por las calles montada en un burro.

La Inquisición en Guatemala inició varios procesos ruidosos persiguiendo al sub-diácono Manuel Antonio Azañado y a Rafael Gil Rodríguez.

Es de deplorarse que se hayan perdido algunos de los documentos que guardábanse en la casa a la cual nos venimos refiriendo: todos los legajos pasaron a poder de la autoridad eclesiástica. Es raro que nuestro historiador José Milla, no nos haya dado a conocer algo de la ceremonia que hubo en la antigua capital, al ser recibido el estandarte de la Inquisición, con el que se hizo un paseo público al que asistió el muy noble Ayuntamiento.

EL SOLAR DE LA CASA DONDE NACIO RAFAEL LANDIVAR

De la residencia que fué de don Pedro Landívar y Caballero, donde nació el insigne poeta Rafael Landívar, no quedan sino muy pocos vestigios. Los muros de la fachada de la casa, hacia la Calle Ancha de Santa Lucía, desaparecieron. Hace años se concibió la idea, por uno de tantos jefes políticos, de construir un nuevo hospital, y se escogió el sitio de la que en otro tiempo fuera residencia del autor de "Rusticación Mejicana". Sobre cimientos antiguos se mandaron levantar muros, y hasta allí paró todo, con una fatal ocurrencia más: la de pretender echar al suelo muros y bóvedas antiguas, pertenecientes al edificio de "La Pólvora", lo que no les fué fácil, suspendiéndose afortunadamente tan peregrina como descabellada idea.

De la casa del poeta, arruinada por el terremoto de Santa Marta, en 1773, y por la barreta implacable, hay de pie dos muros de poca altura en lo que fué portón principal, hacia la Avenida de Santa Lucía y al final de la cuarta calle poniente, la misma vía que pasa frente al Palacio del Ayuntamiento. Ostentaba el portón en la parte alta—dicen documentos antiguos—dos ramas de olivo, unidas en la base y separadas arriba y en el centro de aquellas una paloma con las alas plegadas, todo hecho con mezcla fina. Era ese una especie de escudo que don Pedro Landívar y Caballero había adoptado y que simulaba el Espíritu Santo.

Desaparecieron los muros exteriores de la casa de la familia del poeta: eran de piedra, ladrillo y mezcla, con arcada interior junto a las

La Pólvora.—Una dependencia de la casa donde nació el poeta Landívar.

habitaciones, con pilares de madera, altos y labrados, de sencillez extrema y estaban adornados por un capitel de orden dórico. De los elegantes arcos que soportaban hace dos siglos el corredor del oratorio, no quedan sino pocos vestigios, dada la sistemática destrucción que se hiciera en los edificios de la ciudad, con el propósito de trasladarla al Valle de la Virgen.

La casa tenía muchísima amplitud y estaba separada por un extenso patio del edificio de "La Pólvora".

En el interior del sitio crece prodigiosa vegetación que da al final de la cuarta calle, un aspecto fantástico, visto de noche a la luz de la luna. Don Francisco Castañeda consignó un dato inexacto en una de sus obras al afirmar que la casa de Landívar es la de la 6.ª Calle Oriente, contigua a Santa Clara. La buena fe del señor Castañeda fué sorprendida por sujetos que nada entienden de asuntos históricos.

En la casa de la 6.ª Calle Oriente, que en la época de la colonia finalizaba frente a la plazuela de la Capilla de la Sangre de Cristo, en la ermita de la Cruz del Milagro, vía llamada también de los Peregrinos, vivió el prebendado don Francisco Muñoz Luna, de noble estirpe, cura de la Catedral, muerto el 3 de abril de 1651, y no la de Landívar, como errónamente se ha asegurado.

LA CASA DE ESTUDIOS DE LOS JESUITAS

Cerca a la Compañía de Jesús se halla el edificio donde estuvo el Colegio de San Francisco de Borja, a cargo de los jesuítas. El primitivo Colegio de estos padres se llamó de San Lucas.

CASA DEL PINTOR MONTUFAR

En la 5.ª Calle Poniente, hoy Asilo de Huérfanas, cerca de las ruinas de San Agustín, está la casa en la que vivió el capitán don Antonio de Montúfar, artista que pintó seis cuadros con escenas de la pasión de Cristo. Montúfar se quedó ciego el año de 1657. Como artista don Antonio fué superior a Tomás Merlo.

CASA DEL PINTOR MERLO

Dato vago hay de la casa en que vivió Tomás Merlo, en el barrio de Santo Domingo; este artista pintó varios cuadros de la pasión de Cristo; magníficos retratos de personajes notables y uno de gran tamaño de Pedro de Betancourt, de quien fué contemporáneo.

LA CASA DE GUZMAN Y DE NUÑEZ DE BARAHONA

A inmediaciones del templo de Santo Domingo tuvo su vivienda la familia Fuentes y Guzmán y la suya don Sancho Núñez de Barahona.

LA CASA SINIESTRA

Entre la 2.ª y 3.ª Avenidas Norte, en la 2.ª Calle Oriente, entre Capuchinas y Santo Domingo, podrán conocer los curiosos una casa de triste y destartalada apariencia, en la que vivió con su familia Juan de la Cruz Vallejo.

En esa vivienda se desarrolló un crimen monstruoso cometido por reducida jauría de lobos que sacrificaron inhumanamente a dos infelices viajeros.

Vallejo concedió hospedaje al caminante Antonio Mendoza y a su sirviente Ceferino, que llegaron de El Salvador, trayendo mercancías y fuerte cantidad de dinero.

El dueño de la casa concibió el diabólico plan de asesinar a sus huéspedes con el propósito de robarles; realizaron el plan de noche, con ayuda de varios cómplices; los criminales una vez consumada su inicua obra, arrojaron los cadáveres al fondo de unos tinacos llenos de tinta azul, en los que Vallejo, que era tejedor, teñía el hilo.

Transcurridas pocas horas los asesinos sacaron los cadáveres impregnados de color azul y los condujeron sigilosamente al Cementerio de San Lázaro, depositándolos en un pozo. A los pocos días a causa del mal olor, fueron hallados los cuerpos de las infortunadas víctimas; la sorpresa de las gentes fué grande al ver los cadáveres teñidos de azul, surgiendo con esto diversidad de comentarios entre el vecindario. La sensación que produjo este suceso se extendió por todo el país.

Quedó por algún tiempo en el misterio el terrible drama, hasta que uno de los cómplices por mandato de su confesor, denunció el hecho el año de 1846, cuando los criminales estaban lejos y varias mujeres que presenciaron el drama habían muerto.

Se procedió a la captura de Juan de la Cruz Vallejo, inicióse luego ruidoso proceso, resultando dicho sujeto condenado a muerte. Pasó en consulta la sentencia, la cual quedó en poder de la Corte de Apelaciones. El Gobernador de Sacatepéquez, Sotero Carrera, viendo que la Corte no resolvía, aprovechó una grave sublevación en la cárcel de hombres para hacer de las suyas: una mañana de junio de 1847 el capitán de una escolta entró al interior de la cárcel y leyendo un papel, llamó por sus nombres a catorce reos, encabezando la lista Cruz Vallejo; luego manifestó que tenía orden de fusilarlos y que se confesaran pronto con el sacerdote que iba a presentarse en esos instantes. La consternación entre los reos fué profunda e indescriptible.

El capitán hizo salir en medio de numerosa escolta a la primera tanda de condenados rumbo a los muros del Cementerio de San Lázaro: el pueblo, al tener noticia de la novedad, corrió presuroso a presenciar la ejecución. El cortejo avanzó y al pasar cerca de San Agustín, Vallejo se opuso a seguir caminando y, arrimado a una pared, obstinábase a que se le diese muerte. La multitud curiosa veía con expectación creciente la actitud de Vallejo.

El oficial no tuvo otro recurso que rubricar en el aire con la espada dando la señal de fuego: el humo envolvió el alma del condenado.

De pronto, otro reo de apellido Rodenas, se opuso también a caminar, pidiendo la muerte, de pie, cerca del cadáver ensangrentado de su compañero: luego echó la cabeza hacia atrás, para no ser herido en la cara y presentando el pecho.... El ajusticiado rodó por tierra a los pocos segundos.

De pronto entre la multitud se notó raro movimiento: se acercaba un jinete y abriéndose paso con alguna dificultad, pudo llegar hasta el sitio en el que se hallaba el oficial y le entregó una orden para que suspendiera las ejecuciones.

Era tarde: Vallejo y Rodenas se anticiparon al mensajero que les iba a dar la vida: quisieron la muerte y el fatal destino se las deparó al instante.

Así murió Juan de la Cruz Vallejo, el asesino principal de Mendoza y su sirviente.

La casa donde se desarrolló el crimen fué conocida desde entonces con el nombre de "Los Cadáveres azules."

Este horrible drama causó tremenda consternación en la sociedad antigüeña, así como la muerte, a mediados del pasado siglo, de Sotero Carrera, cuyas cenizas, como ya dijimos, reposan en el fondo de un nicho en uno de los muros del templo de la Merced.

Los comentarios que se hicieron el día de la muerte trágica de aquel hombre fueron diversos: no se concebía que hubiera brazo vengativo capaz de realizar un acto atrevido en pleno día y en lugar céntrico y concurrido y casi en presencia de la guardia del edificio del Cabildo.

El brigadier Sotero Carrera tenía un temperamento fogoso. Había figurado en varias revueltas en favor de su hermano, sin tener la perspicacia e inteligencia de éste: acostumbrado al trato duro y a sus caprichos, audaz y valeroso, acariciaba siempre las culatas de las armas de fuego, o el mango del machete o del puñal, que eran las armas favoritas y pavorosas en sus manos.

Sotero Carrera desempeñaba con descontento general el cargo de gobernador del departamento de Sacatepéquez. Entre sus muchas torerías se sabía de los vejámenes e ingratituddes que tuvo con una honrada familia de apellido Morales, avecindada en el barrio del Jute; los desmanes y las iniquidades se sucedían uno en pos de otro entre las distintas personas que componían la citada familia, ensañándose más contra Julián Morales, hombre callado y prudente, enemigo de armar camorras; el brigadier Sotero Carrera llegó al extremo de echarle encima el caballo en plena vía, arrojándolo al suelo lastimosamente golpeado; tantos fueron los atropellos que sufriera Morales, que lo decidieron a atentar contra la vida del corregidor, jugando el todo por el todo; consiguió una pistola de dos cañones y se situó cerca de los pilares del edificio del Cabildo, con el propósito de esperar al citado funcionario.

Poco después de las cuatro de la tarde el brigadier Carrera llegaba a caballo y al aproximarse al cuartel, los individuos de la guardia se formaron, mientras el oficial salía hacia la calle a darle el parte "sin novedad". El jinete se detuvo y dijo breves palabras al oficial: estos fueron los instantes en que Julián Morales, con ánimo sereno disparó, apostado detrás de una columna de piedra.

Sotero Carrera al sentirse herido hizo una mueca, abrió desmesuradamente los ojos, moviéndolos en la órbitas; no pudo decir una sola palabra y fustigando al caballo maquinalmente, lívido, sufriendo talvez dolor intenso, encaminóse hacia la calle real de Santa Catarina, rumbo a su casa de habitación; el caballo al sentir suave la mano que lo guiaba cruzó hacia la tercera Calle y no había caminado veinte pasos cuando el jinete cayó al suelo, sin vida.

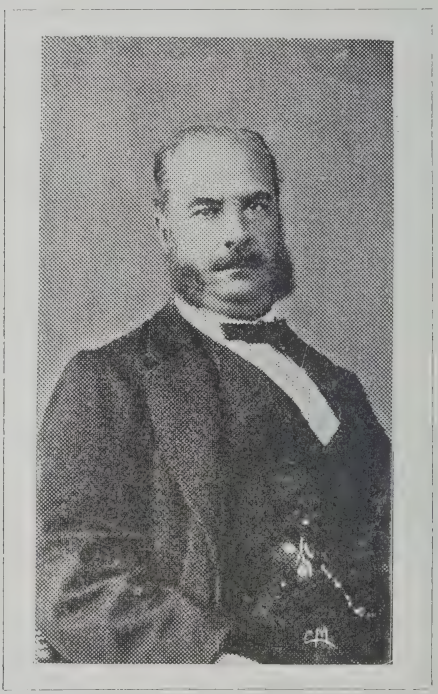
Mientras tanto el victimario aprovechándose de la confusión que hubo en el momento del disparo, se deslizó por las tiendas—cajones de la plaza,—frente al Cabildo y escapó fácilmente: el oficial de guardia destacó algunos soldados y un cabo en persecución del fugitivo; pero el odio al brigadier Carrera era general en la ciudad y demás pueblos y no dieron informes de quien era el victimario: éste pudo escaparse dirigiéndose a la capital salvadoreña y a los pocos años regresaba a Cuilapa, cambiándose el nombre: en esa población vivió ocupado en faenas agrícolas y en el comercio hasta su fallecimiento. Estuvo apartado del trato social, dedicándose exclusivamente al trabajo y a su familia.

Así murió el brigadier Sotero Carrera, víctima de sus desafueros. En la historia de los sucesos trágicos de la antigua capital, después de nuestra independencia, no hay otro caso que haya causado tanta sensación como éste, por tratarse de un atentado contra un representante de la ley.

Algunas personas aseguraron años más tarde de haberse desarrollado aquel drama sangriento, que Julián Morales era una de tantas personas que fraguaron un complot para ultimar al gobernador: otros afirmaban que Morales obró por su propia cuenta, como ya hemos dicho, cansado de sufrir ultrajes y persecuciones de su implacable rival.

LA CASA DE LOS NAZARENOS

Hubo en la vieja ciudad un barrio con numeroso vecindario: nos referimos al de "Chajón" que poseía modesta ermita; extendíase al occidente de la parroquia de San Sebastián. Según tradición se sabe que a dicho lugar le dieron aquel nombre porque en muchos sitios cose-



José Milla (Salomé Jil), insigne novelista guatemalteco.

chábase el jocote llamado "chajonero", fruta que casi ha desaparecido. En la solitaria "Calle de Chajón", de oriente a poniente está la "Casa de los espantos", marcada con el número 12. Tiene paredes bajas con dos puertas grandes, dos ventanas hacia la calle y varias habitaciones; en el centro del patio hay árboles frutales y un jardín. Una familia del pueblo vive feliz en la casa que inmortalizó el insigne José Milla, autor de la novela histórica "Los Nazarenos."

En aquellas lejanas épocas los miembros de la sociedad de los Nazarenos vestían túnica y capirote; y así recorrían ciertas vías cerca de

la ermita de Chajón, llevando el miedo a los timoratos vecinos del barrio.

Usaban en la antigua capital los miembros de varias agrupaciones, hábitos diversos, distinguiéndose los terciarios del Calvario, los belemitas que al principio no llevaron sombrero; los Nazarenos (cucuruchos), las hermandades de Santo Domingo, San Francisco, y Santa Cruz, todos asistían con capuchas a las procesiones de la semana mayor.

LA CASA DEL MARQUES DE TALAMANCA

La elegante mansión donde vivió don Rodrigo de Arias Maldonado, el de la juventud borrascosa, que llegó a ser jefe de la Orden Belemítica, está situada en la primera calle y cuarta avenida norte; tenía dos portadas grandes; una de estas ostentaba sobre la parte alta del muro, un escudo heráldico fabricado de calicanto. De la antigua construcción no queda sino el arco del zaguán, obra de mérito y los sólidos muros sobre los que reconstruyeron el edificio. Murió fray Rodrigo de la Cruz en México, el 25 de septiembre de 1713.

A Pedro de Betancourt le estaba reservado, no sólo ser el fundador de la Orden Belemítica, sino también llamar a su seno hombres de mérito que lo secundaran en su empresa. El influyó de manera decisiva en el ánimo de dos Rodrigo de Arias a que profesara en la misma Orden de religiosos. Era este gallardo y audaz mancebo hijo de uno de los gobernadores de Costa-Rica, durante el período colonial, del Maestre de Campo don Andrés Arias de Maldonado y Mendoza. A la muerte de su padre, don Rodrigo desempeñó el empleo de gobernador interino de aquella provincia por disposición de la Real Audiencia de Guatemala. Se cuentan de él rasgos heróicos entre los indios tarires y urinamas, los que al fin llegaron a estimarlo por su carácter generoso; sometió a los indios talamancas al dominio español y capturó al cacique.

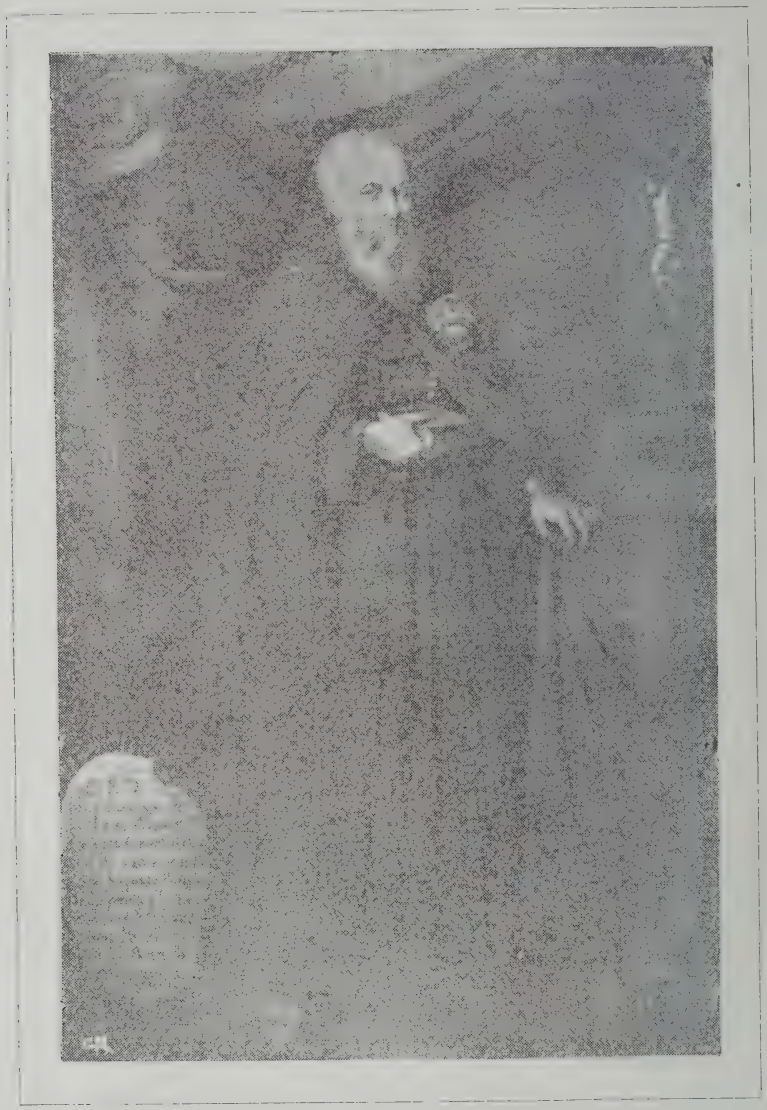
A él débese la fundación de varias poblaciones, siendo la principal la de San Bartolomé. El Rey lo agració con el título de Marqués de Talamanca. Sirvió la Alcaldía Mayor de Nicoya, trasladándose después a la capital del reino de Guatemala. Físicamente era don Rodrigo de Arias hombre de gallarda presencia, alto, delgado, de color blanco, cabellos negros ligeramente ondulados, barba poblada, ojos grandes y expresivos.

Al llegar don Rodrigo a Guatemala conquistó simpatías por su carácter jovial y decidor. Su casa se contaba entre el número de las más hermosas mansiones de la ciudad. Había sido hombre de mundo y tuvo una época de aventuras ruidosas.

Una tempestad de esas que dejan honda huella en el alma, o la vocación para la vida tranquila del claustro decidió al Marqués de Talamanca, a cambiar su vida por una celda o los tristes corredores de un claustro y los salones de un hospital.

Habían transcurrido tres meses desde que fray Rodrigo de la Cruz hacía compañía al Hermano Pedro cuando la salud de éste comenzó a resentirse; los días de vigilia, las noches de fatiga, los continuos ayunos y las horas largas de penitencia, todo esto contribuyó a que contrajera graves dolencias, extenuado y débil no quiso interrumpir sus labores acostumbradas, hasta que su cuerpo completamente doblegado cayó en el lecho, espirando el 25 de abril del 1667.

Fray Rodrigo de la Cruz fué el primer general de la religión belemítica, trabajó por ella con diligente interés, como digno sucesor de Pedro de Betancourt. Llevó a cabo la terminación del Hospital, la casa



Fray Rodrigo de la Cruz, en las postrimerías de su vida.

para los belemitas, el templo y el beaterio de Belén para la asistencia de mujeres convalecientes. Visitó las Cortes de Madrid y Roma, a negocios de la Congregación, y estuvo en el Perú, fundando hospitales en varias ciudades de importancia.

Después de intensa labor, mitigando las dolencias de los desvalidos murió, según Juarros, el 23 de septiembre de 1716, a la edad de 79 años. Su cuerpo recibió sepultura en la iglesia del Hospital de México.

EL REAL HOSPITAL DE SANTIAGO

De esta suntuosa casa de caridad, que estuvo instalada en la Calle de la Concepción (4.ª Calle Oriente) y 2.ª Avenida, no quedan sino algunos muros. Tuvo el Hospital amplios departamentos, patios, corredores y seis fuentes. La mano del hombre derribó las habitaciones y paredes interiores para extraer salitre a principios del siglo pasado.

CASA DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Está situada en la Calle de la Universidad, 5.ª Calle Oriente número 14. El estado del interior del edificio era lamentable. Hace poco tiempo lo restauró su nuevo propietario. Tuvo en sus mejores tiempos amplitud y comodidades a juzgar por lo espacioso de los aposentos y patios.

Perteneció la casa durante muchos años a la señorita Victoria López Capurón, hija del finado Julián López, constructor de órganos. En esa casa indudablemente escribió mucho y bueno el famoso cronista a quien Bartolomé Mitre, supo enaltecer su memoria en brillantes artículos literarios.

Bernal Díaz del Castillo es el autor de la obra "Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España". Nació en Medina del Campo y murió en Guatemala, dejando numerosa descendencia.

CASA DE CAPURON

Con este nombre es conocida la casa de la esquina de la 3.ª Avenida Sur y 6.ª Calle, esquina opuesta al templo de San Juan de Dios. Varias fueron las familias españolas que vivieron en ese edificio que después del desastre del 29 de julio de 1773, perteneció a algunos vecinos y luego a los señores López, que lo convirtieron en valioso taller industrial donde fabricaron magníficos órganos para iglesias diversas del país.

A mediados del siglo pasado en el mismo edificio construyó don Francisco Mariano López el magnífico órgano de la Catedral de Guatemala y cuyas voces armoniosas y llenas de majestad no se volverán a oír.... Esa obra arruinada a causa de los terremotos de 1917-18, costó $ 16,000 oro.

CASA DE ALONSO DE LA PAZ

Vivió y esculpió casi todas sus obras en una casa situada en la plazuela de San Pedro (hoy parque "La Unión").

A mediados del siglo XVII, en los tiempos en que la antigua capital resplandecía y con ella las virtudes de Pedro de Betancourt, era ya muy conocido el famoso escultor guatemalteco. Descendía de una familia de artistas sevillanos.

Alonso de la Paz, dotado de un raro talento, dedicó los años de su juventud a la escultura; le tocó laborar en su taller en los tiempos en que florecieran en Guatemala algunos ramos de las bellas artes. Para fortuna suya se prendó de una joven de extraordinaria belleza y de sobresalientes virtudes con la que contrajo matrimonio: fué esa bella mujer la que le inspiró sus mejores obras escultóricas y hasta llegó a afirmarse en aquellos tiempos que el artista había tomado por modelo el rostro de su amada para esculpir el de la Magdalena del templo de Santo Domingo. La belleza de sus obras le conquistaron un rango prominente entre los artistas de la época.

Casa en donde vivió Bernal Díaz del Castillo.

Sin fé, sin entusiasmo, no hay arte; éste requiere fuego, no para consumirse, sino para vivir; el escepticismo, la indiferencia, produce únicamente ceniza. ¿En dónde está "ese no sé qué", al cual se deben las maravillas de Florencia y de Roma, la inmortal belleza de las basílicas de las grandes ciudades europeas, que los reyes honraban recogiendo el pincel de los artistas, sufriendo la familiaridad de los escultores? Se halla en la inspiración, en el pensamiento, en la forma que es la llama, es el genio, que no a todos les es dado poseer.

Alonso de la Paz en momento feliz esculpía el Jesús de la Merced de la Antigua Guatemala, (escultura que perteneció al templo de la Santa Cruz). La obra sorprende por su brillante ejecución: atrae

y subyuga porque aquel artista ponía el alma entera en sus obras y poseía el dón especial de hacer resaltar en su modelaje toda la expresión de su espíritu exquisito.

Tenía Alonso de la Paz el secreto de dar a los rostros de sus Nazarenos cierta expresión que impresiona con misteriosas sensaciones de compasión, de amor, de respeto y de temor profundo.

La imagen de Jesús de la Merced de la Antigua Guatemala es de apostura noble y firme: Alonso de la Paz no se sujetó en su trabajo a caprichos de la escuela; le dió la belleza que concibió la feliz inspiración de su talento.

Obra del mismo escultor es el de San Francisco de Paula de la Catedral: el rostro, la cabeza, el cuello, el ropaje del burdo hábito y los pies de la estatua, son de excelente modelado; San Francisco de Asís, de la iglesia del mismo nombre de esta ciudad es magnífico: de rostro enjuto y de cuerpo raquítico, es una obra tratada con esmero y habilidad.

Son una gloria para Alonso de la Paz las obras: Domingo de Guzmán, del templo del mismo nombre; el niño Jesús de Belén, la Virgen de los Monteros de los Espinosa; San José, coronado por el arzobispo Francos y Monroy y muchas otras imágenes de templos de la Antigua Guatemala.

Con la ayuda de su angelical compañera mantuvo su hogar en un pie envidiable de armonía y bienestar. Alcanzó avanzada edad y tuvo el consuelo de ser atendido con solícito cariño por sus dos hijas, hermosas y buenas, verdaderos ángeles en la tierra. Una tarde de diciembre se fué.... La muerte le cerró los ojos para siempre, con profundo sentimiento del pueblo que lo amaba. Los franciscanos reclamaron su cuerpo para darle sepultura en las bóvedas de su templo.

CASA DE ALONSO SANCHEZ

En la Calle de San Miguel o de la Escuela de Cristo, vivió Alonso Sánchez, encargado de la Escuela Primaria fundada por Pedro de Betancourt.

CASA DE BLAS DE PINEDA Y POLANCOS

Vivió este notable escritor en una casa rodeada de árboles y flores a inmediaciones de la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios; dejó dos obras, una de 27 tomos manuscritos, sobre diversos asuntos, con bonitos dibujos y otra sobre la raza indígena. Alcanzó la edad de 97 años. Se ignora el paradero de las obras de este acucioso escritor.

CASA DE QUIRIO CATAÑO

Vivió en las postrimerías de su vida este notable e inspirado escultor en la Calle de los Pasos, cerca del puente de los Remedios, sobre el Pensativo, a poca distancia de la Alameda del Calvario.

Entre los más antiguos escultores guatemaltecos figura Quirio Cataño, descendiente de una familia portuguesa: poco se sabe de su vida

y de sus obras; nació en Guatemala; aseguran unos cronistas que murió en su tierra nativa y otros que se fué a la patria de sus mayores. Le dió fama su magnífico Cristo crucificado del suntuoso templo de Santiago de Esquipulas, población del departamento de Chiquimula de la Sierra. En marzo de 1595 el Provisor del Obispado Cristóbal de Morales, contrató con el artista la obra por la suma de cien tostones, para cubrir el precio de la escultura los indígenas del lugar sembraron un algodonal en el sitio donde más tarde edificaron el Santuario: tiene la imagen vara y media de alto y la han conceptuado como una obra de arte de mérito sobresaliente. Quirio Cataño no sólo esculpió el Crucifijo sino que lo pintó, imprimiéndole la encarnación y colorido que

Convento de la Escuela de Cristo.

presenta: un escritor centroamericano dice que es indudable que el artista se inspiró en la visión de Isaías que anunció al Cristo vuelto un deshecho de la plebe, desfigurado como un leproso, acardenado por los golpes y azotes de los verdugos; el Cristo de Cataño es de un color de sangre que mancha oscureciendo la epidermis blanca y purísima del hombre, varón de los dolores, desfigurado por los tormentos y esta encarnación y colorido, para los que apreciaron el trabajo, constituyen el mayor mérito del artista: en corroboración a esta verdad—dice el mismo autor—se aduce el hecho de que en el templo de Genazaro, en Italia, existe otro Cristo, de color oscurecido, cuyo autor supo también trasladar al lienzo una fiel copia de Jesús de la Calle de la Amargura.

Una de las obras que esculpió Cataño en las postrimerías de su vida es la de Jesús de la Escuela de Cristo, que se venera en la iglesia de la

Parroquia Vieja o Cruz del Milagro, escultura hecha por encargo de piadosa persona y obsequiada a la iglesia de los Remedios, reedificada en la Antigua Guatemala por don Baltazar de Estevez, el año 1575. Dicha imagen tiene una historia curiosa y ha pertenecido a tres diferentes templos.

CASA DE LOS GIGANTES

Al final de la 1.ª Avenida Sur, frente a la Tercera Orden (San Francisco). Vivió en ella, en 1685 don Cristóbal de Alvarenga y en 1773 don Miguel Alvarez de las Asturias y Nava. En 1871 compró dicha casa el salvadoreño don Tomás Díaz. Poseía magnífico sótano, en las habitaciones que daban hacia la primera Avenida Sur.

CASA DEL COLECCIONADOR

Don Rodrigo de la Campa, coleccionador de documentos antiguos, varón adinerado vivió en la Calle de Concepción, casa hoy llamada El Palomar.

CASA DEL ALFEREZ MAYOR

Frente al portón del Palacio de los Arzobispos, Calle Concepción, (4ª C. O.), vivió el Alférez Mayor Juan Bautista de Carranza y Medinilla. Año de 1631.

CASA DEL FISCAL DE LA AUDIENCIA

En 1639 vivió en la primera avenida sur (casa que en 1877 fué de don José María Ruiz, edificio con lindísimos marcos de piedra), el doctor don Luis de las Infantas, fiscal de las Audiencias. (Prontuario de Ignacio Guzmán.)

CASA DEL ALCALDE DE HERMANDAD

Ocupaba la casa en la parte norte de la plazuela de San Pedro, en 1642 (donde vivieron las señoritas Samayoa), el capitán don Sebastián de Aguilar, caballero de la Orden de Calatrava, de opulenta fortuna y propietario de ricas alhajas. (Prontuario de Ignacio Guzmán.)

CASA DE UN HISTORIADOR

El capitán don Antonio de Fuentes y Guzmán, vivió el año de 1692, en la casa de esquina de la Plaza Real, Calle de Santa Catalina, frente a los Portales Municipal y de Panaderas. (García Peláez.)

CASA DEL ESCULTOR JUAN DE AGUIRRE

Vivió en el barrio de El Tortuguero. Una decepción amorosa lo llevó al convento de San Francisco, a la edad de 35 años. Este inspirado artista fué autor de notables esculturas, entre ellas la Virgen del Coro y Jesús de la Candelaria.

CASA DE LOS CHAMORRO

Es una amplia casa de esquina, en la 4.ª Avenida Sur y 6.ª Calle. Los Chamorro se fueron de Guatemala, con motivo del terremoto de Santa Marta, estableciéndose en Nicaragua.

CASA DEL LICENCIADO FRANCISCO DE LA CUEVA

En la esquina de la 4.ª Calle Oriente y 3.ª Avenida, al costado del Palacio Arzobispal.

Don Francisco de la Cueva, cuñado de Alvarado, había cumplido en 1559, noventa años de edad. Era el hombre odiado por los indígenas de quienes había sido cruel opresor. (Crónicas de un franciscano.)

CASA DEL PADRE PADILLA

Vivió este eminente sacerdote, uno de los hombres más ilustrados de su época, en la casa contigua a la de Los Leones, en la Calle de Santa Catarina.

CASA DEL ASTRÓNOMO

La casa de la familia del astrónomo don Joaquín Calderón de la Barca, frente a la Concepción 4.ª Calle Oriente y Calle que de Santo Domingo conducía a Belén, vía cerrada desde 1773.

EL RANCHO DEL MARQUES

Es esta una casa especialmente arreglada para habitarla en época de temblores, situada en la 4.ª Avenida Norte y 2.ª Calle Oriente. Recientemente ha sido restaurada (1922) lo que le ha dado un aspecto mejor del que tuviera en anteriores años.

CASA DEL CAPITAN VALENZUELA

Hasta el año de 1695 vivió en la Calle de los Pasos y de la Escuela de Cristo, frente a la portería del convento de San Francisco, al capitán don García de Valenzuela.

CASA DE LOS DIEGUEZ

En la casa llamada de los Pavos, 7.ª Calle Oriente entre 3.ª y 4.ª Avenidas, al sur del Hospital de San Juan de Dios, vivió el Licenciado don Matías Diéguez, casado con doña María de Aguilera, de cuyo enlace provino la familia de los poetas Juan y Manuel Diéguez.

LA CASA DEL FRUTERO

En este edificio situado en la 5.ª Calle Poniente (vía que conduce a San Lázaro) que tuvo en el siglo pasado un frutero de loza sobre la portada, vivió la familia de don Baltazar de Orena.

LA CASA DE LOS DUENDES

Las leyendas fantásticas de la casa de los Barraneche las refieren desde hace muchos años. Ese edificio se hallaba en un solar perteneciente a don Atanasio Gándara; probablemente lo restauraron en más de una ocasión después de la ruina de 1773. Cerca, muy cerca, se hallaba el renombrado Oratorio de Espinosa, a poca distancia de la Alameda de Santa Rosa y de la Calle de Las Platerías, arteria importante y animada en la época de esplendor de la antigua capital. Sería largo enumerar lo que se ha repetido acerca de los duendes y aparecidos en dicha casa al ser desalojada la ciudad capital al trasladarla

Otro aspecto del interior del convento de la Escuela de Cristo.

al Valle de la Ermita. A los que allá se quedaron, que fueron relativamente pocos, todo les preocupaba; el canto del buho, el ruido de los cristales al ser azotados por el viento, o los tristes clamores de las campanas de alguna ermita, les infundía pavor, tal era la mustia soledad en que había quedado la derruida capital, fundada por Maldonado.

Los señores Barraneche, eran hermanos inseparables: se marcharon a España y jamás se volvió a saber de ellos, por lo que se creyó que habían muerto en alta mar. No faltaron sujetos que sorprendiendo la buena fé de las gentes, afirmaran que dichos señores habían dejado tesoros escondidos debajo la tierra: comenzaron las excavaciones por todos lados en la casa: se decía que de noche se oían misteriosos lamentos, llenos de vaguedad, que llevaban el terror al ánimo de las gentes.

CASA DEL FABRICANTE DE POLVORA

Diego Mercado, primer fabricante de pólvora que hubo en Guatemala, el año de 1601, vivió en la esquina de la Calle de San José (El viejo) quinta avenida sur y Calle de Santa Lucía (no la alameda, sino la séptima calle poniente.)

LA CASA DE LAS SIRENAS

Se encuentra en la 4.ª Avenida sur, frente a la entrada del Anfiteatro Anatómico del Hospital. Es de altos, la hicieron construir los señores Chamorro antes de los terremotos de 1773, a los que resistió victoriosamente, gracias a la magnífica construcción. Posteriormente ese edificio era de la familia Arzú Batres.

LA CASA DEL PADRE NAVARRETE

Vivió este insigne varón en la Calle Ancha de los Herreros, casa muy conocida en otro tiempo por el vecindario antigüeño.

Supo el Padre Navarrete, siendo ya hombre, por referencias que se le hicieran, que había venido al mundo el 2 de febrero de 1790.

A los dos días de su nacimiento, envuelto en lienzos blancos, en un cesto, lo llevaron al caer de una tarde a la puerta de calle de la casa de don Toribio Carbajal, en la Nueva Guatemala. El expósito fue recogido por dicho señor. El infortunio alejó de su hogar las gratas caricias de la madre, joven inexperta que en un momento de extravío lo abandonó para conservar su reputación.

La familia Carbajal algo averiguó respecto al origen de aquel niño, supo que la madre pertenecía a familia distinguida.

Si al joven Navarrete le faltó el cariño de los autores de sus días, tuvo el de las honorables personas que lo recogieron. A la edad de siete años comenzó a asistir a la escuela, luego hizo estudios superiores con mucho éxito y eligió la carrera eclesiástica.

Iba a ordenarse cuando supo con honda pena que era expósito: desde entonces comenzó a vencer obstáculos que a su paso le salían y gracias al Prelado Metropolitano logró seguir la carrera a que se inclinara desde muy joven. Venció perfidias, consiguiendo su alma el temple necesario para llegar al fin, con el corazón tranquilo y lleno de resignación.

El destino le fué propicio no faltándole protectores que lo ayudaran y a eso se debió que hiciera economías y formara capital. Desde entonces comenzaron sus hechos de gran utilidad para con la gente pobre y con todas aquellas personas que necesitaron de su protección.

El padre Navarrete sirvió varios curatos en esta República y en la de El Salvador.

El, con su incansable afán de obras buenas, inició y llevó a cabo la reedificación de la iglesia parroquial de Chimaltenango, siendo estrenada la obra el 3 de diciembre de 1858.

Tuvo aficiones por la música y el canto: poseía alguna locuacidad en la palabra y no obstante esto no le gustaba predicar. Débese a su pluma la "Opinión para evitar la bebida de la chicha entre los indios".

Hace el Padre Navarrete en sus escritos consideraciones filosóficas y morales muy atinadas.

En los ratos que tenían desocupados dedicábase a la fabricación de fuegos de artificio, labor en la cual era práctico. En las fiestas profanas y religiosas los toritos, los castillos, las piezas rotativas llamaban la atención del pueblo que los bautizó con el nombre de "Fuegos de Navarrete."

Fundó en la Antigua Guatemala, el Padre Mariano, la Escuela para niñas de la Parroquia de San Sebastián, con la dotación de quince pesos mensuales para la maestra, disponiendo que la pensión le fuera aumentada a la misma maestra en la cantidad de veinte pesos mensuales, al estar terminado el edificio en el que invirtió de su peculio tres

El magnánimo Padre Navarrete.

mil doscientos ochenta y tres pesos y una dotación de cuatro mil pesos para su sostenimiento: otra para niños en la misma parroquia, invirtiendo en ella cuatro mil novecientos noventa y ocho pesos, dos reales y medio plata.

Dispuso dar cuatro mil cien pesos destinados a maestros e hizo otras obras valiosísimas que reflejan cuánto entusiasmo tuvo por la instrucción del pueblo.

Mandó construir nueve casas en distintos puntos de la ciudad de la Antigua Guatemala para sostener con el producto de los arrendamientos las citadas escuelas.

El Ayuntamiento antigüeño hizo colocar placas conmemorativas en las citadas casas, recordando el donativo del Padre Navarrete.

En la Escuela de Niñas de la Antigua Guatemala, había un retrato, pintado al óleo. Tiene el cuadro esta leyenda: "Pbro. Mariano Navarrete, quien para mayor gloria de Dios y bien de sus hermanos, fundó esta Escuela de Niñas el año de 1850."

El Padre Navarrete falleció en la antigua capital en su hermosa casa de la "Calle Ancha de los Herreros", el 16 de noviembre de 1863, a los 73 años, 3 meses, 3 días de edad. Su muerte oprimió con el peso de los grandes dolores el alma antigüeña.

Ordenó en su testamento que se le sepultase en la iglesia de Santa María de Jesús: allí descansan sus cenizas al lado de la epístola.

LA CASA DE LOS LEONES

En los tiempos en que más floreciera la capital, hubo una casa grande, bien dispuesta, en la Calle de Santa Catarina. Vivió en ella su propietario don Juan Bautista Alvarez de las Asturias, caballero dotado de inteligencia y grandes virtudes.

La puerta de calle, lado exterior, ostenta dos leones esculpidos en piedra, adorno que el tiempo y las manos de los hombres han respetado hasta la época presente.

EL DATIL DE LA TRUJILLO

En el barrio del Jute (4.ª Avenida Sur), cerca de lo que fué taller de hilados de Almengol, en un sitio propiedad de los Trujillo, se destacaba un árbol de dátil, muy alto, semejando sus hojas alas gigantescas de cóndor. Cuenta la tradición que ese árbol lo sembró Pedro de Betancourt, al poco tiempo de haber llegado a Guatemala: un huracán dió con él en tierra el 4 de octubre de 1881.

LAS GARITAS

En las principales entradas a la ciudad establecieron garitas como en el camino a Ciudad Vieja; en el que conduce a los Altos, magnífica carretera muy frecuentada en pasados tiempos; desde Jocotenango hasta Chimaltenango, la vía es muy pintoresca; la garita del camino a poblaciones circunvecinas al Valle de las Vacas era de las mejores; la conocían con el nombre de el Guarda de las Animas, por estar frente a la finca y a las ruinas de la ermita del mismo nombre.

Cerca de este lugar y de la finca "La Chácara" el infortunio hirió de muerte un día a dos valientes.

La garita vieja, en el camino hacia Palín, quedaba a inmediaciones de San Juan del Obispo.

CALLEJONES

Antes de 1773, contábanse en la ciudad muchos callejones que han desaparecido, formando parte hoy de sitios pertenecientes a particulares.

También fueron clausuradas algunas calles, lo que no debieron permitir las autoridades; solares extensos pasaron a poder de familias que los compraron en cantidades risibles; en 1776 comenzó la fiebre de apoderarse de terrenos al ser abandonados por sus dueños a quienes se obligó por la fuerza a trasladarse a la Nueva Guatemala, tarea ingrata ésta, encomendada a don José Ponce de León y Cotrina, que tuvo el nombramiento de Justicia Mayor.

Crónicas antiguas nos hablan de la Calle de los Peregrinos, continuación de la 6.ª Calle Oriente hacia la ermita de la Cruz del Milagro. Fué famosa la Calle de Recoletos, con dirección a San Lázaro.

Los callejones principales en la actualidad son: Camposeco, Lemus, la Concepción, Belén, El Sunte, Quichoneros (los que condimentaban una vianda de carne de marrano, chile y miltomate;) Las Animas o Cuesta del Chucho, Manchén, San Buenaventura, del Sol y Pila de Rubio: de los demás no quedan sino los recuerdos. En esas vías se realizaron duelos a espada a altas horas de la noche y no pocas aventuras galantes; después de la ruina fueron teatro de riñas entre sujetos desalmados que usaban daga y puñal cuando no habían armas de precisión: entre los muchos "lanas" figuraron antes de la independencia: Juan Colocho y Manuel Rebujina y hará medio siglo: Luisón, Ambrosio Barrios, Juan Quezadilla, Mariano Cuyún y Los Tachos, que eran los guapos del Arco del Matazano.

En el Callejón de Belén, al oriente de San Francisco, está clavada sobre un muro una crúz metálica de regulares dimensiones que recuerda un tristísimo drama que salpicó de sangre ese apartado lugar.

En la esquina de la 4.ª Calle Oriente y Callejón de la Concepción se vieron por mucho tiempo los vestigios de un muro, principio de los trabajos, antes de la ruina de la ciudad, de la construcción de un arco parecido al de Santa Catarina, con objeto de que las monjas se pusieran en comunicación con una hortaliza que había el proyecto de establecer en el sitio del frente, solar que más tarde perteneció a la familia Marota. Ese sitio fué adquirido por las monjas de la Concepción, dos años antes de la catástrofe del 29 de julio de 1773. La vía como ya dijimos, iba a dar a la plazuela de Belén.

La Calle Sucia, comienza desde el Callejón de San Buenaventura (quinto paso) y termina en la vía que conduce a Ciudad Vieja.

Las calles más amplias eran la de Jocotenango, la de Santa Rosa (más tarde de Gálvez) y la de Las Pilas.

LAS PLAZUELAS

La ciudad, durante la colonia tuvo once plazuelas (Fuentes y Guzmán). Quedan las siguientes: San Pedro, Escuela de Cristo, Belén, Candelaria, Carmelitas Descalzas, San Sebastián, San Jerónimo y Espíritu Santo.

AGUA QUE SURTE LA CIUDAD

Pasa el agua que surte la ciudad por tres grandes acueductos, obras notables de albañilería dirigidas por los castellanos y trabajadas por los indios. Se dividen por varias cañerías en ciento cincuenta cajas que distribuyen el líquido.

Las vertientes son: Pamputic, Santa Ana y Las Cañas. El agua de Pamputic nace en alta cerranía en terrenos de Aguirre. Las vertientes se llaman: El Cenegal, el Aguacate y Palo de Cedro; se une a ellas la de la Cueva. Pamputic da poco más o menos 250 pajas: surte Jocotenango, San Sebastián, la Merced, Santa Lucía y llega hasta la plaza mayor: recorre el agua tres millas.

El agua de Santa Ana, (muy fría) nace en el cerro de su nombre: la forman las vertientes llamadas El Tempiscal y La Rinconada; es muy escasa; tiene como cuarenta pajas y recorrerá unas dos millas. Surte una parte del barrio de los Remedios o de El Jute.

El agua de las Cañas, nace en el cerro de este nombre: se le unen las vertientes llamadas Mescal y el Bautizo de la Negra: daban antes de 1773, más de 900 pajas; surtían la mayoría de las pilas de la ciudad. Los desmontes han hecho disminuir el líquido.

Hay otras vertientes como la que baja de El Rejón y surte los terrenos de Filadelfia, finca cercana a San Felipe de Jesús.

El agua de San Cristóbal algo ha escaseado de unos años a esta parte.

El 16 de septiembre de 1643 se dispuso introducir el agua de Pamputic a la ciudad, y el 14 de julio de 1679, la de Santa Ana.

EL RASTRO

Se fundó a iniciativa del alcalde don Rodrigo de Fuentes y Guzmán, el 26 de febrero de 1585. Lo lavaban por medio de una toma que iba del río Pensativo.

BAÑOS

La abundancia de agua hace que sean muchos los baños. En Ciudad Vieja llaman la atención los de agua límpida y tónica que brota en el centro del poblado; además del estanque con lavaderos hay baños cerrados para las familias. Los de Medina son sulfurosos, a tres cuartos de distancia de la ciudad y pasándose por vía que tiene a los lados fincas y lugares muy pintorescos. Los de El Cubo cuentan con agua agradable; se hallan a una legua de distancia; hay buen camino, espléndidas arboledas en ciertos tramos, verdaderas bóvedas de verdura que exhalan agradable aroma. Aguas sulfurosas tienen los baños de San Lorenzo Tejar, a una legua de distancia.

Hay casas en la antigua capital que cuentan con varias fuentes y búcaros. Las aguas en general han alcanzado fama por su abundancia y pureza.

ALTAS COLINAS

Rodean el cuadrilátero de la ciudad, que consta poco más o menos de setenta caballerías las alturas siguientes: al Norte desde Jocotenango, la colina de El Manchén, que tiene detrás la cuenca de San Felipe de Jesús; surge esa colina en la esquina del Callejón de San Felipe y Calle Ancha de los Herreros, (llamada también de "Sacateros") hasta unirse con el cerro de El Rejón, que termina en el camino que de la ciudad, conduce a la capital. Esta vía, la de Las Animas, divide las alturas de la parte oriental, es decir, del Cerro de la Cruz frente a Chipilapa, cerca del cauce del Pensativo; dicho cerro se cubre de admirable vegetación durante la época de lluvias.

Sigue la colina de Carmona, unida al Volcán de Agua con prominencias que forman las cañadas de San Cristóbal el Bajo y Santa Ana.

De la primera nace el manantial llamado Agua Tibia que lleva su cristalino líquido a terrenos cercanos: a cuatrocientas varas de distancia, poco más o menos hacia abajo del nacimiento del agua, hay una cueva profunda. En la otra prominencia se halla la cañada de Santa Ana, de la que brotan las aguas del mismo nombre. En terrenos de la finca Carmona, está la cueva de Las Minas, que se ha llenado de agua desde hace algún tiempo.

Vista fotográfica tomada desde la cúspide del Volcán de Agua.

VOLCAN DE AGUA

La parte sur de la ciudad la cubre el Volcán de Agua, mole inmensa de incomparable belleza. Tiene la ancha base o circunferencia diez y ocho leguas.

La distancia de la antigua capital a la cúspide es poco más o menos de cuatro leguas. Para subir a la cúspide se emplean de tres a cuatro horas; pasando por el pueblecito de Santa María, por una vía angosta y mal conservada. Hasta la mitad de la mole hay sementeras pertenecientes a indígenas, luego una gran faja de bosque con árboles corpulentos, pinos y pajonal donde se ven animales diversos: la antigüedad de muchos árboles manifiesta que la actividad del Volcán entró en calma hace varios siglos. El cráter es amplio, con forma de caldera con una abertura hacia un lado.

En los bordes del cráter se disfruta de portentoso y admirable espectáculo; abarcando la vista por un lado, se contemplan las lejanas tierras de la frontera mexicana; por otro las tierras cuscatlecas, luego el Valle del Motagua, las extensas soledades del Petén; al Occidente, Quezaltenango, Totonicapán, Sololá, con su bellísimo lago de Atitlán, la faja blanca del Pacífico e incontables lugares.

El cráter y sus rocas conservan grabadas inscripciones de viajeros: la más antigua es la de 1615, en la ascensión que hizo el historiador Remesal.

Los indios cachiqueles daban al volcán el nombre de Cahol-huyú (el solitario) y Nom marie, (sin igual.)

Volcanes de Fuego y Agua vistos de lejos.

Al venir los castellanos el Volcán de Agua era madriguera de multitud de animales.

En las faldas de la mole se hallan los pueblos de San Juan del Obispo, San Gaspar, San Pedro de las Huertas, San Miguelito (llamado antes Chorrillos) y Ciudad Vieja.

EL VOLCAN DE FUEGO

Al sur-oeste de la ciudad se halla el camino que conduce a la costa sur: pasa la vía entre los dos volcanes de Agua y de Fuego. Esta mole, de 3.833 m. con su cabeza pelona, está unida con el picacho rígido del Acatenango, el volcán más alto de Centro América: tiene 3.960 m. De la ciudad a la cúspide del Volcán de Fuego hay una distancia aproximada de cinco leguas. Muchas personas han hecho ascensiones al citado volcán encaminándose por el ingenio de azúcar llamado Capetillo. En diferentes épocas la mole ha hecho erupciones.

OTRAS ALTAS COLINAS.—EL RIO DEL PORTAL

Al occidente de la ciudad se alzan las colinas del Portal, a cuyas cercanías pasan las aguas del río del mismo nombre, que nace en las inmediaciones de Itzapa, en el departamento de Chimaltenango, encaminándose por el lado oriental de la ciudad: tuvo cuatro puentes de arcos de piedra: sus aguas movían en anteriores años varios molinos de trigo: a una legua toma el nombre de río Magdalena; a las cuatro el de Guacalate, (este último nombre quiere decir guacal, en dialecto pipil) a las quince el de Itzapa y a las treinta desagua en el Pacífico. Pasa por Ciudad Vieja y recibe las aguas del Pensativo: corre a orillas de Alotenango y a poca distancia de San Cayetano, de Barranca La laja y de Medio Monte; recibe cerca de Escuintla las aguas del río Mirandilla, llevando hasta el Pacífico enorme caudal de líquido.

FUNDADORES DE PUEBLOS

Algunos castellanos que fundaron pueblos les dieron el nombre del santo de su devoción y luego el apellido de su familia. Luis de Vivar, fundó el pueblo de San Gaspar Vivar; Ignacio Bobadilla, el de Santa Catarina Bobadilla; Juan de Carmona el de San Bartolomé Carmona; (extinguido desde 1774;) Diego Monroy el de San Lorenzo Monroy; Alonso Zamora, fundó en el lavadero de oro de su propiedad, el pueblo de Santiago de Zamora; Sancho Barahona, el de Santa Catarina de Barahona; Juan de Escobar, el de San Miguel Escobar; Bartolomé Becerra, el de San Bartolomé Becerra; Francisco de Monterroso, el de Santa Lucía Monterroso; don Gascón de Guzmán, el de San Juan Gascón (no el padre Gascón;) Gabriel Cabrera, el de San Lucas Cabrera, también llamado San Lucas Ibanzuquit, que quiere decir en dialecto pipil Casa del lodo; el padre Godínez, el de Santa Isabel Godínez.

Fundó San Juan del Obispo, el obispo Lic. don Francisco Marroquín. San Andrés Deán, el Br. y Pbro. Juan Alonzo, Vicario General del Arzobispado; San Pedro Tesorero, el Tesorero de la Real Caja don Pedro de Becerra.

Se ha repetido por nuestros cronistas antiguos que a San Dionisio Pastores se le dió tal nombre, porque sus habitantes se ocupaban en apacentar las partidas de ganado del conquistador Alvarado.

SACATEPEQUEZ

La provincia de Sacatepéquez contaba en la época de la colonia con 36 leguas de circunferencia.

La naturaleza ha prodigado allí sus dones, dándole campos fértiles, aguas abundantes y bosques dilatados. De medio siglo a esta parte la producción agrícola de esas tierras es extraordinaria.

Es departamento del centro del país, colindando al Norte con Chimaltenango; al Sur con Escuintla; al Oriente con Amatitlán y Guatemala, y al Poniente con Escuintla y Chimaltenango.

La palabra Sacatepéquez significa en dialecto quiché "Arbol blanco de las peñas."

Los municipios son, después del de la Antigua Guatemala, los que siguen:

CIUDAD VIEJA

Población de fama por haber sido lugar escogido por los castellanos para fundar la ciudad capital del reino de Guatemala.

Situada en valle hermosísimo y fértil, al pie del Volcán de Agua, se abriga bajo un cielo profundamente azul y luminoso y presenta bello panorama. El clima es agradable y sus aguas abundantes, cristalinas y tónicas. Apenas existen los vestigios de unos cuantos edificios que fueron adorno modestísimo de la ciudad y un corpulento árbol bajo el que, según la tradición, dijo la primera misa en esa tierra, el padre Godínez.

Tuvo antes de la inundación los siguientes edificios: la catedral, muy modesta, desapareció por completo mucho después de la inundación; casa parroquial contigua, donde viviera el obispo Marroquín, conventillos de dominicos, franciscanos y mercedarios, templo de San Francisco (hoy iglesia parroquial), ermita de Remedios, ermita de la Verapaz, casa Hospital de Misericordia, casa del Adelantado, con Oratorio (donde murió doña Beatriz), todo de sencilla arquitectura. (Fray Domingo Reyes).

La obra del convento e iglesia de San Francisco (hoy templo parroquial), estuvo a cargo del regidor perpetuo Gaspar Arias Dávila, castellano que obsequió mil ducados por la construcción.

Había una casa capitular edificada y erigida el 27 de abril de 1540, de tres pisos sumamente bajos. El albañil que la dirigió tuvo de ganancia doscientos pesos oro. La primera casa de teja construida en Almolonga la mandó edificar don Pedro de Alvarado, el 27 de abril de 1540.

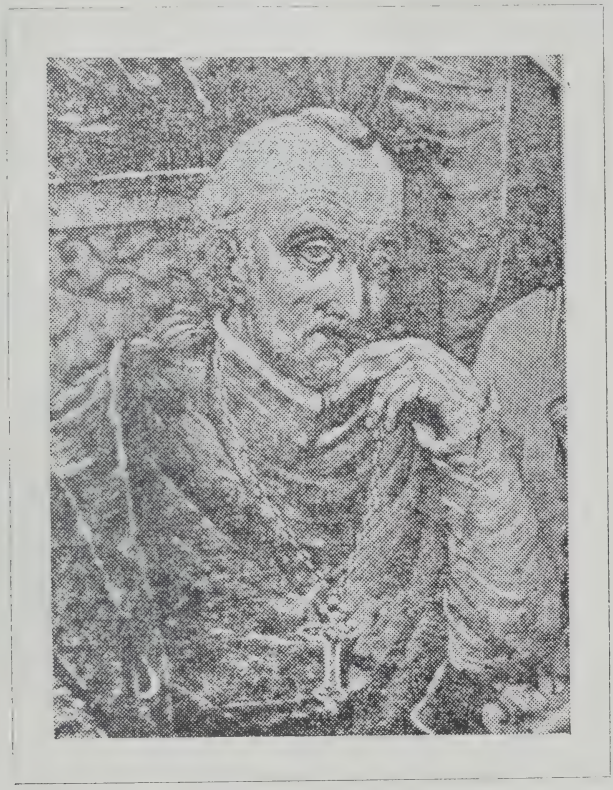
En 1545 el municipio de la capital nueva (en Panchoy), acordó comprar al obispo Marroquín, por la suma de 1,600 pesos plata los escombros de la catedral y de la casa parroquial contigua, en Ciudad Vieja o Almolonga. Con esta suma el obispo comenzó a construir en la primitiva catedral en Panchoy, la capilla de San Pedro, erigida en honor a la memoria de su amigo el conquistador don Pedro de Alvarado.

La obra de la Catedral de Santiago de Almolonga, la dirigió el albañil Francisco de Porras, en 1529. La terminó en 1537 el Pbro. Marroquín. (Arochena).

Por las distintas obras materiales que realizara el obispo Marroquín durante treinta y tres años que gobernó la diócesis de Guatemala, se llega a conocimiento de la generalidad el espíritu enérgico e innovador de que estaba revestido, sus grandes actividades, su ecuanimidad y prudencia, al mismo tiempo que sus virtudes e ilustración: es de las figuras excelsas que brillarán a través del tiempo, rodeándolas un nimbo de luz resplandeciente que iluminará de manera espléndida las generaciones futuras.

Supo demostrar caridad y compasión por los indios, se interesó en la enseñanza de los niños, trajo músicos de México, dió estímulos a estudios superiores, hizo donativos a favor de centros de enseñanza y de casas hospitalarias, y a su iniciativa se fundaron iglesias, pueblos y caseríos.

Llama la atención la actitud enérgica y conciliadora demostrada por el señor Marroquín al día siguiente de la espantosa catástrofe de la ciudad, (11 de septiembre de 1541), ante las absurdas preten-



Lic. Francisco Marroquín, primer Obispo de Guatemala.

siones del pueblo que deseaba fuese arrojado a un muladar el cuerpo de doña Beatriz de la Cueva, atribuyéndole las desgracias, a sus blasfemias al saber la muerte de su esposo.

El magnánimo varón supo calmar la actitud del pueblo, lo que no habría logrado ninguno en aquellos momentos trágicos y de dolor, cuando la exaltación de los ánimos creía ver en el desastre algo así como castigo del cielo.

Narra un documento antiguo que el vecindario aglomerado frente a la Catedral prorrumpía en gritos y lastimeros llantos por la muerte de sus parientes y amigos.

Después de los oficios fúnebres y de los enterramientos de las víctimas, dispuso el obispo, esa misma mañana (la del 11) saliese una procesión; hombres, mujeres y niños llevaron grandes piedras y cruces de madera verde y pesada sobre los hombros, en señal de penitencia; y al terminar el acto el prelado dirigió frases de consuelo a los vecinos sobrevivientes.

Durante la noche aciaga de la catástrofe y de los días que se siguieron a ésta, en medio de la general consternación, demostró valor y serenidad dignos de ejemplo.

De los tristísimos acontecimientos de la catástrofe se conocen nueve descripciones, inclusive la del obispo Marroquín y la del escribano Juan Rodríguez, estas dos últimas de testigos presenciales. No obstante los documentos aludidos, nuestros escritores incurren frecuentemente en inexactitudes consignando en sus obras fechas y datos equivocados.

Hombres eminentes de ciencia están de acuerdo en que la inundación de la ciudad la provocaron cuatro días de copiosas lluvias, o lo que es lo mismo noventa y seis horas de agua, lo que hizo reblandecer el terreno de la falda, hasta producir un derrumbamiento, sintiéndose una vibración intensa como de terremoto. "Encajonadas las aguas de la prolongada, ancha y profunda ranura o barranca que baja desde la cumbre hasta el llano, desquiciaron el talud, lo derrumbaron, arrastraron la carga de rocas, árboles y lodo, la aumentaron en el tránsito y cayendo sobre la ciudad, fueron los principales agentes de su destrucción. La ranura sobre el volcán tendría varias millas de longitud, con una anchura de setenta a ochenta metros y una profundidad de cerca de treinta".

Afirma la "Recordación Florida" (libro primero, página 174) que después de la catástrofe dióse sepultura a los cuerpos, de doña Beatriz, en la Catedral; luego a las de sus damas en las otras iglesias, que después las juntaron todas en un sepulcro que es en el convento de San Francisco, de aquella Ciudad Vieja, donde hoy lo testifica, aunque se lee con dificultad una inscripción que está al lado del evangelio, cerca de la tribuna, que dice:

"Aquí yace la señora doña Juana de Artiaga, natural de Baeza, en los reinos de Castilla, y "doce" señoras sus compañeras, las cuales todas juntas perecieron, en compañía de la muy ilustre señora doña Beatriz de la Cueva, en el terremoto del volcán, que arruinó la ciudad vieja de Goathemala, el año de 1541. Fueron trasladados sus huesos a esta santa iglesia el año del señor de 1580".

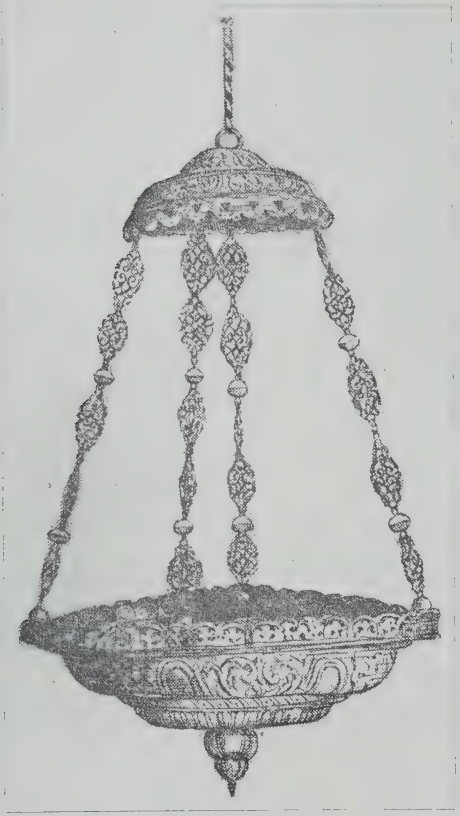
Se ha repetido que el oratorio donde murió doña Beatriz de la Cueva, es lo único que existe de la residencia de los Conquistadores.

En el mismo predio donde aún se yergue el derruido oratorio, contiguo a éste, alzábase hacia la Calle de la Santísima Trinidad (la misma que pasa frente a la actual iglesia parroquial), se hallaba la vivienda de don Pedro de Alvarado (Casa de la Gobernación); luego las Casas Consistoriales, y el Retén, o puesto militar. No se atina cuál haya sido el Palacio de los Conquistadores, salvo que los cronistas modernos así quieran llamar a lo que fué hasta 1541, Casa de la Gobernación. (Apuntes históricos de fray Domingo Reyes.)

La noche de la catástrofe, además de la inundación, afligieron al vecindario lluvia de granizo, truenos y terrible huracán.

Murió doña Beatriz abrazada a un crucifijo, con sus doncellas, salvándose doña Leonor de Alvarado Xicotenga, hija natural del Adelantado; doña Melchora Suárez, doña Juana Céspedes y doña Ursula de Rayón. (Recordación Florida).

Debemos orientarnos de algo que se refiere a la catástrofe del 11 de septiembre.



Lámpara de plata, regalo del Obispo Marroquín a la Catedral de Ciudad Vieja.

Póngase de pié el turista, frente al templo parroquial y dirija la mirada hacia el Volcán de Agua, y verá sobre éste un barranco prolongado y ancho en línea recta hacia la calle de la Santísima Trinidad. El agua que inundara la población aglomeróse en ese y otros barrancos, sosteniendo el líquido un dique natural de tierra y piedra: los derrumbamientos causados por el enorme caudal de agua en tierras sueltas y empapadas abrieron cauce y se precipitaron sobre la población, por distintos puntos, principalmente por la Calle de la Santísima Trinidad; el agua, además de ser extraordinaria, corría sobre la pendiente del volcán, aumentándose su fuerza de tal manera que siguiendo el desnivel del terreno, arrasó la Casa de la Gobernación, o resi-

dencia del conquistador don Pedro de Alvarado, y de su esposa doña Beatriz, derrumbáronse al mismo tiempo los edificios de las Casas Consistoriales y el Retén, después de haber echado al suelo la parte oriental del oratorio, que era de calicanto, con cuatro arcos interiores, adheridos a los muros y a la bóveda; las paredes, arrolladas por la corriente de agua, las piedras y el lodo, no pudieron resistir, y al caer sepultaron a doña Beatriz y a sus damas de honor.

En la casa parroquial, estableció el obispo Marroquín una escuelita de primeras letras; sirviendo como profesor de los alumnos el presbítero y bachiller don García Díaz, varón cuyo nombre está olvidado no obstante sus grandes méritos y virtudes. Fué compañero de los sacerdotes don Juan Godínez, don Francisco Hernández, don Juan Gascón y don Pedro Jiménez, este último al ser fundada la ciudad de San Salvador, en 1528, comenzó a trabajar como párroco.

Alvarado trajo dos frailes franciscanos llamados Juan Torres y Francisco Pontaza; el primero fué enviado a Quezaltenango a catequizar a los indios y el segundo a Tecpán Guatemala.

Tiene Ciudad Vieja vecindario industrioso: pasan de cinco mil sus habitantes. Dista de la Antigua Guatemala una legua, con un camino plano y bellos panoramas por todas direcciones.

Cerca de ésta se halla la planta eléctrica de El Salto, precioso lugar mejorado constantemente por su propietario don José María Cofiño. Es muy hermosa la finca que lleva el prosaico nombre de El Potrero, propiedad de Herrera.

San Miguelito está situado a poca distancia al Oriente de Ciudad Vieja.

El año de 1847 el Pbro. don Francisco Alcántara hizo construir gran parte de la casa conventual, mejoró la iglesia donde se venera a la Virgen de Concepción llamada la Chapetona; construyó en el patio del convento una hermosa fuente con juego de aguas y cultivaba extenso jardín.

El templo tiene una joya del arte escultórico que es una maravilla: nos referimos a un Cristo yacente que puede competir con los mejores que existen en templos de ciudades de América.

DUEÑAS

Se halla al S. O., de la cabecera. El clima es templado y saludable; a poca distancia del centro de la población comienzan las faldas montañosas del Volcán de Fuego y cerca pasa el río Guacalate.

Se ha dado en decir que don Pedro de Alvarado fundó ese pueblo con objeto de sembrar granos destinados a las viudas de los conquistadores, lo que es inexacto. Lo fundó don Miguel de Dueñas (Lavado de Dueñas) según lo consignan títulos cuya copia poseía el Pbro. Salvador Castañeda, sacerdote que hizo levantar la iglesia de la población, llevando a cabo otras mejoras de importancia.

Como antigua curiosidad cuenta el pueblo con los escombros de un hermoso palacio que en el siglo XVI hicieron construir algunos padres misioneros.

MUY ILUSTRE SR. CANÓNIGO SALVADOR CASTAÑEDA,

Virtuoso varón que hizo reedificar el templo del pueblo de Dueñas.

Tuvo Dueñas en tiempos lejanos la hacienda de Santa Ana y los terrenos de que se apropió, en la época de la colonia, don Miguel de Urías.

El pueblo está a dos leguas de distancia de la cabecera.

ALOTENANGO

Expresión defectuosa de la palabra azteca eloti-tenango, que significa "En el lugar del maíz tierno", a lo que llamamos elote. Ese pueblo ya existía cuando vinieron los conquistadores, quienes le dieron el nombre de San Juan Alotenango. Dista de la cabecera tres leguas. Hay muchos ranchos y pocos edificios de calicanto: posee una iglesia pequeña y un edificio modesto que sirve de cabildo.

En el lapso de un siglo se han contado varios incendios en las rancherías; sopla fuerte viento en ciertos meses del año.

A orillas del pueblo pasa el río Guacalate.

Los alotecos tomaron parte principal en la sublevación total de indígenas organizada por los reyes indios Cahi Imox y Tepepul, siéndoles adversa la suerte. Los indios en general tienen arrogante estatura, son muy industriosos y trabajadores. Usan elegantes y vistosos trajes.

En Alotenango les decían "tayacanes" a los conductores de carga. A este lugar pertenecía el pueblo de San Diego, donde hicieron siembras de tabaco.

En la jurisdicción de Alotenango está la famosa finca Capetillo, que fué de los señores don Luis y don Julián Batres; luego de don José Mariano Romá y por último del sabio Juan J. Rodríguez Luna.

SANTA MARIA DE JESUS

Dista dos leguas de la Antigua Guatemala. Extiéndese el pueblo sobre una prominencia de terreno en las faldas del Volcán de Agua. El clima es frío y las tierras producen muchos cereales. Hace medio siglo usaban maxtate y las piernas descubiertas; los ediles, casi desnudos, llevaban sombrero de copa, presentando cómica figura. Los turistas para realizar ascenciones al Volcán, pasan por el pueblo donde obtienen inteligentes guías para hacer el viaje.

Santa María de Jesús fué fundado con indios de Quezaltenango. Su iglesia poseía alhajas valiosas a principios del siglo pasado. Sencilla tumba guarda los restos del magnánimo Pbro. Navarrete.

SAN JUAN DEL OBISPO

A tres millas de distancia, sobre las faldas del Volcán de Agua, se extiende el pueblecito de San Juan del Obispo, poético lugar bajo el más diáfano cielo, con hermosas ruinas del bello palacio del obispo Marroquín, con galerías, patios, búcaros y fuentes, con amplia plazuela, tierras salpicadas de primorosas viviendas rústicas y sitios poblados de yerbas y flores del campo, desde el que se contempla admirable panorama; extensas campiñas con arbolados, tableros de siembras de múltiples matices, sirviéndoles de marco el majestuoso Volcán y al

norte la tranquila Ciudad del Pensativo, elevándose en la planicie de Panchoy con sus palacios, cúpulas y torres, sus majestuosas ruinas, salteadas de verdor por sus árboles de numerosas huertas y jardines, en medio de espléndida luz y cambiantes de perspectiva.

Abastece al pueblo el agua que tiene su origen en el Cerro de Carmona, llegando a las fuentes principales y al sitio conocido con el nombre de Garita Vieja.

San Juan del Obispo.—Ruinas del mirador del Palacio del Obispo Marroquín.

Fué en su palacio de San Juan donde el obispo Marroquín sintió los primeros síntomas de la enfermedad que lo llevó al sepulcro el 18 de abril de 1563.

San Juan del Obispo cuenta en la actualidad con pocos habitantes que se dedican a la agricultura, el patrimonio de los pobladores de los pueblos de Sacatepéquez. Hay dos escuelas públicas a las que asisten casi todos los chicuelos del pueblecito. Tuvo San Juan, hace algunos años, escuela de músicos filarmónicos: desgraciadamente éstos eran llevados por la fuerza, de orden de ciertas autoridades, a formar parte de cuerpos de banda de música de la cabecera departamental y de otras poblaciones, lo que hizo emigrar a lejanas tierras a todos los que habían sido alumnos del citado centro musical.

SAN PEDRO LAS HUERTAS

Desde la fundación de la ciudad en Panchoy el obispo Marroquín hizo esfuerzos y con él las autoridades, a efecto de que los campesinos de San Pedro establecieran hortalizas que abastecerían las poblaciones con diversidad de legumbres, frutas y granos. Se produce en las tierras, en gran cantidad, la planta medicinal "Rosa de Santa María", así como muchas otras tintóreas.

La fiesta anual de San Pedro la celebran todos los años con mucha animación el 29 de junio. La iglesia tuvo varios cuadros de pintura debidos al pincel de Villalpando, obras que fueron extraídas del templo hace pocos años por personas particulares. San Pedro es uno de los pueblos más importantes que rodean el Volcán de Agua.

SAN ANTONIO AGUAS CALIENTES

Es esta una de las poblaciones más frecuentadas por los turistas atraídos por sus bellos panoramas. Desde las cercanías de "El Cubo" (lugar con deliciosos baños) se divisan las cercanías que lo circunda, todas cubiertas de diversidad de plantaciones, extensos cafetales y en el centro los campanarios de la iglesia, sus casitas blancas y sus ranchos pajizos y hacia el Sur la pequeña y pintoresca laguna llena sus riberas de tul. Todo el pueblo es muy aseado y sus edificios permanecen siempre pintados de blanco.

Los indios lucen gabán grueso de color azul obscuro; son inteligentes y trabajadores. Sus caminos los conservan con esmero.

SANTA CATARINA

Pueblecito a legua y media de distancia de la cabecera, ha vivido de la agricultura. En los primeros años de su fundación los indios padecieron grandes fatigas y sufrimientos por el mal trato que les dieran sus amos, los Bobadilla, hombres crueles que castigaban en la picota y en el cepo la menor falta. Puede decirse, sin exageraciones, que los nativos del lugar regaron con lágrimas las tierras de sus antepasados.

SAN ANDRES CEVALLOS

Dista de la cabecera dos leguas y tiene pocos habitantes, lo que hace que el pueblo presente casi siempre aspecto triste. Posee buena agua potable y un pozo de líquido caliente, con buenas propiedades medicinales para ciertas enfermedades.

SAN LORENZO EL CUBO

En tiempos de la colonia se veía frecuentado por muchas familias este lugar, atraídas por las aguas tónicas y saludables. Hubo en los terrenos de San Lorenzo "El Cubo" muchos árboles de jocote, de sabor agrio, fruta con la que elaboraban grandes cantidades de "chi-

cha", bebida con la que los indios se embriagan. El camino que conduce al pueblo tiene a los lados una arboleda cuyas ramas entrelazadas en lo alto forman una bóveda saturada de perfumes.

SAN LORENZO EL TEJAR

Tienen fama los baños de agua caliente de este pueblecito. Posee minas de mármol de colores blanco y azul, blanco y rosa. Como los demás municipios, los habitantes viven de pequeñas industrias y de la agricultura. Pasa por la jurisdicción el río del Portal.

SAN LUCAS

Pueblo que ya existía desde antes de la conquista, tuvo iglesia de calicanto desde hace más de doscientos años. Se halla en el camino que de la capital conduce a la Antigua Guatemala. Un sacerdote inteligente, llamado José Gregorio Rosales, cultivó en los terrenos frutas y verduras, trayendo semillas del exterior; estableció la industria de la apicultura con muy buen éxito y se empeñó en que los indios hicieran siembras de cebada, avena y verduras.

A inmediaciones del pueblo se libró la acción de guerra del 29 de junio de 1871, que dió el triunfo al ejército revolucionario acaudillado por Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios.

SUMPANGO

Pueblo fundado muchísimos años antes de la conquista. Sumpango en dialecto indígena quiere decir Cerro de barriga. Hay una iglesia y casa parroquial muy antigua, restaurada el año de 1840 por el Pbro. Joaquín Planas. Por su numerosa población y hallarse en otros tiempos en el camino de Los Altos, tuvo extraordinario movimiento. El puente viejo, llamado de El Arco, en el camino de la Antigua Guatemala, es una buena construcción.

SANTIAGO ZAMORA

Dista dos leguas de la cabecera. Hay una iglesia pequeña. Queda al oriente de Dueñas. Abundan en la jurisdicción los cultivos de cereales.

SANTA MARIA CAUQUE

Lo fundaron indios de Cancú y de Chiapas, hace dos siglos y medio, adoptando el idioma, costumbres y trajes de indígenas cachiqueles. Hicieron grandes siembras de cereales entre Sumpango y Santiago.

SANTIAGO SACATEPEQUEZ

Pueblo fundado antes de la venida de los conquistadores. Dista de la cabecera dos leguas. Está en el camino que conduce a Los Altos, muy transitado antes que tuviéramos línea férrea del Sur. Tiene edificios con techo de teja y una iglesia a la que la causó perjuicios el terremoto de 1773. Tuvo ese templo alhajas de valor.

SANTA MARIA MAGDALENA

Se alza en elevado cerro. Tiene iglesia sólida, casa, cabildo, construída hace dos siglos. El costoso acueducto por el que llegaba el agua está arruinado. El río Pensativo tiene su origen en los terrenos quebrados del municipio.

Vista de los volcanes de Agua y de Fuego a doce leguas de distancia.

SANTO TOMAS MILPAS ALTAS

Se extiende en una planicie con pocas casas de teja y muchos ranchos. Hay abundancia de agua en el municipio y escasea en el pueblo, por haberse secado las fuentes el año 1773 con motivo de los terremotos. Los árboles son corpulentos, principalmente en la montaña de Magdalena.

SANTA LUCIA

Contó este pueblo muchos indios que se han ido extinguiendo. Cerca pasa el camino carretero que conduce de la Antigua Guatemala, a la capital. En los terrenos hacen cada año grandes plantaciones de maíz.

SAN JUAN GASCON

Tuvo mucho vecindario y casas de calicanto cuyas ruinas se ven cerca del camino real. En la actualidad no hay sino una ranchería.

SAN MATEO

Población reducida, cuyos habitantes se dedican al cultivo de cereales. Fundaron San Mateo después de la conquista con indios cachiqueles.

SAN FELIPE

Situado en la cuenca del Rejón, al norte de la cabecera, de escaso vecindario, terreno fértil y delicioso clima. En este pueblecito, se halla una iglesia de arquitectura gótica, recién construida, en la que se venera una imagen de Jesús Nazareno sepultado. Celébrase en el pueblo una feria anual muy concurrida el primer viernes de cuaresma. Cerca de San Felipe está la finca Filadelfia, abastecida con el agua que baja de las alturas del cerro del Rejón.

XENACOJ

En dialecto indígena esta palabra significa Rugido de León. Ag-xe-na-coj, dice el indio: oí el grito del león. Esta población es muy antigua; la rodean colinas y barrancos. Posée pequeña iglesia que tuvo hace dos siglos muchas alhajas. El frijol de Xenacoj es superior al de muchas otras tierras de Sacatepéquez.

JOCOTENANGO

Los sobrevivientes de la catástrofe de la noche del sábado 11 de septiembre de 1541, en Almolonga, se trasladaron al valle de Panchoy, hospedándose en rancherías. Los indios cachiqueles que habitaban en la "Ciudad del Adelantado" dijeron a los españoles "que como los cristianos mudaban de suelo, ellos también querían seguirlos."

Las autoridades procedieron a dar sitio a dichos indios en un solar donde con anterioridad había explotado minas don Pedro de Alvarado.

Los indios mexicanos, tlascaltecos y cholutecos, auxiliares de los conquistadores dividiéronse en opiniones: unos se quedaron en Almolonga o Ciudad Vieja, otros recibieron sitio en Jocotenango; este nombre se compone de las palabras mexicanas: "Jocotitenaco" que quiere decir "Lugar de los jocotes".

Los indios auxiliares de Almolonga estaban exceptuados de todo servicio personal por disposición de su majestad, en cédula de 20 de junio de 1532 (Libros de Cabildo) por los "servicios" que dicen algunos historiadores prestaron durante los primeros tiempos de la conquista.

Con el propósito de obviar dificultades al ver lo poco avenidos que se mostraban los indios en la formación del pueblo de Jocotenango, se dispuso que sus habitantes lo compusieran dos familias de cada uno de los pueblos que con anterioridad habían fundado los españoles.

Los indios de Utatlán quisieron tener sus viviendas aparte y se les dió terrenos junto a los cachiqueles, llamando "Utateca" a su cantón, así es que formaron tres pueblos en uno, divididos por calles y avenidas. A esto se debió el desarrollo creciente del pueblo de Jocotenango que tuvo capilla al principio e iglesia después, así como Cementerio.

El antagonismo entre indios nativos y los auxiliares se fué extinguiendo: esa enemistad la fomentó la fiesta del Volcán celebrada en conmemoración de la conquista. Los que simulaban la defensa del Peñol eran los utatecas y cachiqueles; designaban al más ameritado de sus

Hotel Manchén.

compañeros para que representara el papel de Sinacam, que perdió no sólo el trono sino también la vida en defensa de su patria.

Los que atacaban al Volcán, en simulado combate, eran los tlascalas de Almolonga y varios de Jocotenango; para desempeñar sus papeles se vestían a la española, recordando así, la participación que habían tomado en la conquista de estas tierras con Alvarado.

Al transcurrir el tiempo Jocotenango fué un pueblo con numeroso vecindario trabajador y activo.

OTROS PUEBLOS

Hay muchas poblaciones de menos importancia que los anteriores. Sólo mencionaremos los que siguen: San Dionisio Pastores, labranza que fué del Adelantado: San Luis de las Carretas, así llamado porque sus habitantes fabricaban carros de buena calidad. San Cristóbal el Alto se halla en la cima de una colina desde la cual se contempla el te-

rreno plano de Dueñas, la Antigua Guatemala y sus cercanías; la impresión que causa este bello espectáculo es muy agradable. La ranchería de pueblo está bajo árboles de ciprés, frescos y olorosos y de multitud de manzanos y flores.

LINEAS DIVISORIAS

La de Sacatepéquez y Guatemala se halla en el camino de San Rafael, en el sitio donde hay una fuente cerca de una peña. Los límites entre Sacatepéquez y Chimaltenango están cerca de San Miguelito; antes había una pared de calicanto, hoy se alza un árbol de manzano; la línea divisoria entre los departamentos de Escuintla y Sacatepéquez, es el lugar llamado Barranca Honda.

FINCAS

Son muchas y valiosas las fincas de los alrededores de la antigua capital. De ellas nos da orientación amplia don Jorge Aguirre Matheu.

EL POTRERO

Pertenece a don Carlos Herrera y la consideran muchas personas como una de las principales del departamento de Sacatepéquez; está situada cerca del pueblo de Ciudad Vieja, (Almolonga); los terrenos los riega el río del Portal o Magdalena: tiene un magnífico edificio, instalación de luz eléctrica, una curtiduría, beneficio para la elaboración de panela y hermosa casa de habitación con amplios y elegantes corredores: es una bella quinta de recreo con toda clase de comodidades. En los terrenos de la misma finca se hallan los baños de El Cubo. Cuenta con dos caminos: el de Ciudad Vieja y el que pasando por El Cubo, cruza hacia Medina y se une al anterior, cerca de Las Victorias, vías que son muy frecuentadas por los turistas.

URÍAS Y ANEXOS

Tiene esta valiosa finca propiedad de don Rafael Valdés, buenas plantaciones de café y caña muy nuevas y esmeradamente cuidadas: sus potreros están cercados con muros de piedra y allí pastan numerosas cabezas de ganado. Las maquinarias para el café y la elaboración de panela son modernas y notablemente bien montadas. Hay una bonita casa de habitación y en lugar especial, una ranchería destinada a los trabajadores; extiéndense los terrenos de la finca entre el pueblo de Dueñas, la Laguna y el pueblo de San Antonio Aguas Calientes, avanzando hasta colindar con Ciudad Vieja.

Los señores Valdés, padre e hijos laboran sus tierras con diligente empeño: son buenos agricultores que demuestran patriótico interés en que su finca sea un primoroso "dije" con que se engalana el departamento de Sacatepéquez. A los terrenos de Urías, llanos cubiertos de grama, ninguna persona les daba importancia. Un día los señores Valdés los compraron e inmediatamente, haciendo uso de maquinaria, co-

menzaron a remover, preparar y cultivar la tierra, formando plantaciones de café que sorprenden por su desarrollo y hermosura. El cultivo de los terrenos de Urías son un ejemplo de lo que vale el esfuerzo, la inteligencia y las actividades de hombres de grandes energías.

CAPETILLO

Es bien conocido este ingenio de azúcar, propiedad de los señores Rodríguez Benito hermanos. La producción de Capetillo es de caña, café y cereales. Posee buena maquinaria, tanto para caña, como para café, alcanzándose todos los años buenas cosechas. Hay un jardín notablemente bien cultivado, admirándose en él variedad de flores que dejara el finado don Juan J. Rodríguez Luna.

La campana del reloj del Callejón que se llamó de Luna, en esta capital, la trasladaron hace varios años a dicha finca: es un bronce de tañido sonoro y vibrante.

EL PORTAL

Propiedad de los señores Paul hermanos. Cuenta con grandes plantaciones de café y magnífica maquinaria. Le sirven de marco altas colinas y riegan sus terrenos el río del Portal. Muchos turistas visitan esta finca muy valiosa y con bellos panoramas.

Tiene la entrada a la finca, después de los pilares de piedra, una virgen de granito incrustada en un muro y sobre piedra esta inscripción:

"Así se levantan y sostienen los derechos de la humanidad."

El Portal fué propiedad antes de 1773 de la familia del padre Landívar. (Archivo Colonial).

RETANA

Se cultiva la caña de azúcar y hay diversas plantaciones, siendo la principal el café.

Es propiedad de los señores Paul hermanos. Cuenta la finca con una laguna que fué pintoresca y bien cuidada en otros tiempos y que hoy presenta, a nuestro juicio, aspecto sombrío. Hay magníficas maquinarias, extensos patios para secar café y preciosas alamedas sembradas con árboles de gravilea. En tiempo de la colonia hubo en Retana un llano al que llamaron "Campo de Ejercicios".

PAVON

Posee esta finca una casa muy antigua. Es propiedad de don Antonio Durán Irungaray, que la heredó de su padre el señor don Antonio Durán, de grato recuerdo.

Cultivan en Pavón la caña de azúcar y cuenta con maquinaria moderna.

SAN SEBASTIAN

Está conceptuada esta finca como una de las más extensas del departamento de Sacatepéquez. Cálculo aproximado de personas entendidas dan a estas tierras no menos de sesenta caballerías que llegan

Casa de habitación de la finca Urías.

a las faldas de la inmensa mole del Acatenango y a orillas del pueblo de San Miguel Dueñas. Se cultiva allí, la caña de azúcar, el café y maíz; hay extensos potreros, grandes astilleros y un apiario; cuenta con crianza de ganado. Posee esta finca casa de habitación, maquina-

ria completa para café y elaboración de panela, aserradero y talleres. Desde San Sebastián se admira el incomparable panorama que presentan los volcanes.

CARMONA

Finca es ésta de lejanos tiempos. De ella llevaron siempre de la colonia, el mejor ganado para las corridas de toros que se realizaban en la antigua capital, en las grandes fiestas y de sus terrenos salía la piedra, de inmejorable calidad, para las construcciones de templos y edificios.

Es la finca más pintoresca del rico departamento de Sacatepéquez; se halla en una extensa rinconada: sus tierras se alzan a una altura de ocho mil pies sobre el nivel del mar y desde ciertos lugares se contemplan grandiosos panoramas; en las tardes apacibles de la estación veraniega se admira el occidente tiñéndose de celajes de rosa vivo, que a cada instante van tornándose en inmensa cortina de color de púrpura encendida que matiza la región de las nubes lejanas con tintes de admirable belleza.

Una flora riquísima derrama sus tesoros de hermosura en los terrenos salpicados con enorme variedad de flores silvestres, donde puede observarse la variedad cromática del iris en toda su graduación de bellísimos colores. Por doquier se ve brillar el lujo de la vegetación lozana abonada por las manos industriosas de hábiles trabajadores: cada una de sus vertientes de agua es una fuente de vida, su atmósfera está siempre embalsamada por el aura de los campos y sus labriegos gozan de un clima ideal que da la salud.

Carmona posee viviendas sólidas, magnífico aserradero, establo valioso con crianza de ganado Holstein, de pura sangre, lechería bien montada con elementos modernos, apiario extenso con todo lo indispensable para el mantenimiento y desarrollo de esa industria: es conceptuado este apiario como el mejor que tiene Guatemala: allí se elabora miel finísima, de un aroma agradable, muy especial.

Hay grandes potreros, abundante astillero y siembras de cereales y pastos. En los terrenos de Carmona se hallan las ruinas de la ermita de San Bartolomé y al pié del cerro llamado El Cucurucho, se puede ver en medio de asombrosa vegetación la entrada a una mina de plata que explotaron los españoles.

Carmona es propiedad de doña Ester Tinoco de Aguirre.

LA AZOTEA

Propiedad de los señores Orive hermanos. Está situada cerca del río del Portal, a inmediaciones del pueblo de Jocotenango. Sus terrenos se hallan cultivados de café; tiene maquinarias, casa de habitación y luz eléctrica. Hace algunos años instalaron en ella una curtiduría.

En terrenos de esta finca están las ruinas de la ermita de San Antonio Abad.

BELLA VISTA

Propiedad de los señores Aguirre Matheu. Está situada en el camino que de la Antigua Guatemala conduce a Ciudad Vieja, en las faldas del Volcán de Agua. Tiene edificios de construcción moderna y beneficio instalado recientemente: sus plantaciones de café son de las más productivas del valle antigüeño. Los colonos de Bella Vista cultivan magníficas hortalizas.

LA FELICIDAD

Se halla situada en el camino que de San Pedro las Huertas conduce a la ciudad cabecera. Hay magníficos cafetales sembrados hace algunos años por don Manuel Matheu, honrado y estimable caballero a quien el Presidente General Justo Rufino Barrios encomendó muy especialmente la formación de almácigos para repartirlos entre los finqueros antigüeños. Cuenta la finca con casa de habitación, una lechería de ganado Holstein, en la que se elaboran buenos quesos. En varios terrenos se hacen plantaciones de alfalfa.

LA MARGARITA

Es propiedad de don Luis Furminieux; con sus anexos el Beneficio y la Recolección forman un hermoso campo situado entre el camino que de la cabecera departamental conduce a Retana, por el Sur; por el Este tiene a San Lázaro y una vía que conduce de Jocotenango al Portal; por el Norte colinda con Las Salinas, y por el Oeste con el río del Portal. Cultivan el café y el maíz y hay maquinaria en el edificio a inmediaciones del citado río.

TEGUCIGALPA

Pertenece a don Enrique Sempé. Está en el camino de Pastores: posee casa, maquinaria para café, apiario y siembras diversas. De estos terrenos surge el agua de Pamputic, que va a las fuentes de la ciudad.

EL MOLINO

De don Carlos Herrera. Tiene casa de altos y los famosos baños azufrados. Hay plantaciones de caña y maíz y cuenta con extenso astillero. Es hermosísima la alameda de Medina con árboles de amates. En sus terrenos se unen al río del Portal las aguas del Pensativo.

EL PINTADO

Perteneció esta finca a don Antonio Durán y la heredó su hija doña Victoria Durán de Cofiño. Está situada en el camino que de la cabecera conduce a Ciudad Vieja. Hay siembras de caña, café y maíz, con maquinaria y buenos pulperos.

FINCAS DE MENOR EXTENSION QUE DE LAS ANTERIORES

La Chácara, de café y cereales, de don Luis Zepeda. La Primavera, de café y caña, de don Miguel Solís. La Azoteíta y la Quinta, de café, de Orive hermanos. La Soledad, de café, de Aguirre y Matheu. Santo Domingo, de café, del Lic. Salvador Falla. Santa Inés, de café, de don Carlos Herrera. El Manchén, de café, de don Salvador Herrera, Santa Teresa, de café, de don Mariano Castañeda. El Cupucal, de Matheu hermanos. La Esperanza, de don Manuel F. Alvarado. Colombia de don Modesto Parés. Las Cabañas y Nuevo Mundo, de la familia Lira. Santa Clara, herederos Velásquez. El Recuerdo, de Valentín Coronado. Filadelfia (finca espléndida hace treinta años), de Herman Hoepner. San Juan, herederos de Cuyún. San Jerónimo, de doña Luz Durán v. de Gándara. El Desengaño, de doña María H. de Mollinedo. San Ignacio, de doña Concha de Laguardia. San José, de Angel G. Larrañaga. La Pólvora, de doña María D. v. de Hegel. Las Animas, de don Salvador Herrera. Orotopa, del Lic. Gregorio Cardoza. El Rejón, herederos de Pérez. La Garita, de don Luis Vivar. San Cayetano, de don José Ramírez V. El Perú, herederos Ruiz. El Pilar, de don Julio Herrera.

FINCAS PEQUEÑAS

Las Ilusiones, El Chajón, San Cristóbal, El Desempeño, El Calvario, Chipilapa, Candelaria, La Galera, Santa Rosa, El Guarda, San Luquitas, La Esmeralda, San Gaspar, Venecia, La Cruz, La Folié, El Pino, El Manzanillo, Los Cipresales, El Llano, Las Piedras, El Centro, El Aguacatal, Los Jocotales, La Piedra Grande. Buena Vista, El Magueyal, El Cerrito, El Olvido, Angostura, La Cuchilla, El Sauce, El Amate, Flor de la Cruz, El Anonal, La Natividad, El Modelo, El Potrero, Capuchino, Orellana, La Esperanza, Las Lomas, Molina, El Zacatonal, Bruselas, El Paraíso, La Rinconada, De Valde, San Felipe, El Injertal, La Pila, Arriola, Las Esperanzas, Las Marías, Jocotillo, San Antonio y Los Dolores.

GOBERNADORES, CAPITANES GENERALES DEL REINO DE GUATEMALA HASTA 1773

El reino de Guatemala fué regido por gobernadores presidentes de la Real Audiencia y capitanes generales, comenzando por el Adelantado don Pedro de Alvarado.

Doña Beatriz de la Cueva se hizo jurar por gobernadora, con extrañeza de todos y como muriera en la aciaga noche del 11 de septiembre de 1541, presidieron luego el gobierno don Francisco de la Cueva y el obispo Marroquín.

En marzo de 1543 fué nombrado gobernador interino el Lic. Alonso Maldonado, hasta 1551. Lo sustituyó al licenciado Alonso López Cerrat, en mayo de 1548. Protegió mucho a los indígenas. Le sucedió en 1555 el doctor don Antonio Rodríguez de Quezada; al morir este gobernante en 1558 lo reemplazó el licenciado Pedro Ramírez Quiñónez.

Fray Payo Enríquez de Rivera, fundador de la primera imprenta en Guatemala.

Entró al poder el licenciado Juan Núñez de Landecho en 1556; las arbitrariedades que cometiera lo llevaron a la prisión de la cual pudo fugarse por mar, sin que se supiese de su fin.

Se hizo cargo del mando el licenciado don Francisco Briceño, mientras llegaba el gobernante don Juan Bustos de Villegas; habiendo muerto éste en Panamá, continuó Briceño.

Sucesivamente presidieron el gobierno el Dr. don Antonio González, el Dr. don Pedro de Villalobos, 1575; el licenciado García de Valverde, protector de los franciscanos, 1576 y el licenciado Pedro Mallén de la Rueda, hombre de mal carácter y muy arbitrario en sus disposiciones. Fué depuesto en 1589.

Muy frecuente fué en estas tierras de América que gobernantes déspotas, con poca instrucción y cultura, para dar fuerza a sus mandatos, repitieron: Dios está muy arriba, el rey a gran distancia y aquí únicamente mando yo. A veces resultaba de mal talante algún obispo o arzobispo y comenzaba tenaz lucha entre el poder civil y el eclesiástico, formándose los eternos bandos de criollos y peninsulares que tanta bulla metían y tantas quejas enviaban a la corona constantemente, por simplezas y trivialidades.

Entró a gobernar el doctor don Francisco Zandé, desde 1594 y le sucedió el doctor don Alonso Criado de Castilla, en 1598.

En 1611 se hizo cargo del gobierno el Muy Ilustre señor don Antonio Peraza Ayala Castilla y Rojas, conde de la Gomera a quien la ciudad le debió muchas mejoras de ornato. En 1627 regresó a España.

Le sucedió en el mando don Diego de Acuña en 1627 y luego don Alvaro de Quiñónez y Osorio, Caballero del Orden de Santiago, Señor de la Casa y Villa de Lorenzana, Valle de Riaco y Colladilla, Gentil hombre de la Boca de su Majestad, de su Consejo de Hacienda y señor de los Cuarenta Apellidos, como le llamaron los que mal le querían.

En mayo de 1652 tomó posesión del mando el Lic. don Diego de Avendaño, hombre virtuoso y bueno; en 1654 entró a gobernar don Fernando de Altamirano y Velasco, conde de Santiago de Calimaya, en cuya época hubo muchas turbulencias con motivo de dos partidos que se formaron en la ciudad.

Sucedió a este gobernante el general don Martín Carlos de Mencos; fué, dicen algunos cronistas, modelo de funcionarios.

En 1668 comenzó a gobernar don Sebastián Alvarez Alfonso Rosica de Caldas, que mucho se interesó por la reconstrucción de la Catedral. Le sucedió el obispo de la diócesis, don Juan de Santa Matía Sáenz de Mañosca, muy generoso con los criollos.

Entró a la presidencia don Fernando Francisco de Escobedo, el año de 1672; fomentó mucho la prosperidad del reino; lo sustituyó el Lic. don Lope de Sierra Osorio; luego tomaron el mando sucesivamente en 1684, don Enrique Enríquez de Guzmán, protector de los hospitales, don Jacinto de Barrios Leal, 1688, que emprendió la conquista del Lacandón: don Gabriel Sánchez de Berrospe, que hizo la conquista del Petén; en su tiempo se formaron dos bandos en la ciudad, bandos que promovieron muchos escándalos; luego gobernó poco tiempo el Dr. don Alonso de Ceballos y Villagutierre; después gobernó el Dr. don José Osorio Espinoza de los Monteros; le sucedió don Toribio José de Cosio y Campa, marqués de Torrecampo, en 1706.

Doctor Don Pedro Cortez y Larraz.

Al gobernante don Francisco Rodríguez de Rivas le cupo la mala suerte de presenciar los fuertes terremotos de 1717. De 1724 a 1733 entró a gobernar don Antonio de Echevers y Suvisa, del Orden de Calatrava, Gentil hombre de la Cámara de su Majestad y señor de la Llave Dorada, el hombre de los títulos pomposos. Se enemistó con los oidores y hubo motines provocados por varias de sus disposiciones. Hizo construir a su costa el templo de Santa Clara.

Gobernó después con tranquilidad de 1733 hasta 1742, don Pedro de Rivera y Villalón. Siguieron en el mando el Lic. don Tomás de Rivera y Santa Cruz, peruano; don Juan de Araujo y Río hasta 1751; don José Vásquez Prego Montaos y Soto Mayor, que hizo construir la fortaleza de San Fernando de Omoa; le sucedió interinamente el oidor decano don Juan Velarde y Cienfuegos.

Entró a la presidencia en 1754 el mariscal don Alonso de Arcos y Moreno, volviendo a encargarse del gobierno, interinamente, el señor Valverde.

Luego fué promovido a la presidencia en 1761 don Alonso Hernández de Heredia.

Fué nombrado para el mismo puesto en 1764 don Joaquín de Aguirre y Oquendo; pero murió en el camino al llegar a Zacapa, continuando el señor Heredia en la presidencia.

Luego se hizo cargo del mando el año de 1765 don Pedro Salazar Herrera Nájera y Mendoza; murió en 1771 y empeñó el bastón el licenciado don Juan González Bustillo y Villaseñor. A mediados de 1773 se hizo cargo del mando el mariscal de campo don Martín de Mayorga, a quien le tocó presenciar la ruina de la bella ciudad del Pensativo, el 29 de julio del mismo año.

No tuvo Guatemala un gobernante criollo, no obstante los méritos de muchos de sus hijos.

OBISPOS Y ARZOBISPOS QUE GOBERNARON LA DIOCESIS HASTA LA RUINA DE LA CAPITAL

I.—Afirma Remesal que antes del Sr. Lic. don Francisco Marroquín, fué nombrado obispo de Guatemala fray Domingo de Betanzos, dominico y dice el cronista Vásquez, citando a Torquemada que también fué electo obispo fray Francisco Ximénez, franciscano; pero ninguno de los dos religiosos aceptó la gracia que les concediera Carlos V. Lleno de merecimientos, después de haber hecho grandes beneficios al reino murió el obispo Marroquín el 18 de abril de 1563. Fué enterrado en la Catedral. Su retrato figura en el salón de actos de la Escuela de Derecho.

II.—Ilmo. Bernardino de Villalpando, natural de Talavera de la Reina, prelado que tuvo muchas dificultades en el desempeño de su misión. Murió repentinamente en Chalchuapa. Trajeron el cuerpo, depositándolo en la Catedral.

III.—Ilmo. fray Gómez Fernández de Córdova, nacido en Córdova, fundador del Seminario de la Asunción. Murió en 1598. Lo sepultaron en las bóvedas de Santo Domingo.

IV.—Ilmo. Juan Ramírez de Arellano, natural de la Rioja. Fué muy humilde y pobre. Escribió la obrita intitulada "Campo Florido." Murió en San Salvador, el año de 1699.

V.—Ilmo. fray Juan Cabezas Altamirano, dominico, natural de la ciudad de Zamora. Aprendió varios dialectos indígenas.

VI.—Ilmo. Juan Zapata y Sandoval, agustino, nacido en México, dió grados en el Colegio de Santo Tomás. Al morir debía 32,000 tostones. Lo sepultaron en la Catedral.

VII.—Ilmo. doctor Agustín de Ugarte y Saravia, natural de Burgos.

VIII.—Ilmo. Dr. Bartolomé González Soltero, nacido en México, inquisidor. Murió en Guatemala y lo enterraron en la Catedral. Fué nombrado en su lugar don Juan Garcilazo de la Vega; pero murió al llegar a Tehuantepeque. Fué traído su cuerpo a Guatemala y sepultado en la Catedral.

IX.—Ilmo. fray Payo Enríquez de Rivera, sevillano. Vino a Guatemala el año de 1609. Promovió la fundación del Hospital de San Pedro y estableció la primera imprenta en Guatemala. Murió en el Monasterio del Risco.

X.—Ilmo. Dr. Juan Santo Matía Sáenz Mañosca y Murillo, nacido en México, donde sirvió el cargo de inquisidor y a quien se debió la idea de reconstrucción de la segunda Catedral, en Panchoy. Desempeñó el puesto de Presidencia de la Real Audiencia y el de gobernador del reino de Guatemala y Juez de residencia del Presidente Sebastián Alvarez. Su cadáver fué sepultado en la Catedral.

XI.—Ilmo. Dr. Juan de Ortega y Montañez, nacido en Siles. Estudió en Alcalá. Fué inquisidor de México. Tomó posesión del obispado en Guatemala en 1670. Este prelado estrenó la hermosa Catedral en 1680.

XII.—Ilmo. fray Andrés de las Navas y Quevedo, natural de Baeza, mercedario. Hizo mejoras al Palacio Episcopal y al Colegio Tridentino. Murió de 80 años de edad, no envenenado como algunos autores pretenden. Lo enterraron en la Catedral.

XIII.—Ilmo. fray Mauro de Larreategui y Colón, madrileño. Llegó a Guatemala en 1703. Terminó la fábrica del Palacio Episcopal gastando 26,000 pesos de su peculio para dicha obra y 50,000 para mejoras en la Catedral. Fué muy virtuoso. Murió en 1711.

XIV.—Ilmo. doctor fray Juan Bautista Alvarez de Toledo, guatemalteco ilustre por mil títulos; dejó obras materiales valiosas en la capital; entre ellas la "Casa de mujeres pobres"; se distinguió como catedrático en la Pontificia Universidad y fué muy generoso con los desvalidos. Murió el 2 de julio de 1725. Lo enterraron en el Colegio de Cristo Crucificado.

XV.—Ilmo. Dr. Nicolás Carlos Gómez Cervantes. Nació en México.

XVI.—Ilmo. Dr. Juan Gómez de Parada, nacido en Nueva Galicia. Era muy ilustrado y erudito. Fomentó y favoreció los estudios. Edificó a su costa el Monasterio de Capuchinas y prestó su valiosa ayuda a la fundación de la Casa de Moneda.

XVII.—Ilmo. fray Pedro Pardo de Figueroa, último obispo y primer arzobispo de Guatemala. Nació en el Perú. Tomó posesión de su puesto el año de 1737. Protegió las artes, mandó adornar con cua-

dros y esculturas varias iglesias e hizo edificar el famoso templo de Esquipulas. En su tiempo fué elevada la Catedral de Guatemala, a Metropolitana, por súplicas del rey Felipe V al Papa Benedicto XIV. La exaltación de la iglesia en arzobispal la celebraron con toda pompa. Murió el primer arzobispo el 2 de febrero de 1751. Lo enterraron en el templo de Esquipulas, donde murió.

XVIII.—Ilmo. Arzobispo Dr. Francisco José de Figueredo y Victoria, natural de Granada. Fué muy afecto a los jesuitas; protegió los estudios de dichos religiosos, encargando al morir que lo enterraran en la iglesia de la Compañía. Antes de su fallecimiento perdió la vista, habiendo sido su auxiliar el Ilmo. Dr. Miguel de Cilieza y Velasco, guatemalteco.

XIX.—Ilmo. Arzobispo Dr. Pedro Cortez y Larraz. Quiso a Guatemala como a su segunda patria. Poseía grandes virtudes y energía de carácter. La ruina de la ciudad el año de 1773 dió ocasión al ilustre prelado a prestar grandes servicios al vecindario, portándose a la altura de su deber. Se opuso decididamente a la traslación de la ciudad al Valle de la Ermita; lo que le acarreó grandes disgustos con la Real Audiencia, principalmente con el gobernante don Martín de Mayorga. Salió vencido el insigne prelado cuyo recuerdo guarda con veneración el pueblo antigüeño.

CONCLUSION

Cerramos estos apuntes, en los que hemos puesto cuidadoso empeño por inquirir la verdad de acontecimientos pasados.

Grato nos será que los lectores encuentren algo útil en las anteriores páginas que fueron publicadas al calor del generoso estímulo que les diera la Honorable Municipalidad de Guatemala, del año de 1927.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 076147211

ESCUDO DE LA COLONIA